

**IN**

# izquierda nacional

Mayo de 1971

12

EL FIN DE UN  
REGIMEN

Jorge Abelardo Ramos

---

PERONISMO  
Y SOCIALISMO

Blas Alberti

---

IZQUIERDA  
Y DERECHA  
EN BOLIVIA

Grupo Octubre

---

LA GUERRA CIVIL  
EN LOS EE. UU.  
Y EL SUBDESARROLLO

Jorge E. Spilimbergo

---

SIONISMO  
Y MARXISMO

Roberto Ferrero

---

MENSAJE DE PERON  
A LA IZQUIERDA  
NACIONAL

La agonía  
de los  
tres  
comandantes  
ha  
comenzado



# EDICIONES DE LA IZQUIERDA NACIONAL

**Clase Obrera y Poder.** Tesis política del Partido Socialista de la Izquierda Nacional aprobada por el III Congreso de 1964. En esta tesis se exponen los lineamientos fundamentales de la sociedad argentina, las fuerzas motrices de su revolución y las tareas que esta revolución deberá resolver para dar a los argentinos la plena soberanía de su existencia económica, política y espiritual en el marco de una sociedad igualitaria en

marcha hacia el socialismo ..... \$ 1,50

**¿Qué es la Izquierda Nacional?** Por José Luis Madariaga. Util librito que expone, con el método de preguntas y respuestas, en un lenguaje claro y didáctico los interrogantes fundamentales que formula la situación argentina: por ej. ¿Qué es el Imperialismo?; ¿Qué es la Oligarquía? ¿Qué es el Peronismo? ¿Qué fue la Revolución Rusa?, etc. \$ 3,50

Pedidos a Casilla de Correo 323,  
Correo Central, Bs. As.

**Por agotarse la 2ª edición.**

---

## HISTORIA DE LA NACION LATINOAMERICANA

por Jorge Abelardo Ramos

Una historia completa de América Latina, desde el pasado precolombino hasta la Cuba socialista de Fidel Castro, en la que explica la razón de la balcanización de la Patria Grande, el poder bolivariano y sanmartiniano, su caída y la aparición de los movimientos nacionales y populares del siglo XX en la tierra devastada por la intrusión extranjera. Es, al mismo tiempo, una aplicación del método marxista a la interpretación de períodos no bien comprendidos, como las Misiones Jesuíticas, la personalidad del Dr. Francia, la sociedad chilena, el enigma del Brasil, etc. El ejemplar de 620 pág. \$ 21,50

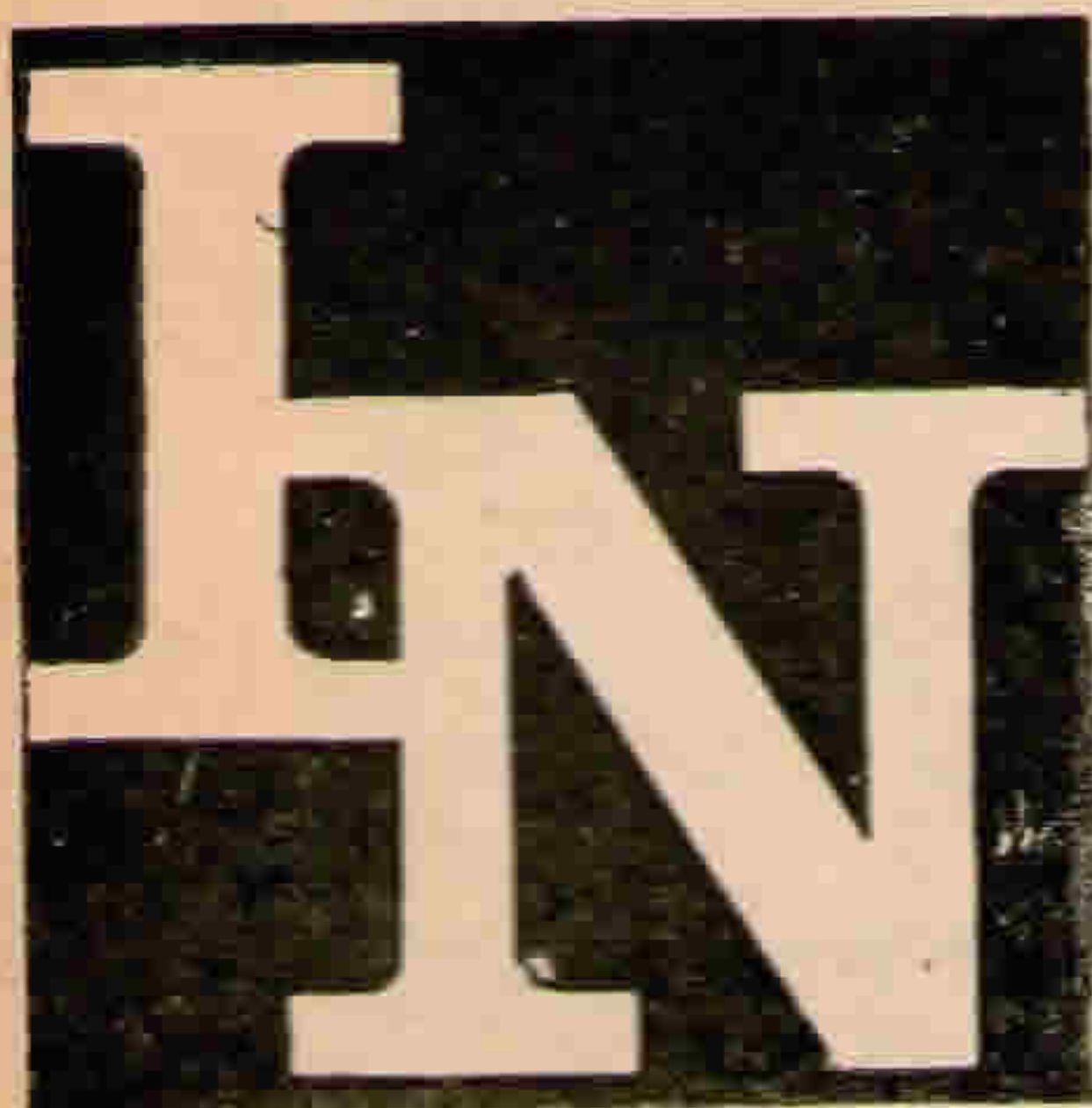
Pedidos a Ediciones del Mar Dulce,  
Casilla de Correo 5027, Correo Central, Bs. As.

# IN

**DIRECTOR:** JORGE ABELARDO RAMOS -  
**SECRETARIA DE REDACCION:** HERMINIA DENOT - **ADMINISTRADOR:** ERNESTO ROMERO - **ORGANO TEORICO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE LA IZQUIERDA NACIONAL DE LA ARGENTINA - APARECE MENSUALMENTE - COLABORADORES:** JORGE ENEA SPILIMBERGO - BLAS M. ALBERTI - ALBERTO GUERBEROFF - NORBERTO GALLI - MARIO BERNICH - ARTURO ARROYO - GREGORIO ABELARDO CARO FIGUEROA - MANUEL CRUZ TAMAYO - LUCIA SOLIS - ANA MARIA GIACOSA - **CORRESPONDENCIA:** CASILLA DE CORREO 323, CORREO CENTRAL, BUENOS AIRES, ARGENTINA - Agentes y Corresponsales en México, Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú, Chile, Uruguay y Brasil - Precio del ejemplar en América Latina: u\$s 0,75 dólar - En Argentina \$ 3,00 ley 18.188.







**Nº. 12**

**Buenos Aires**

---

**S U M A R I O**

---

**MAYO 1971**

---

<b>EL FIN DE UN REGIMEN:</b> Jorge Abelardo Ramos .....	<b>2</b>
<b>PERONISMO Y SOCIALISMO:</b> Blas M. Alberti .....	<b>7</b>
<b>QUE ES LA IZQUIERDA Y LA DERECHA EN BOLIVIA:</b> Manifiesto del Grupo Octubre .....	<b>11</b>
<b>LA GUERRA CIVIL EN EE. UU. Y EL "SUBDESARROLLO":</b> Jorge E. Spilimbergo .....	<b>17</b>
<b>PETER WEISS ACUSA AL STALINISMO:</b> Carta a Lew Ginsburg .....	<b>30</b>
<b>SIONISMO Y MARXISMO:</b> Roberto Ferrero .....	<b>34</b>
<b>EL ESTUDIANTADO ANTE LA CAIDA DE LEVINGSTON:</b> Declaración de la Federación Universitaria Argentina .....	<b>39</b>
<b>MENSAJE DEL GENERAL PERON AL Vº CONGRESO DEL PSIN ..</b>	<b>41</b>

---



*Lea el 10. y el 15 de  
cada mes el periódico*

# **Lucha Obrera**

ORGANO OFICIAL  
PARTIDO SOCIALISTA  
DE LA IZQUIERDA NACIONAL

**DEFIENDE LAS CINCO BANDERAS:**

- Por la soberanía política
- Por la independencia económica
- Por la justicia social
- Por el gobierno obrero y popular
- Por los Estados Unidos Socialistas  
de América Latina



---

# EL FIN DE UN REGIMEN

---

por Jorge Abelardo Ramos

---

El retorno de Perón domina hoy la vida política argentina. El gobierno militar del general Lanusse le formula públicamente una invitación para dialogar. Todos los partidos y sus grandes jefes, hasta ayer sus enemigos mortales, coinciden en la necesidad patriótica de su repatriación. Mr. Hyde se transforma en el Dr. Jeckyll y con el rostro bañado de bondad extiende su diestra al maldito.

Sólo algunos antropoides, de filas raleadas y colas mustias, exhalan vagas amenazas y prometen la cólera divina. Como si todo esto no fuera suficiente, hasta la Unión Industrial Argentina, centro del gran capital imperialista, declara su conformidad ante las conversaciones con el Gran Dictador.

---

## QUINCE AÑOS

---

Pero, ¿qué ha ocurrido en verdad? Las clases dominantes, sus partidos, la clase media, los políticos de oficio, los jefes militares, ¿han sido presa de un ataque colectivo de

demencia? No precisamente de demencia. El ataque es de temor. Debemos explicarnos.

A partir de la caída de Perón, las fuerzas oligárquicas, por sí o a través de terceros, se propusieron: a) retornar la República a los tiempos de la factoría inglesa; b) si ese propósito se revelaba impracticable, frenar el crecimiento capitalista, impulsado durante el gobierno de Perón y confinarlo a los límites alcanzados. En otros términos, como la oligarquía había excluido al pueblo de su soberanía política y el ejército había perdido todo resto de ideología nacionalista, el país encontró cerradas las vías de su desarrollo capitalista. Los sectores pequeñoburgueses del radicalismo que llegaron al poder no pudieron o no se atrevieron a contrariar a la oligarquía y al ejército. De este modo, después de 1955, el papel de Frondizi, Guido e Illia fue gradualizar la decadencia de la Argentina semicolonial, pero se demostraron incapaces de detenerla.

---

## EL GOLPE DE 1966

---

— El radicalismo del pueblo, en el poder a partir de 1963, confirmó la utopía de reproducir en nuestra época una Arcadia rural sin expropiar a la oligarquía terrateniente. Pero como de todos modos estaba atado a las creencias democráticas de su base social, el peligro cierto de grandes triunfos electorales del peronismo, susceptibles de plantear sea el retorno de Perón o una política económica de corte nacionalista, impulsaron al Ejército a derribar el gobierno de Illia. El teórico de ese golpe y redactor del Acta III fue el célebre Alsogaray, y es cuanto se puede decir sin ofender a nadie de los responsables del cuartelazo. En cierto modo, la “revolución argentina” llevó hasta sus últimas consecuencias el programa implícito de la “revolución



libertadora". Bastará recordar que cuando Rojas era vicepresidente, preconizó la construcción de El Chocón, desmintiendo así la creencia errónea de que los cipayos son enemigos de las obras públicas y el argumento inverso de que el nacionalismo se demuestra por el afán de extender redes cloacales. Es cierto que Rojas luchó también por la derogación de la Ley de Alquileres. Pero Levingston y Manrique han realizado esa noble aspiración.

La revolución libertadora se distinguió por dismantelar la industria, reducir a la impotencia a los trabajadores, devolver sus prerrogativas al capital extranjero, trasladar los ingresos de la ciudad al campo, engordar a los ganaderos y enflaquecer a los peones, fusilar a los militares patriotas y masacrar obreros en los basurales: fue antinacional. Pero no fue antidemocrática, restringiendo el poder de este vocablo a los límites que se verán. Pues esa misma "revolución" devolvió la Universidad al gobierno tripartito, y hasta nombró al socialista José Luis Romero interventor en la Universidad de Buenos Aires (con su secretario, el terrible frondizista marxista Ismael Viñas). Entre ambos se dedicaron a expulsar profesores peronistas de las cátedras, mientras el gobierno entregaba los diarios peronistas y sus imponentes talleres a la bandada democrática de los partidos pequeñoburgueses que habían acudido, atropellándose, al pie del festín.

Pero la revolución del 66 completó el panorama de la década y media extrayendo del derrocamiento de Perón su verdadero significado: pues no sólo fue antinacional, sino que también fue antidemocrática, en el sentido de que la disolución de los partidos, la destrucción del régimen universitario, el apeamiento de profesores, la censura artística, la prohibición de elecciones, etc., afectaba a la clase media, el mismo grupo social que en su mayoría había sostenido y se había beneficiado de la "revolución libertadora". Si el contenido económico de la "revolución libertadora" estaba dictado por los intereses de la vieja oligarquía, la "revolución argentina" expondría públicamente la preeminencia extorsiva del gran capital extranjero sobre los intereses nacionales, aún a costa de limitar con medidas fiscales la voracidad terrateniente.

---

## LA CRISIS DE LA OLIGARQUIA CON LA PEQUEÑA BURGUESIA

---

Destruíase así, formalmente, la alianza sesquicentenaria entre la oligarquía y el Imperio británico. Esta alianza no sólo se fun-

daba en el intercambio de economías complementarias y en la ideología liberal-portuaria, sino que políticamente se nutría en los grandes sectores de las clases medias de Buenos Aires y el Litoral. La pequeña burguesía había elevado su nivel de vida en el primer tercio de siglo mediante el sistema semicolonial fundado en los ferrocarriles ingleses, los terratenientes, el puerto de Buenos Aires y el comercio exportador-importador. Gracias a ese privilegio social que le otorgaba el imperialismo, la pequeña burguesía había elaborado sus ideales de cultura y había santificado la escuela de Sarmiento, con maestras regularmente retribuidas, una burocracia estatal relativamente bien pagada y exclusivos sistemas de jubilaciones dignas. Había formado el partido Socialista, contaba con sus Borges, su alvearismo, su democratismo formal y, en fin, con ciudades como Buenos Aires, que podían compararse con las grandes ciudades ultramarinas. Ese sistema ha sobrevivido hasta hoy, pero está en ruinas. Ya estaba en crisis al caer Perón y la masa pequeñoburguesa aclamó su derrocamiento creyendo que había llegado el momento de volver a los felices tiempos de 1929. Por el contrario, la "Revolución Libertadora" no hizo sino ahondar esa crisis hasta alcanzar hoy proporciones tan devastadoras como las que presenta el Uruguay, otro socio menor del Imperio Británico en la decadente pampa húmeda del Plata.

---

## LOS TERRATENIENTES Y ONGANIA

---

El período de Onganía expresa la abierta sustitución de Inglaterra, que ya se manifestaba desde la segunda guerra mundial, por el imperialismo yanqui. Este hecho se traducirá en una ruptura y alejamiento recíprocos entre la oligarquía y la clase media. La clase terrateniente, que había encontrado siempre en la pequeña burguesía a los dirigentes adecuados para teñir de progresismo su reaccionarismo cerril (los Alfredo Palacios o José Luis Romero) perdió todo interés en esa alianza. Así, el científico Bernardo Houssay abandonó a las violencias policiales la suerte de la Universidad (que en tiempos de Perón se le antojaba sagrada). Puesta a elegir entre su liberalismo y sus vacas, la oligarquía prefirió estas últimas. Sus queridos estudiantes y sus amados profesores, que siempre habían servido a la oligarquía como tropa de choque para combatir a los caudillos nacionales (en 1930 contra Yrigoyen y en 1945-55 contra Perón) se encontraron con que ni "La Nación", ni "La Prensa" salían a defenderlos ni con un suspiro.



¿Por qué causa la clase terrateniente apoyó al gobierno de Onganía? ¿Por qué soportó en silencio la disolución de los partidos políticos, admitió la censura, y hasta la suma del poder público, con la complicidad y mansedumbre senil de la Suprema Corte y toda la magistratura? Para decirlo de una vez, el histórico alejamiento de Inglaterra y la proximidad del Imperio yanqui no eran más que los incidentes exteriores de una mortal crisis interna que ya no podía ocultarse por más tiempo: el desarrollo de las fuerzas productivas, al fundarse exclusivamente en el monto global de las exportaciones agropecuarias, condenaba al estancamiento del país. Si en 1910 la Argentina contaba con 40 millones de cabezas de ganado y 7 millones de habitantes, en 1971 los 23 millones de habitantes se encuentran con un promedio anual de 45 a 50 millones de cabezas en las haciendas. Al crecer, el pueblo argentino está consumiendo su producción de alimentos.

¿Debe dejar de comer para emplear las divisas en la importación de los bienes necesarios a la industria? ¿Este es el dilema? No, por cierto. Toda la crisis que devora hoy a la Argentina se origina en que los ganaderos aparecen como el sector más parasitario de la economía nacional, a la que tiende a estrangular. En sesenta años no han logrado añadir una sola vaca más a la riqueza pecuaria del país. Son rentistas de la tierra, no productores de carne. Para romper el círculo vicioso y aumentar la producción de carne con métodos modernos, nuevos planteles de sementales, nuevas praderas, etc., hay que expropiar a los ganaderos, nacionalizar la tierra de las grandes estancias y exportar sin hambrear.

Porque la crisis avanzaba hacia zonas peligrosas, la oligarquía decidió sostener sin vacilaciones el despotismo militar. Adquirió la convicción de que sólo el ejército, mediante un régimen a la brasileña, podía mantener su antiguo privilegio rural. Sólo debía entregar a cambio los restos de su liberalismo y los derechos políticos del pueblo argentino. El arreglo resultaba satisfactorio para la oligarquía y se vio así poblar los ministerios, las embajadas y las cumbres de la burocracia a los personeros locales del viejo sistema, junto a los jóvenes tecnócratas que el nuevo Imperio adoctrinaba en sus universidades privadas. De este modo se consideraron oficialmente como la última palabra de la ciencia económica los índices crecientes de la desocupación, la capacidad ociosa de la industria nacional, y la quiebra de la pequeña y mediana empresa de capital argentino. La desnacionalización de la banca y la industria locales, así como la modificación de la

tarifa de avalúos aduaneros impulsaron una avalancha de productos importados que en un mercado abierto aplastaron con el poder competitivo de la industria imperialista las débiles defensas de la producción nacional. Pudo presenciarse de este modo el vaciamiento demográfico de provincias enteras (Chaco, Tucumán), que se añadía a la despoblación crónica de las provincias históricas diezmadas por el mitrismo portuario (Santiago, La Rioja, Catamarca) que originaron en las grandes ciudades nuevos focos de poblaciones marginales de trabajadores temporarios desarraigados. Hasta las opulentas regiones del Sur fueron arrastradas por la furia de la crisis que asolaba la sociedad argentina, potenciada por los extravíos, atropellos y crímenes del gobierno militar.

---

## EL FRACASO DEL PLAN MILITAR

---

La imposibilidad de hacer progresar al país sin nacionalizar su principal fuente de recursos potenciales —la lucrativa pampa húmeda— se hacía sentir desde los tiempos de Perón. Pero en esa época los recursos para impulsar el crecimiento económico provenían de los ingresos originados durante la segunda guerra imperialista. De ahí que Perón meditase en la posibilidad del estallido de un tercer conflicto mundial, como coyuntura para un nuevo gran estímulo a la economía nacional. Afortunadamente esa perspectiva no se realizó, pero al mismo tiempo la crisis nacional prosiguió avanzando sin pausa, acelerada por el gobierno de Onganía. Resultaría perfectamente claro que los argentinos, que se habían beneficiado siempre de las crisis mundiales, desde ahora sólo podrían encontrar los capitales para modernizar su economía en las clases parasitarias internas.

Por el contrario, el gobierno militar se erigió como el más formidable obstáculo para esa tarea impostergable. Los resultados que obtuvo han adquirido el poder de un testimonio viviente para ilustrar cuanto decimos. Pues cuando el régimen de Onganía parecía más fuerte que nunca, bastaron unos pocos días para conducirlo a un callejón cuya salida resultó ser la renuncia del inepto personaje. Se produjeron verdaderos levantamientos populares en las provincias, que deshicieron rápidamente la moral política del Ejército encargado de reprimirlos. Las fuerzas armadas, que habían observado hasta ese momento con respeto la imagen bovina del lacónico autócrata advirtieron que el pueblo que atacaba las casas de los gobiernos provinciales y arrojaba agua hirviendo desde las azoteas a las



fuerzas de seguridad, no sólo vomitaba su cólera contra el régimen de Onganía sino que resumía en ese estallido la indignación contenida desde 1955. Onganía y el Ejército pagaban por todo.

Mas la gravedad de la situación, evaluada por el Ejército y que cuesta su cargo a Onganía, no se agotaba con lo ya expuesto: los militares percibieron que las grandes conmociones sociales y políticas de las provincias carecían de divisas partidarias, aunque fueran peronistas los trabajadores que en ellas participaban. Pues la presencia de los sectores estudiantiles o pequeñoburgueses, vecinos, profesionales, comerciantes, jubilados y burocratas que ayudaron a encender en 1969 el incendio de Córdoba y otras provincias indicaba bien a las claras que el peronismo no dirigía los levantamientos, sino que era arrastrado por ellos, junto a los vastos sectores sociales que hasta ese momento habían permanecido indiferentes a las causas revolucionarias y hostiles a toda acción común con los peronistas como tales. Esta aproximación de proletariado y clase media, de trabajadores y estudiantes, de las banderas democráticas del 18 y de las banderas nacionales del 45 era altamente explosiva, pues su síntesis política moderna no era peronista. Era otra cosa, confusa y sin duda terrible. Quizás podía ser el socialismo, hoy, mañana o pasado mañana. En las dramáticas escenas de los tumultos de provincia ondeaban banderas y consignas con la frase: "Por un gobierno obrero y popular". Era una divisa de todos.

---

## UN FANTASMA RECORRE LA ARGENTINA

---

Un profundo temor se apoderó de los jefes militares. Comprobaron que no podía repetirse en la Argentina la experiencia brasileña de un gobierno militar terrorista que aplastase a la República bajo la bota. Los diferencias sociales, geográficas y políticas, entre Brasil y la Argentina saltaban a la vista y la represión a escala militar podía conducir al país a los límites de la guerra civil. Esa consideración derribó primero a Onganía y después a Levingston. Tales decisiones no sólo quebrantaron profundamente la unidad de las fuerzas armadas y la confianza depositada en sus jefes y en su extravagante programa de 1966, sino que condujeron a sus cuadros superiores a la convicción de que era preferible Perón al socialismo. Si Onganía ofrecía un régimen de 10 a 20 años de duración y el primer cordobazo lo derribó; si Levingston (con el apoyo de los tres comandantes) se obstinaba en un plazo de 4 a 5 años y el segundo cordobazo también lo derribó; y

si ahora Lanusse propone un término de 2 a 3 años, estas rectificaciones no voluntarias del régimen para fijarse a sí mismo la fecha de su desaparición es el más formidable triunfo de las masas populares argentinas que se produce desde 1945. Cualesquiera sean los resultados de las gestiones oficiales para entablar negociaciones con Perón, queda en pie el hecho incontestable de que la acción resuelta del pueblo ha sido capaz de doblegar a un gobierno militar dotado de todos los instrumentos para la represión. La traslación del eje político argentino a Madrid, por más inaudito que parezca, no es el fruto de ningún "maquiavelismo de Estado Mayor", sino la prueba directa de que los jefes militares han sido derrotados en la batalla por matar a Perón en vida y despojar así al pueblo de su soberanía política.

Como Perón es el símbolo personal de la voluntad de millones de argentinos resueltos a emancipar el país, el lector comprenderá que nosotros, los Socialistas de la Izquierda Nacional, nos asociemos por derecho propio al júbilo de estas jornadas vindicativas que han limpiado la atmósfera enrarecida de la patria. No nos hacemos ninguna ilusión sobre los comicios que puedan convocarse, pero no rehusaremos concurrir a ellos, si llega el caso, como no nos negamos en principio al empleo de todos los medios adecuados para luchar por la liberación nacional y por el triunfo del socialismo.

Deberá tenerse presente que tampoco el general Lanusse está firmemente sentado en el sillón presidencial. Los trajines subversivos de Onganía y otros individuos semejantes son un secreto a voces, lo mismo que la inquietud que reina en la Aeronáutica, el reverdecimiento de los gorilas en la Marina y las discusiones en el Ejército. Pero el aire fresco ha empezado a soplar en todo el territorio argentino. El pueblo ha medido ya el alcance de su fuerza. En el período que se abre, nuestro partido sabrá ocupar su lugar con honor, preparar sus cuadros para explicar a las masas populares el programa socialista revolucionario y preparar las condiciones para transformar a la Argentina semicolonial en una Argentina socialista.



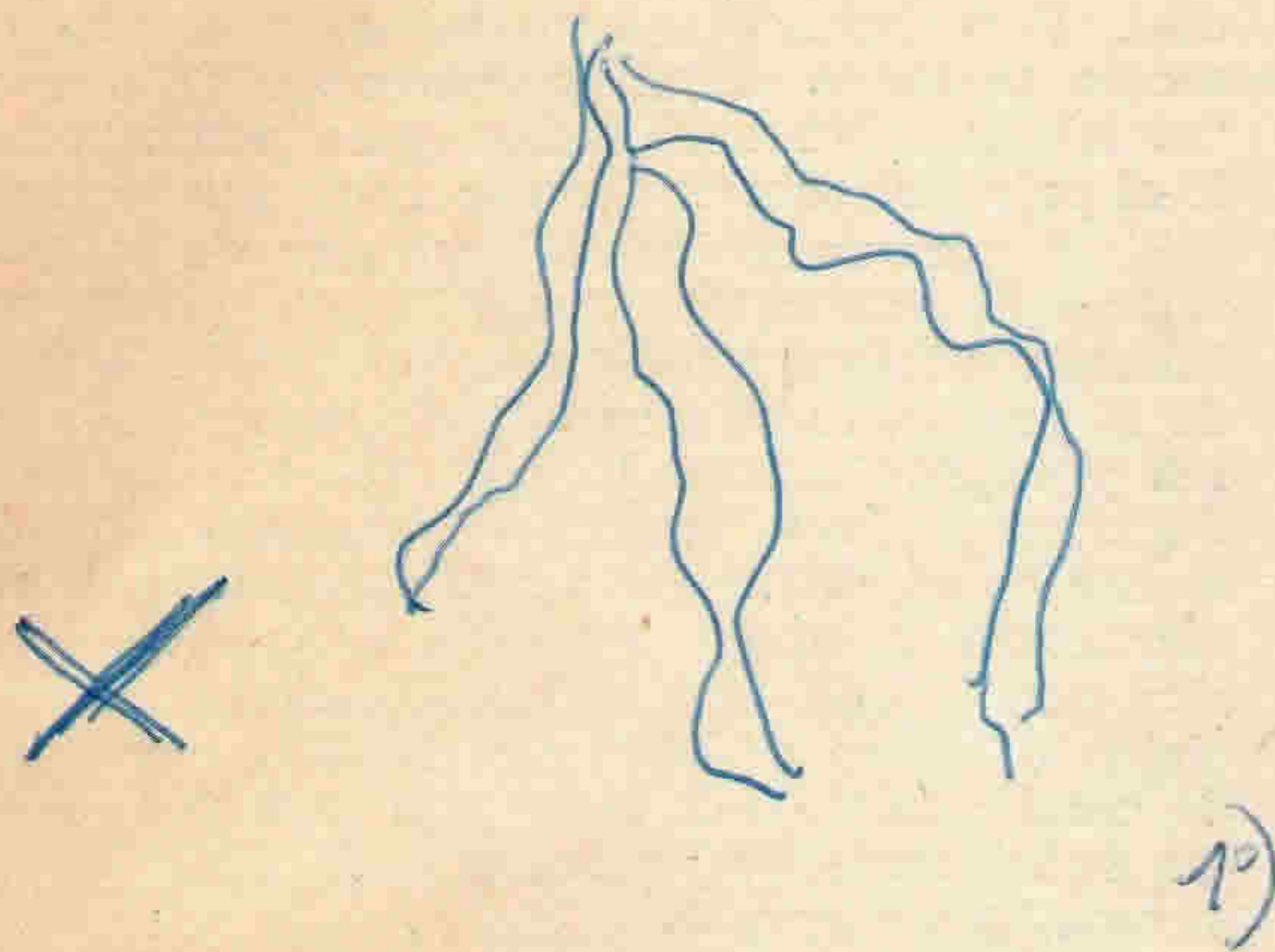
---

# Peronismo y Socialismo

---

por Blas M. Alberti

---



Una de las más enconadas polémicas a la que nos hemos enfrentado los militantes de la Izquierda Nacional, es la que se refiere a la dilucidación de las causas históricas que han determinado la perdurabilidad de la conciencia peronista (nacionalista burguesa) en el seno del movimiento obrero. Este dato de la realidad no conforma, por cierto, a la izquierda cipaya en general, para quien el peronismo es sólo una de las variantes del sistema opresivo, lo que nos lleva a la conclusión de que los únicos obreros conscientes son los de los textos marxistas. No es nuestro afán polemizar con estos especímenes de la izquierda imperialista siempre dispuesta a servir a los intereses antinacionales. Nuestro afán, por el contrario, es ayudar a aquellos que, ya sea en el movimiento obrero o en los sectores de la pequeña burguesía radicalizada, intentan reorientarse ideológica y políticamente ante la evidente dificultad del peronismo como movimiento histórico, para brindar a las masas y en especial al proletariado, una salida acorde con las necesidades del momento.

En el intento por responder a las cuestiones que implícita y explícitamente se plantean precedentemente, agruparemos los interrogantes que habremos de desarrollar.

1º Causas históricas por las que el peronismo ha sido la ideología excluyente en el seno del movimiento obrero.

2º Causas por las cuales no se desarrolló, al mismo tiempo, una corriente socialista revolucionaria que aunque minoritaria, tuviese la fuerza suficiente como para plantear al-

Alberti se propone en este artículo detallar las particularidades orgánicas del peronismo como movimiento nacional y el papel del Socialismo de la Izquierda Nacional en el proceso que debe concluir por situar al PSIN a la cabeza del proletariado revolucionario.

ternativas concretas a la clase obrera.

3º Cuáles son las perspectivas que tiene ante sí el socialismo revolucionario en su intento por incorporar a la conciencia obrera la necesidad del partido de clase.

Desde hace más de 20 años hemos insistido en explicar la naturaleza del socialismo juanbejuzista y el stalinismo. Ellos constituyeron en realidad variantes de la política oligárquica destinada a impedir históricamente el desarrollo de una estructura capitalista independiente del sometimiento al capital extranjero. La tentativa de Perón y el sector adicto del ejército por instaurar una política destinada a fortalecer el sector nacional burgués, en detrimento de los intereses de la oligarquía y el imperialismo, respondían a una necesidad básica: dar contenido político a una realidad que se había conformado a partir de la crisis del 30, generando el desarrollo de un sector capitalista nacional y en consecuencia ligado al mercado interno. La defensa del interés nacional por parte del nacionalismo militar coincidía con las aspiraciones de los sectores sociales que habían crecido al amparo de la industrialización, en especial la clase obrera, porque la perspectiva de un desarrollo capitalista autónomo aseguraba ocupación y altos salarios, reivindicaciones esenciales para todo asalariado.

---

## LAS ESPECIFICIDADES DEL PERONISMO COMO MOVIMIENTO NACIONAL

---

La izquierda cipaya enfrentó a Perón acusándolo de "burgués" y el proletariado, sin haber leído a Lenin, puso en práctica lo que el jefe de la revolución rusa había afirmado en varias oportunidades acerca de la distinción entre el nacionalismo de los países oprimidos y el nacionalismo de los países opresores, tesis ésta que Trotsky reafirmaría: "El imperialismo sólo puede existir por que hay naciones atrasadas en nuestro planeta, países coloniales y semicoloniales. La lucha de estos pueblos oprimidos por la unidad y la independencia nacional tiene un doble carácter progresivo, pues, por un lado, prepara condiciones favorables de desarrollo para su propio uso, y por otro asesta rudos golpes al imperialismo. De donde se deduce, en parte, que en una guerra entre la república democrática imperialista civilizada y la monarquía bárbara y atrasada de un país colonial, los socialistas deben estar entera-



mente del lado del país oprimido, a pesar de ser monárquico, y en contra del país opresor, por muy 'democrático' que sea." <sup>1</sup>

Pero el peronismo poseyó rasgos específicos que explican buena parte de la respuesta que estamos desarrollando. Estos rasgos provienen de las condiciones histórico-estructurales en las que él tuvo que desenvolverse: *la semicolonía próspera*.

Históricamente, la estructura capitalista agraria bajo dominio de la oligarquía, gozó de beneficios extras que permitieron la expansión de un mercado interno (abastecido por las manufacturas importadas) de alto nivel de consumo (urbano capitalista en sus aspectos exteriores) que abarcó una extensa región del país. A pesar de que la crisis del 30 golpeó duramente dicha estructura, condenándola al colapso, la misma crisis y una de sus más importantes secuelas, la guerra inter-imperialista del 39, favorecieron un incremento relativo de la riqueza acumulada como consecuencia tanto del crecimiento real del capital nacional como de la demanda internacional de alimentos, en especial a partir de la guerra.

Las condiciones naturalmente privilegiadas de la producción agropecuaria permiten una acumulación de excedente económico (divisas) que restablece la prosperidad argentina en medio de la contracción mundial provocada por la guerra, especialmente en los países de menores recursos. A su vez el imperialismo se ve precisado a aflojar su presión sobre las semicolonias.

El peronismo resultaba así de una coyuntura favorable en el plano internacional (aflojamiento de la presión del imperialismo), y de un estado de prosperidad interna que el sector nacionalista del ejército estaba en condiciones de aprovechar, en beneficio de su estrategia burguesa nacional. Pudo neutralizar así a la oligarquía, porque contaba con el apoyo del proletariado que en el 45 se decide a participar de los beneficios que las exportaciones habían producido. La crisis había generado un proceso de industrialización, tan profundo como ancho era el horizonte del mercado interno que establecía la demanda. La guerra, a su vez, permitió la reconquista, aunque no en los niveles de la década del 20, del mercado internacional, y cuando al finalizar la contienda la oligarquía se disponía a disfrutar de los beneficios de la renta, el sector nacionalista de Perón, apoyado por la clase obrera, la derrota instaurando una política nacionalista en lo económico-social.

A diferencia de los demás movimientos nacionalistas del mundo semicolonial, el peronismo es, por lo tanto, el resultado de la prosperidad y no de la miseria. Responde a los mismos mecanismos históricos, pero surge en medio de condiciones excepcionales. Representa la tentativa por romper la dependencia del imperialismo en los límites de la sociedad capitalista, pero es producto de una coyuntura económica que propone a las masas. Así se pudo obviar el "sacrificio de la acumulación", distribuyendo beneficios al día siguiente de la toma del poder. Este es uno de los factores particulares que determinaron la adhesión de la clase obrera en forma tan repentina y masiva. A su vez, la izquierda cipaya (Partido socialista, PS stalinista, etc.), hacía frente común con la oligarquía.

Las condiciones en las cuales surgió el peronismo hicieron posible la conformación de un estructura sindical y política, monóticamente burocrática, manejada de manera vertical y que no presentará fisuras mientras las arcas fiscales permitieron sobrellevar la carga de las demandas salariales y demás beneficios sociales.

Resumiendo: Ausencia de tradición socialista

revolucionaria, abundancia de bienes de consumo al alcance de las clases populares, status jurídico privilegiado del sindicalismo organizado, en tanto instrumento del estado nacional-burgués; ésta fue la clave por la cual el peronismo contrarrestó estructuralmente el desarrollo de la tendencia socialista revolucionaria en el seno de la clase obrera. Las condiciones favorables en que se desarrolló el movimiento nacional del 45 permitieron el congelamiento ideológico tanto del bando nacional como del antinacional. Tendrían que pasar muchos años de crisis continuada y de retrocesos reiterados para que el monopolio del nacionalismo revolucionario sobre la conciencia de la clase obrera comenzara a resquebrajarse.

---

## EL MOVIMIENTO INDEMNE ANTE LA IZQUIERDA CIPAYA

---

El monopolio ideológico ejercido por la izquierda antinacional sobre la pequeña burguesía argentina estuvo fundado en la perdurabilidad de la estructura oligárquica ligada al mercado mundial. Esta izquierda tuvo su base obrera en el sector servicios de la semicolonía agraria y su "socialismo" era tan celeste como podía permitirlo el próspero mundo terreno en el que se fundaba.

Si el peronismo hubiese surgido de la quiebra radical de este sistema, es decir, si para su consolidación hubiese tenido que romper la estructura de la propiedad oligárquica, nacionalizando la tierra y expropiando a las grandes fortunas improductivas nativas (medidas burguesas, históricamente hablando), habría necesitado de una superestructura ideológica mucho más poderosa y agresiva que la que en los hechos necesitó. El "Justicialismo" es en realidad una doctrina conciliadora, de corte paternalista, muy a la zaga por cierto de las definiciones de un Naser o de un Velasco Alvarado, por ejemplo.

La profundización de la revolución nacional, al demoler los fundamentos materiales de la oligarquía, hubiese arrastrado a todos los sectores aliados, destruyendo a su vez la hegemonía del stalinismo y el socialismo cipayo sobre la pequeña burguesía y las clases medias en general que, como sabemos, poseen en nuestro país una enorme gravitación política.

Pero la posibilidad de realizar una tentativa profunda de revolución nacional sin afectar las bases de sustentación de la oligarquía, determinó que el socialismo apariencial (la izquierda cipaya en general) pudiese ser presentado fácilmente por el régimen peronista como el "marxismo" que, haciendo causa común con los enemigos del país, se enfrentaba nada menos que a la clase obrera. Para el proletariado resultaba claro que Perón era más "socialista" que Palacios, Repetti, Ghioldi y más "comunista" que Codovilla.

La superestructura ideológica "sobredeterminaba" el congelamiento de la conciencia proletaria en el punto en que ésta se había encontrado con el nacionalismo burgués. En lugar de producirse dentro mismo del proceso burgués las fases crítica de la toma de conciencia de proletariado que, de una alianza con la burguesía pasa al enfrentamiento con la sociedad capitalista en su conjunto (proceso que se dio en Europa y Rusia), en la Argentina las condiciones históricas, perdurabilidad de la estructura oligárquica en convivencia crítica con el capitalismo nacional por mediación de la política peronista, determinaron un resultado distinto. El peronismo quedó "fijado" a la con-



ciencia obrera a tal punto que hoy en día existen importantes sectores de la pequeña burguesía que alimentan la ilusión de que él es la ideología del proletariado.

Hubo de producirse la derrota de la experiencia nacional-burguesa para que se crearan las condiciones de un descongelamiento de la superestructura ideológica, tanto en la clase obrera como en la pequeña burguesía, al agravarse el deterioro de la Argentina oligárquica que arrastró a la industria nacional permitiendo la monopolización imperialista. (Es de hacer notar que la Izquierda Nacional adquiere estado público en las postrimerías del peronismo y se desarrolla con posterioridad a la contrarrevolución oligárquica del '55.) Pero el "anticomunismo" peronista siguió por mucho tiempo basándose en un hecho cierto (la traición de socialistas y stalinistas en el '45) y a 25 años de esa fecha el reaseguro que contra la izquierda imperialista significa este hecho, afecta el desarrollo pleno de la conciencia socialista en el seno de la clase obrera cuando las condiciones objetivas están dadas para que así suceda.

## PERONISMO Y SOCIALISMO

La contradicción entre peronismo y clase obrera es tan clara a la luz de los hechos como de las mismas ideas que la Izquierda Nacional y el PSIN, expresión concreta de ésta, han elaborado y difundido a lo largo de más de 20 años. Lo que ha quedado bien claro es cuando de *complementaria*, esa contradicción se vuelve *antagónica*. Es decir, en qué momento el peronismo deja de ser para el movimiento obrero el punto de apoyo a partir del cual se articulan todas sus luchas, y en qué momento pasa a ser un peso muerto del que habrá que desembarazarse para abordar una instancia histórica superadora. El peronismo fue para la clase obrera la conciencia "tradeunionista"; toda acción de lucha que trascienda ese plano, escapa al peronismo, como es el caso del "cordobazo", planteando nuevos rumbos. Veamos.

En casi ningún país capitalista la clase obrera obreros que encabezan manifestaciones de lucha, tiene la combatividad de la nuestra. Dirigentes obreros que encabezan manifestaciones de lucha, ocupaciones de fábricas, obreros y dirigentes asesinados, presos, exiliados, proscriptos. Planes de lucha en donde el proletariado hace su gimnasia revolucionaria. Toda esta gama de acontecimientos coloca a la clase obrera en el centro de la lucha nacional y social, antioligárquica y antiimperialista, Y, sin embargo, en los 15 años transcurridos desde la caída de Perón, no ha producido un dirigente por encima de Vandor. El "cordobazo" y las movilizaciones combativas que se han dado con posterioridad a ese acontecimiento constituyen objetivamente signos del nuevo período histórico de la revolución en la Argentina. En su capacidad de acción la clase obrera ha sobrepasado al peronismo; la posibilidad de que lo trascienda subjetivamente depende de la acción sostenida del partido revolucionario. Dicho de otra manera: las condiciones objetivas, hoy como nunca, están dadas para que el socialismo revolucionario influya decisivamente en los cuadros más combativos de la clase obrera, en tanto el peronismo no puede responder políticamente al nivel de acción de su base mayoritaria. Pero mientras el desarrollo ideológico se mantenga en retraso con las condiciones objetivas, cosa por lo demás común en la expe-

riencia histórica de la revolución, el peronismo seguirá cristalizado en la conciencia obrera.

La burocracia sindical peronista se desmorona inexorablemente ante acontecimientos que no puede comprender ni por lo tanto canalizar. Esta inoperancia es percibida por las bases que repudian, o en el mejor de los casos, recelan, de direcciones que no las representan. Pero el proceso de experiencia es lento. Sólo allí donde los obreros perciben la capitulación en forma clara y a su vez tienen la oportunidad de actuar, se lanzan a la lucha por la democratización sindical, primera instancia de la ruptura del cerco burocrático. La asimilación crítica de esta experiencia, que ya ha sido vivida en varios lugares del país, constituye el camino hacia la asunción de la conciencia de clase en su plenitud presente y a la vez histórica. Está claro que el proceso demandará grandes esfuerzos; pequeñas y grandes victorias, pequeñas y grandes derrotas, se sucederán en el camino hacia el poder.

La clase obrera se encuentra, por así decirlo, en un "vacío histórico". Ha transitado la experiencia del peronismo en el poder, en cuyo seno se conformó la estructura sindical moderna que correspondía el período particular de su ascenso como clase. Luego de la caída de Perón soportó la contraofensiva oligárquica atrincherada en sus organizaciones gremiales y en esa lucha fue quemando las "proteínas" acumuladas en la época del régimen popular. Pero al mismo tiempo el conjunto de las clases de la Argentina semicolonial sufría las consecuencias del agravamiento de la crisis oligárquica.

Esta crisis no se evidenció en toda su profundidad sino después de un lapso que abarca ya 15 años. Durante este período la Argentina burguesa pudo resistir el embate combinado de la oligarquía y el imperialismo gracias a la enorme riqueza acumulada durante las décadas anteriores y ésta es la razón por la cual el sindicalismo peronista se bastó por sí solo para cumplir el doble papel: defensor de los intereses gremiales y de los intereses políticos de la clase obrera.

Pero a partir del año '69 la soberanía popular, avasallada por el régimen resurrecto en el '55, expresada en la proscripción sistemática de la gran mayoría del pueblo, deja de ser una reivindicación asumible por el peronismo como vanguardia política, para transformarse en la expresión cada vez más sólidamente mancomunada del proletariado y las clases que a consecuencia de la crisis abandonan el campo oligárquico.

Este desfasaje produce en el campo del peronismo una clara escisión entre su "rama política" y la burocracia sindical por un lado y la clase obrera por el otro. Mientras los primeros repiten mecánicamente la fórmula clásica de la negociación para una salida electoral en donde no pueden imponer sino los candidatos "potables" para el régimen, esto en el mejor de los casos; o buscan desesperadamente algún general "nacionalista" que les devuelva el poder perdido, la clase trabajadora ha comenzado a recorrer un camino nuevo. El signo del nuevo rumbo es la movilización y la lucha al lado de los sectores más radicalizados de la clase media, en la búsqueda del nuevo eje histórico abierto a partir de los hechos de mayo y junio del '69. Para esto, para la integración de ese frente nacional revolucionario que se estructurará en el inmediato futuro, la clase obrera necesita munirse de una herramienta indispensable: el partido revolucionario. No puede prescindir de él porque la envergadura de las tareas que plantea la revolución en esta etapa hacen históricamente



necesario que la misma sea conducida por la única clase capaz de realizarla en toda su profundidad y contenido. Y el peronismo, ideología "constituida" del proletariado, no es sino la fase de este tránsito, aunque en el plano inmediato y aparente aparezca como *su* conciencia, el "para sí".

Este hecho, que como dijimos más arriba, ha producido en importantes sectores de la pequeña burguesía, sobre todo del campo universitario, la ilusión de que el peronismo y la clase obrera son históricamente lo mismo, proviene del desconocimiento de las causas precisamente históricas que lo determinaron.

El socialismo no es algo fatal en el crudo sentido del materialismo premarxista; él debe ser introducido desde afuera, como afirmaba Lenin, por aquellos que forman parte del Partido proletario. En el 45 la clase obrera se encontraba ante una elección sobre la que nada tenía que dudar. Por un lado los "socialistas" y los "comunistas", que acusaban a Perón de "nazi", "fascista", "demagogo", alineándose en el frente de la tristemente célebre "unión democrática", fachada de la ofensiva oligárquica e imperialista contra el régimen nacionalista y popular de Perón. Por el otro, las reivindicaciones concretas que otorgaba el mismo régimen, lo que significaba a su vez la conquista de los derechos políticos por un vasto sector del pueblo, del que la clase obrera constituía un vital segmento. La clase obrera de la Argentina moderna, producto de la fusión del viejo proletariado de origen europeo con los criollos migrados del interior del país, entraba así a la arena de la política aliada de hecho con el nacionalismo burgués, pero impedida de realizar desde su propia conciencia histórica la crítica de dicha alianza en tanto el "socialismo" que heredaba no era, en el mejor de los casos, sino un vacío formalismo detrás del cual se escudaban intereses profundamente antinacionales.

Al contrario de lo que sucedió con la clase obrera rusa que, desde el mismo momento en que comienzan a manifestarse los síntomas del desarrollo capitalista, encuentra a las organizaciones social-demócratas organizando sus cuadros y educándola en la ideología del socialismo científico, en la Argentina el proletariado tuvo que deshacerse del lastre del "socialismo", en sus aspectos prácticos, claro está, para jugar el papel decisivo que jugó y dar cobertura obrera al régimen popular que nace en las jornadas del '45. La intuición de la clase trabajadora, siempre sensible a apoyar aquello que defiende más genuinamente sus intereses, realizó en los hechos lo que un partido obrero, de haber existido, tendría que haber planteado: apoyo crítico al frente nacional revolucionario encabezado por Perón y fortalecimiento, en esa perspectiva, del Partido proletario. De este modo la contrarrevolución del 55 hubiese encontrado un sólido y organizado frente opositor y el resultado hubiese sido también distinto.

Es precisamente a partir del '55 que la Izquierda Nacional, que allí toma estado público<sup>2</sup>, comienza la tarea de desmistificación del "marxismo" de la Argentina semicolonial, realizando la crítica demoledora que hoy es patrimonio de vastos sectores de la clase obrera y de la pequeña burguesía que se reorienta hacia el campo del proletariado. Esta crítica es sincrónica al deterioro cada vez más agravado del sistema oligárquico-imperialista y al consecuente desplazamiento objetivo de los sectores populares del frente oligárquico, en especial la clase media. La clase obrera seguirá entre tanto defendiendo sus conquistas amparada en su estructura sindical y en esa pugna percibe, tanto la pérdida de los beneficios obtenidos durante la dé-

cada del 45 al 55, como el desgaste de la política que le había servido de marco y cuyos representantes más inmediatos son los propios dirigentes sindicales. A 15 años del 55, la burocracia sindical aparece ante la conciencia del proletariado como el cerco que le impide profundizar la lucha contra el régimen. Esta capitulación no es, sin embargo, el producto de la crisis subjetiva de los dirigentes, explicación típica del moralismo pequeñoburgués siempre sensible a mirar al cielo olvidándose de la tierra, sino la prueba concreta de la impotencia específica del sindicalismo, peronista o no, para la acción revolucionaria independiente.

Las manifestaciones espontáneas del empuje con que la clase obrera se dispone a abandonar un campo histórico para entrar en otro, han escapado al control de todos, sin excepción, los dirigentes sindicales del peronismo que no aciertan a encauzar las energías desbordantes de sus bases en tanto toda su imaginación se agota en la perspectiva de una salida que a 25 años del 45 ya no compromete al sistema. Las tareas que implican las movilizaciones que se suceden a partir de mayo y junio del 69 imponen la necesidad de que la clase obrera genere la organización de un comando político propio que elabore, asumiendo la experiencia particular de la Argentina, las tácticas más aptas para abordar la lucha por la liberación nacional y social. Mientras esta necesidad no se haga carne en la conciencia del proletariado, la lucha seguirá desenvolviéndose en el plano espontáneo aunque a veces aparente poseer una finalidad política trascendente.

Sólo un partido organizado será capaz de soldar la magnitud de necesidades compartidas en el descontento activo que cada vez gana a más vastos sectores. Sólo un partido organizado es capaz de establecer, por su estructura centralizada, los ritmos del enfrentamiento sin caer en el peligroso juego del aventurerismo, "ultrarrevolucionario", ni en el asimismo peligroso juego del gremialismo podrido.

Detrás de la primera perspectiva está la ultrazquierda que por su antiperonismo constitutivo niega la significación histórica de las movilizaciones obreras y populares, al entenderlas solamente en su significado aparente. Es el economismo proyectado a la categoría de teoría revolucionaria y al cual los bolcheviques de Lenin enterraron sin ceremonia alguna. En la segunda, está oculto el stalinismo, fiel a su tradición antinacional, dispuesto a llevar agua para el molino de una nueva "Unidad democrática", fundada en la alianza con los viejos partidos del régimen.

Nuestro partido está dispuesto a seguir inflexiblemente su prédica contra estas desviaciones y al mismo tiempo seguirá señalando, ahora más que nunca, la urgencia de romper, allí donde las condiciones lo permitan, el cerco burocrático que impide a la clase obrera el ejercicio autoconciente de sus luchas por generar una política que le sea propia. En esta última perspectiva el socialismo empieza a convertirse en práctica y el Partido cobra así la dimensión de necesidad ineludible.

<sup>1</sup> Trotsky, León: "Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina". En *La Revolución Permanente*, Ediciones Coyoacán, Buenos Aires, 1970.

<sup>2</sup> Esta Izquierda Nacional era el resultado de los grupos marxistas que durante la guerra del 39 defendieron desde el periódico "Frente Obrero" la neutralidad argentina contra toda la canalla aliadófila que planteaba nuestra intervención en el conflicto interimperialista, que apoyaron críticamente el proceso iniciado en el 45, y pocos días antes de la caída de Perón plantearon la necesidad de organizar milicias obreras armadas para defender al gobierno popular.



---

# Qué es la izquierda y la derecha en Bolivia

---

## Manifiesto del grupo "Octubre"

---

El Grupo Revolucionario "OCTUBRE" (ex-Centro de Integración Revolucionaria "Sergio Almaraz Paz" (CIRSAP), que suma su esfuerzo a la histórica tarea de construir el futuro partido revolucionario de la clase obrera, nucleando en torno a las ideas del socialismo de izquierda nacional, basado en el marxismo como método de interpretación de la realidad latinoamericana, ante el momento político que vive el país, se dirige a la clase obrera, en primer lugar, y al pueblo todo de Bolivia, para hacer conocer su posición.

A pocos días del golpe de estado del 26 de septiembre de 1969 nos dirigimos al pueblo, calificando al proceso entonces iniciado de nacional-antiimperialista y de apertura democrática. Consideramos entonces, y los hechos posteriores nos han dado la razón que, sobre la base del programa político enarbolado por el nuevo gobierno inmediatamente después de asumir el poder, así como a las medidas adoptadas y la presencia de caracterizadas figuras del nacionalismo que integraban el equipo ministerial, se abría una nueva etapa para el país. Una etapa que, al ofrecer la posibilidad de iniciar una lucha tenaz y obstinada contra la opresión imperialista, en las condiciones dadas y no elegidas por nosotros, permitía, con la vigencia inicial de las libertades democráticas recuperadas, fortalecer y reorganizar al movimiento obrero, ponerlo nuevamente en pie de lucha luego del sexenio restaurador e iniciar con las movilizaciones de masas la profundización del proceso iniciado y, simultáneamente, emprender la tarea de construcción del partido revolucionario de la clase obrera, única ga-

*Los militantes del Grupo "Octubre" de La Paz exponen un panorama extraordinariamente claro de las luchas políticas en Bolivia, desfiguradas por la interesada propaganda del imperialismo y sus aliados de izquierda y derecha.*

rantía para la continuidad de la revolución y su permanencia y para el triunfo final de proletariado y del pueblo.

---

### EL PAPEL DE LAS FF.AA.

---

No ignoramos entonces, y así lo denunciarnos, las bases endebles y contradictorias con que el proceso se iniciaba. Las Fuerzas Armadas, por entonces sus principales protagonistas, seguían siendo las mismas que, en su conjunto, habían servido de sustento hasta entonces, al régimen pro imperialista de Barrientos. Era necesario armar el frente nacional revolucionario y antiimperialista de obreros, campesinos, estudiantes, profesionales y empresarios nacionales para enfrentar al bloque rosco-imperialista representado por la burguesía compradora, la minería mediana, la intermediación parasitaria, la burocracia privilegiada y el capital extranjero, bendecido por la CIA y la embajada yanqui. Para ello era preciso, y lo sigue siendo, ganar a los sectores nacionalistas y antiimperialistas del Ejército. No obstante, por entonces sus cuadros permanecían intactos. Pero no desconocimos y lo ratificamos ahora que, en los países semicoloniales como el nuestro, el Ejército, integrado en su inmensa mayoría por capas medias, genera contradicciones en su propio seno. Por no tener el respaldo de una burguesía propia, desarrollada y poderosa, al modo de la que existe en los países metropolitanos, no siempre se constituye, como el ejército de aquéllos, en el brazo armado de una política reaccionaria.

Nasser en Egipto, Boumedienne en Argelia, sumados a los ejemplos más recientes de Libia y Sudán, son una muestra de ello. Vargas, Perón y ahora Velasco Alvarado, constituyen su expresión en América Latina, que resumen contemporáneamente la trayectoria libertadora de otros ejércitos patrios: los de Bolívar, Sucre, San Martín y Artigas.

Como las capas medias, por su propia inorganicidad, derivada de su papel social, no tienen ni pueden tener y menos ofrecer al resto de los sectores sociales, una política propia —y el ejército es una de sus expresiones—, terminan por reflejar en sí mismas todas las contradicciones que se desenvuelven en la sociedad en la que se hallan inmersas, más aún si se encuentran en función de poder.

El Ejército en las semicolonias bien puede entonces constituirse en guardia pretoriana de minúsculas oligarquías, o ponerse al servicio del imperialismo, al modo de Melgarejo, Ballivián o Peñaranda, o en-



carar las tendencias antiimperialistas y progresistas de la inmensa mayoría del pueblo, al modo de Belzú, Busch y Villarroel.

Su estructura vertical, su alto grado de concentración y organización, su distribución geográfica a nivel nacional, su situación estratégica y esencial con relación a puestos claves del desarrollo económico y la defensa nacionales, le permite, a veces, hacerse carne y conciencia de los problemas de su pueblo. Por eso, de predominar una tendencia sobre otra, puede ésta formular la política general de la institución armada y, en caso de hacerse cargo del poder, del país en su conjunto, ya obrando a modo de partido gobernante a nombre de la oligarquía, ya como partido sustitutivo de una débil o inexistente burguesía industrial.

La presencia y participación del Ejército en las responsabilidades activas del poder, en nuestro país, débese precisamente a la atomización de todos los partidos políticos tradicionales que, de derecha a izquierda, constituyen las representaciones superestructurales del viejo orden de la rosca y el imperialismo, derrotado en 1952. Los partidos de clase media, que hasta entonces servían de base "democrática" al poder, perdieron todo sustento material con la nacionalización de las minas y con la reforma agraria. La izquierda, apéndice de aquel sistema, jamás representó los intereses confluentes de la clase obrera y del país, a nombre de quienes hablaba falsamente y por eso también se desintegró. El MNR se corrompió en el poder, sin dar paso a nuevas formaciones que representarían una opción superadora. En tal situación, el Ejército volvió a recuperar su viejo papel preeminente.

Dicha realidad, existente por sí, no importa negar o desconocer la subsistencia de contradicciones. Descifrarlas y alertar a la clase obrera para apañar cuantas veces sea necesario a los elementos contrarrevolucionarios, constituye la tarea insoslayable de quienes armados con las tradiciones de lucha del pueblo, sepan enarbolar sus banderas y organizarlo para la conquista del poder.

---

## EL PROCESO DEL 26 DE SEPTIEMBRE

---

Desde el 26 de septiembre mismo, nos dedicamos a ello con empeño. Alertamos al pueblo, una y otra vez, sobre la dualidad ambivalente que encerraba el régimen de Ovando al mantener en el gobierno sucesivamente a personeros de la contrarrevolución barrientista como Mario Rolón Anaya, Sánchez de Lozada, Edmundo Valencia o Juan Ayoroa. Dijimos también, y lo sostenemos aún, que era y es preciso derrotar a la derecha militar refugiada en el Alto Mando de los Miranda, Banzer y Ayoroa, como requisito necesario a toda continuidad del proceso revolucionario. Denunciamos, igualmente, el papel frenador y contrarrevolucionario de la burocracia privilegiada de las entidades autárquicas, como COMIBOL y YPFB.

Al mismo tiempo, dábamos nuestro apoyo irrestricto a medidas como la nacionalización de la GULF, la expulsión de la ORIT y de la AFL-CIO, al establecimiento de la fundición de Vinto y a la comercialización libre de nuestro estaño, a la política independiente en materia internacional y al establecimiento de relaciones diplomáticas y económicas con los países socialistas; en fin, al monopolio estatal en la comercialización de nuestros minerales y a la recuperación de las libertades políticas y sindicales.

Permanecemos atentos y vigilantes al proceso, al margen de toda componenda y de todo otro compromiso que el señalado por nuestras propias banderas y nuestra lucha por el socialismo.

Esa nuestra actitud la expresamos en la formulación táctica del "apoyo crítico" al régimen del 26 de septiembre, resulta en un respaldo decidido y manifiesto a toda medida antiimperialista y democrática que emanara del nuevo gobierno, y una crítica severa a toda vacilación, retroceso o concesión para con la derecha y el imperialismo, manteniendo nuestra independencia política y organizativa, sin aceptar otro interés prevaleciente que la defensa insobornable del interés nacional, ni otro compromiso que el que libremente hemos asumido con la clase obrera y el pueblo de Bolivia. Adoptábamos la formulación leninista de "golpear juntos al enemigo común —el imperialismo— y marchar separados, tras nuestra propio objetivo: el socialismo".

Consecuentes con nuestros postulados, enarbolumos públicamente un programa nacional, democrático y antiimperialista amplio, que comprendía las aspiraciones de todos los sectores nacionales comprometidos en la lucha por la liberación nacional y al margen de toda convivencia explícita o implícita con el poder a través de la formación de los "Comités de Defensa y Profundización de las Conquistas Revolucionarias". Entendíamos entonces, al igual que ahora, que si se daba un amplio campo a la expresión organizada y masiva de todos los sectores obreros y populares, en busca de sus legítimos derechos, ción del petróleo. En nuestro manifiesto "Del MNR a la CIA", (Periódico HOY de 23 de diciembre de 1969), pusimos al descubierto el decadente ciclo cumplido por el partido que encarnara las aspiraciones Pazestenssorienta, cuando éste atacó la nacionalización nacional y populares, en la gran revolución de 1952, para terminar firmando el Código Davenport, por el que se entregó nuestro petróleo: o la Ley Patiño, por la que, por monedas, fue vendida nuestra dignidad nacional; o el Plan Triangular, con el que se sumió al pueblo en la miseria y el hambre y se entregó nuestras riquezas mineras a la administración del imperialismo, que permitiría luego las masacres obreras del 1965 y 1967, o sancionando el Plan EDER, de estabilización monetaria por el que sólo se estabilizó nuestra dependencia.

Hoy ante la actitud asumida por el MNRP y ante el golpe de Miranda y el imperialismo, nuestra denuncia cobra nuevamente significado.

---

## LA IZQUIERDA PRO-IMPERIALISTA

---

Al mismo tiempo, ejercimos dura crítica contra la izquierda cipaya y las tendencias oportunistas en el movimiento obrero porque entendíamos entonces y seguimos entendiendo ahora, que la clase obrera debe desprenderse de todas las formulaciones traidoras de la izquierda antinacional y de sus más connotados dirigentes entregados al oportunismo proimperialista, el 4 de noviembre de 1964, como otrora del colgamiento de Villarroel, el 21 de julio de 1946, ya que sólo así podrá emprender una marcha decidida y victoriosa hasta la toma del poder.

Igualmente, combatimos con irreductible firmeza al sectarismo ultra izquierdista, que va desde el simplismo radical del PC Pekinés (marxismo lechinista), pasando por el antiburguesismo abstracto en un país donde la burguesía industrial casi no existe, recubierto de fórmulas pseudo-marxistas del "trastkista" Guillermo Lora, hasta el irracionalismo del foquismo guerrillero, o el oportunismo conciliador del PC Moscovita.

En el Congreso de la COB, pusimos al descubierto a cada una de esas tendencias y, al mismo tiempo, a la política de Juan Lechín y al lechinismo (co-responsables de la sanción del Código Davenport, de la Ley Patiño y del Plan Triangular y el significado



contrarrevolucionario de su pretendido radicalismo verbal sin ideología conocida, que oculta, como siempre una actitud provocadora al servicio del imperialismo y que constituye en la oposición la contrapartida necesaria del más burdo entreguismo de los años en que permaneció en el poder.

Mostramos, igualmente, la expresa convivencia del lechismo con todos los sectores de la derecha política: MNRP, PDC, FSB, o con la izquierda proimperialista: PDCR, PC Pekinés y la tendencia predominante del movimiento estudiantil, a través de la CUB, la que unida al pactismo aconditicio del PC Moscovita y al POR de Lora, permitieron el nuevo entronizamiento de Juan Lechín al frente de la Federación de Mineros y de la COB.

El PC Pekinés, negando las contradicciones existentes entre los distintos sectores de las clases dominantes, calificando metafísicamente de "reaccionario" al Ejército en su conjunto, sin poder dar explicación racional alguna de los continuos enfrentamientos entre una fracción y otra, y aislando a la clase obrera de sus aliados potenciales, la condena de antemano a la derrota. Una supuesta e indefinida invocación a la "guerra popular", recubre, en abstracto, la impotencia para formular una política concreta y revolucionaria. Tampoco puede dar satisfactoriamente una razón de ser del apoyo que las masas unívocamente dieron a J. J. Torres, desoyendo sus atrabiliarios cantos de sirena. Ni siquiera encuentra consuelo o respaldo en el PC Pekinés, pero de Pekín, quien señaló desde su agencia noticiosa que "triunfo de Torres, militar izquierdista, era una derrota de la CIA y el imperialismo", con lo que daba, tácitamente, un apoyo táctico al militar nacionalista, en contra de las expresas directivas del PC Pekinés, de La Paz. O es que por ventura, el PC Pekinés de La Paz, piensa que el PC Pekinés de Pekín y las masas bolivianas son "esencialmente reaccionarios"?

El POR, de Guillermo Lora, considerando ingenuamente que existe un monopolítico bloque burgués-imperialista, en un país que se caracteriza por a la vez que se permitía el nucleamiento de los grupos más lúcidos y comprometidos en la lucha por el socialismo, se podría dar lugar a la formación del partido que conduzca al triunfo a la clase obrera y a la nación boliviana todavía oprimida por el imperialismo.

Simultáneamente, procedíamos a desenmascarar a toda la derecha civil y militar incristada en la revolución, tanto dentro como fuera del gabinete y del Ejército.

Denunciamos también, concretamente, al órgano de la reacción imperialista. "El Diario", y exigimos por entonces su cooperativización a manos de sus legítimos dueños, los trabajadores, y su puesta inmediata al servicio de los intereses de la revolución.

Alertamos al país acerca de la función al servicio del imperialismo que se disponía a cumplir el MNR carecer o tener en mínima medida una burguesía industrial —característica de todos los pueblos semicoloniales— pretende, con su actitud, mantener en la lucha interburguesa" Nosotros decimos, claramente: tal "independencia" o "neutralidad" no existe. Quien se comporta de esa manera siempre favorece a uno de los bandos en pugna y, en este caso, siempre al más poderoso, es decir, al imperialismo. Ninguna de las contradicciones existentes en las otras clases, sean éstas enemigas o potencialmente aliadas, son extrañas para la política de la clase obrera. Precisamente, porque ninguna parte de la realidad —y toda realidad es contradictoria— le es ajena. Por el contrario, para trazar su propia política, independiente y verazmente revolucionaria, debe aprovecharse de esas contradicciones y, a partir de ellas fijar sus propios lineamientos. Solo así forjará su camino al poder, que no podrá ser recto ni desprovisto de avances y retrocesos, porque la reali-

dad misma de la lucha de clases se constituye a partir de ello. Pero Lora, con un olímpico desprecio hacia la política concreta, más lleno de ínfulas doctorales que de una actitud práctica y revolucionaria, se refugia en una cósmica convocatoria para luchar por el "socialismo", al margen de las masas, que lo desautorizan apoyando a Torres, y de la inexistencia de un verdadero partido obrero con representatividad e influencia que haga posible la lucha por el poder. Su proclamada "pureza" de principios no le impide coincidir, como él mismo lo confesara públicamente con los partidos del imperialismo, tal como sucedió en 1964, para derrocar al MNR. Manifestando una profesoral indiferencia por realidades tangibles para los obreros de las minas se niega a extraer consecuencia de las diferencias existentes entre el régimen restaurador de Barrientos y el período iniciado el 26 de septiembre con el restablecimiento de todas las libertades sindicales y políticas. Con ello desarma políticamente a las masas, las sume en la inercia y las entrega sin combatir, indefensas, a manos de la reacción. Para él, es lo mismo Miranda que Torres; para las masas, afortunadamente no. Precisamente, porque la respuesta la deben dar las masas día a día, en el proceso mismo de la lucha, hasta poder ofrecer al país su propia opción política. ¿Podría haber indiferencia para ellas entre la restauración fascista-imperialista encabezada por Miranda, o un régimen democrático como el de Torres? No; mil veces no. Por sostener lo contrario, Lora quedó marginado una vez más de la lucha popular, favoreciendo a la política de la reacción refugiado en su libresco socialismo. Contrariando sus aseveraciones, la clase obrera por él momento a momento, hasta poder establecerlo como sistema de gobierno.

---

## EL FOQUISMO PIERDE SU LUZ

---

El foquismo guerrillero, munido de un idealismo voluntarista antes que de una política revolucionaria, pretende elevar una fórmula táctica —la guerrilla— a la categoría de principio general estratégico, con lo que reduce, finalmente, la estrategia al nivel de táctica. Universalizando uno de los métodos de lucha posibles, renuncia voluntariamente a todos los demás, tanto legales como ilegales, sindicales o políticos, de que disponemos los trabajadores para llevar nuestro enfrentamiento global contra el imperialismo entodas sus manifestaciones. Una actitud como ésta, refleja un desprecio incosciente por la lucha de masas y su vanguardia política, el proletariado minero y fabril, y revela, al mismo tiempo, un desconocimiento supino del análisis de clase necesario para basar la lucha guerrillera al elegir a un campesinado que es pequeño propietario, a partir de la reforma agraria de 1953, como lo es el campesino boliviano, y demostrando una ignorancia manifiesta de la historia de todas las luchas del proletariado mundial. Así, aislándose de las masas, se condena así mismo al ostracismo político.

Nuestra aseveración se vió plenamente confirmada cuando, en la crisis recientemente vivida por la provocación golpista, hasta el Ejército encargado de la represión de la guerrilla hubo de dejarla en el desamparo y sin rival, ratificando su aislamiento y su impotencia, para ririrse al centro de la acción donde realmente se dirimía el poder. Mientras las masas de obreros y campesinos se alistaban en aprontes de movilización, e incluso de armas para defender sus libertades y derechos reconquistados ante la inminencia del golpe reaccionario, el ELN expresaba su soledad inconsolable como un eco perdido entre montañas. Las masas, con su certero instinto, que en ningún momento se movilizaban en respaldo de



los frustrados sucesores del "Che" Guevara, se dispusieron en cambio, inmediatamente, a dar su apoyo condicionado e independiente al Gral. Torres, en su lucha frontal contra el fascismo-imperialista. La nueva lección de la historia es clara: es en los centros neurálgicos y productivos de país y en el seno mismo de la lucha de masas, donde se juegan los destinos de la Patria y la disputa por el poder. Cien guerrillas, en años, no habrían podido lograr lo que pudo, en horas, la huelga general indefinida del 7 de octubre.

Pero ninguno de los partidos de la llamada "izquierda", tuvo ante las guerrillas una actitud clara y definida, como la que sostuvo "OCTUBRE". Sumándose al grupo de los **corifeos glorificadores del sacrificio ajeno**, sin criticarla públicamente en sus errores más groseros y notorios, ya rindiéndole solemne homenaje o guardando un silencio mendaz, ni menos aún denunciando su carácter objetivamente negativo, todos ellos se reservaban hipócritamente el comentario desfavorable en privado, al modo de las viejas chismosas de conventillo. Temían enfrentarse a la torpe simpatía del tremendismo pequeño-burgués y guardaban, al mismo tiempo, secretas esperanzas de obtener beneficios indirectos del idealismo autodestructor y ultraizquierdista.

Nuestra actitud, en cambio, fue leal y revolucionaria: no negamos el valor de los jóvenes comprometidos honestamente en la aventura, pero tampoco dejamos de advertir a las masas el papel que objetivamente cumplían los amantes del martirologio. Que su pronunciamiento en las montañas sólo sirvió para fortalecer a Miranda y compañía en las ciudades y cuarteles. El mismo Miranda luego aprovecharía ese fortalecimiento para emprender el asalto al poder, asalto que todo el pueblo repudió. Hoy las masas, que contaron con nuestra presencia militante junto a ellas en los momentos decisivos, pueden juzgar nuestra actitud y esclarecer nuestra política. Al árbol se lo reconoce por sus frutos.

El PC Moscovita, ligado en gran medida a los vaivenes de la política internacional de la burocracia soviética, fue superando sus vacilaciones, sin dejar de ofrecer una política centrista y vergonzante. En las últimas semanas pretende ensayar un vacilante enfrentamiento con el corrupto lechinismo, después de haber apoyado totalmente en el último congreso de la Federación de Mineros y de haberlo combatido tímidamente en el Congreso de la COB, sólo cuando los delegados del PC se vieron marginados de la dirección burocrática cobista.

El Semanario "Unidad", en los dos números previos al 7 de octubre, calificó a Ovando de "fascista". En cambio cuando realmente apareció el fascismo a través de Rogelio Miranda, quedó agotado el lenguaje moscovita para tipificar correctamente al mirandismo. Actualmente, el PC proclama su apoyo militante al general Torres, sin poder justificar su irracional oposición a Ovando, olvidando que ambos generales son producto del nacionalismo militar que emerge el 26 de septiembre pasado.

Sin embargo, no es posible confundir a Ovando con Torres. Aquel es el "centrista" que claudica ante la derecha; éste es, por lo menos hasta el momento, el militar nacionalista que ha demostrado más consecuencia con el llamado "Mandato Revolucionario de las Fuerzas Armadas".

---

## LAS LECCIONES DE OCTUBRE

---

Ninguno de los sectores de la izquierda atomizada y sin representación política pudo dar respuestas claras en cada uno de los momentos que vivió el país, a partir de la instauración del nuevo régimen de

septiembre. Tampoco han estado en condiciones de hacerlo cuando, producido el enfrentamiento de Torres con Miranda, tuvieron que apoyar al primero contra el segundo, venciendo una indisimulada repugnancia antimilitarista de típica raíz liberal. Las triviales afirmaciones en sentido de que "era lo mismo Ovando que Miranda" (Lora); que "no existen tendencias anti-imperialistas en el Ejército", o que "el gobierno no podría sufrir un golpe de derecha, porque ya era la derecha", o "Ovando era un agente del imperialismo y del Pentágono" (como reiteraron diversos sectores universitarios en la COB); o que "el Ejército es reaccionario y, por lo tanto la insurrección popular es el único camino" (Lechín), quedaron todas ellas en el vacío, sin significación alguna.

Por eso se empeñan inútilmente en establecer una fractura entre el 26 de septiembre y el 7 de octubre. Niegan que Torres sea un continuador del proceso iniciado por Ovando, y para ello hacen oídos sordos cuando Torres se presenta al país como el defensor, el más fiel, del programa nacional y antiimperialista establecido en el Mandato de las Fuerzas Armadas y en tal virtud recibe el respaldo del pueblo todo. Para ellos, no existe continuidad en el proceso. Pero en verdad, el 7 de octubre es inexplicable sin el 26 de septiembre, así como no se explica la reposición salarial sin el 7 de octubre. Porque fue gracias a las libertades en ejercicio —a pesar de su retaceo por el ala golpista del mismo gobierno—, a la organización de sus cuadros, a las conquistas obtenidas y a la presencia directa e inmediata del fascismo masacrador, fue gracias a eso, decimos, que la clase obrera se volcó superando a sus propios dirigentes, desde un punto de vista independiente, se moviliza a favor de Torres y en contra de Miranda.

Pero, claro está, el peligro de la contrarrevolución no reside solamente en la inepticia o el oportunismo de la llamada "izquierda". El MNR, liderizado por Víctor Paz Estenssoro, constituyó desde un principio y aún sigue siendo, la base civil del golpismo pro-imperialista. Porque, preciso es decirlo el MNR ha perdido íntegramente el contenido político de sus orígenes. Ya no es más el movimiento nacional que basado en el apoyo de las masas, formulara, en sus comienzos, una política anti-imperialista. Su corrupción en el poder, su impotencia para resolver de raíz los problemas que planteaba la revolución nacional, le fueron alejando paulatinamente de la clase obrera y hasta llegó a enfrentarsele. Desprovisto progresivamente de la base social fundamental que le permitiera tomar el poder en 1952, giró cada vez más hacia la derecha y el entreguismo. La representatividad quedó entonces en manos de los elementos más reaccionarios. Su estancamiento y retroceso, que explica su caída, se acentuó en la oposición. Hoy por hoy, su política no es sino la del imperialismo, disimulada en un lenguaje pseudo-nacionalista indefinido. Víctor Paz es su principal agente —como lo acreditará el apoyo a Miranda— y Juan Lechín su correa de transmisión en el movimiento obrero. Los viejos "enemigos" vuelven a reconciliarse: El imperialismo los une.

Cierto es que el centrismo conciliador de Ovando fue minando el proceso. Las contradicciones que debió afrontar en el campo de la política interna, fueron siempre resueltas por él, a favor de las presiones de la derecha militar, contribuyendo a desnaturalizar su gobierno, transformándolo, progresivamente, en un nacionalismo de derecha. Pero no es menos cierto que esa situación era poco menos que inevitable, en tanto que las tendencias oportunista del movimiento obrero, en el seno del Congreso de la COB, expresaban su disconformidad porque "las tesis políticas no enfrentaban directa y abiertamente al gobierno" (Lora), subordiándose de esa manera a las vacilaciones mismas del nacionalismo pequeño-burgués, antes que



tomar una posición protagónica y directriz en el proceso para derrotar a la contrarrevolución, en primer lugar, y superar luego a la conducción militar en momento de su retroceso, lo que permitiría pasar al frente, tomar la dirección política y asumir en definitiva el poder.

Esto se vio claramente en la política asumida ante el golpe de Miranda. Colocándose entre dos fuegos, con una aparente actitud de "neutralidad", la Central Obrera, a través de sus falsos líderes, proclamaba una "teórica" lucha "contra el fascismo, pero sin apoyar al gobierno de Ovando", con lo que, concretamente y sin ambages, favorecía al golpe de Miranda. Así lo reconoció el propio Lechín, públicamente, en el seno de la COB. A pesar de su pretendido radicalismo, la falsa dirección cobista delataba con su posición la permanente dependencia hacia una u otra de las facciones en pugna, y su incapacidad para adoptar una política independiente en favor de la clase obrera. Con el agravante de que se expendía, en los hechos, por la variante reaccionaria.

Derrotar en esos momentos a la provocación del fascismo imperialista no era apoyar a Ovando aunque éste fuera el aliado accidental sino quedar ante él como único poder con capacidad de negociación y enfrentamiento, luego de la victoria común frente a la reacción. Como lo demostrarían los hechos posteriores, ésa debió ser la posición. Luego, desesperadamente y como única alternativa, la COB debió apoyar a Torres, con lo que, si bien se adoptó la posición correcta, se perdió la iniciativa y, con ello, la parte proporcional del triunfo (no de los ministerios). Nuevamente la COB, más allá de sus presiones iba a la zaga del nacionalismo burgués, sin poder fijar una alternativa propia. En esa conducta se revela, dramáticamente la necesidad de la existencia de un partido político revolucionario de la clase obrera.

Para el movimiento popular no era, por lo tanto, garantía de triunfo, sino de derrota, proclamar como lo hizo Juan Lechín ("Última Hora", 5 de octubre de 1970), —cuando ya la rebelión gorila estaba en curso— que "la clase obrera debería reaccionar sólo si un gobierno fascista (ya constituido) aplicaba medidas contra el pueblo". O como lo hizo la CUB, después de producida la renuncia de Ovando. "Ahora (recién "ahora" diríamos nosotros) ha comenzado la lucha contra el fascismo", con lo que se lograban dos cosas: perder el aliado potencial representado por las fuerzas que respaldaban a Ovando (como los hechos demostraron a continuación, ya que los mismos que apoyaban a Ovando, terminaron dando su apoyo a Torres), y en segundo lugar, permitir el cómodo entronizamiento en el poder de la camarilla derechista.

De esta manera, la resistencia popular, inorgánica y sin armas desprovista de una adecuada orientación política, estaba condenada al fracaso y la masacre, como en 1965. Solo el pronunciamiento de Torres, hecho condicionadamente no determinado por el lechinismo de la dirección cobista, ofreció la oportunidad a los obreros de enfrentar victoriosamente, aunque en forma provisional, a la derecha traidora, pero marchando a la zaga. Los proclamados antimilitaristas de ayer, debieron subordinarse, en concreto, a las directivas e imposiciones del Comando Militar Revolucionario. La clase obrera, sin su partido conductor, quedó sin política independiente y a merced, una vez más, del oportunismo de su dirección.

---

## EL CONTUBERNIO ANTI-NACIONAL

---

El 7 de octubre, no es un hecho más. Es un hecho de suma importancia para el desenvolvimiento de la lucha futura e inmediata contra el imperialismo.

Allí quedaron al descubierto, como al trasluz, las corrientes reaccionarias del país, las ambivalencias del oportunismo y, también, los agentes embozados del imperialismo en la clase obrera y en los partidos políticos.

El pronunciamiento "institucionalista" de Miranda reveló a la luz pública, con el comunicado de los generales y coroneles en retiro —donde figuraba toda la célula militar del MNR en pleno—, el siniestro conubio de movimientistas Pazestensoristas y rosqueros, de falsos demócratas corrompidos y de proscripores del sufragio popular, de pseudo-nacionalistas y de traidores de la Guerra del Chaco.

Su contubernio antinacional también se vio, como en 1964, en los partidos políticos. El PDC (Benjamín Miguel), el PIR (Anaya), FSB (Augusto Mendizábal) y el MNR (Serrate Reich y Jáuregui Guachalla), aparecieron nuevamente junto a Marcos Vázquez Sempértégui y al fascista confeso, Alfredo Cándia, rondando el Cuartel de Miraflores. Y debemos recalcar que esa alianza cipaya, comenzó a forjarse al día siguiente del 26 de septiembre y anudó sus más sutiles lazos en el Congreso de la COB, bajo los auspicios de Juan Lechín. Entonces, así lo denunciaremos, y nuestra denuncia se ha visto confirmada en los hechos pocos meses después.

Luego, cínicamente, pretendieron negar el público y nominado pronunciamiento, como si la memoria del pueblo pudiera olvidar fácilmente lo dicho y hecho escasamente dos días atrás. Con el descarado de los traidores al modo de Benjamín Miguel, luego de dar su apoyo a Miranda, no dejaron de estar en el P: lacio Quemado a la hora de la asunción de Torres O como el MNR, que a través de su vocero oficial, Carlos Serrate Reich, luego de su entrevista con Víctor Paz Estenssoro, en el Cuzco, pretendió santificar su apoyo al movimiento insurreccional proclamando desde la Embajada yanqui y, al mismo tiempo, justificar el apoyo que Siles Zuazo diera a Torres, como prodigioso saltimbanqui político que cambia de camisa a mitad de camino, todo enmarcado en "las variaciones tácticas, dentro de la estrategia general" de llegar al poder de cualquier modo, pero siempre montado en ancas del caballo imperial.

Como decimos, el 7 de octubre, como otrora el 4 de noviembre, es una línea divisoria de aguas. De ahora en adelante, nadie puede llamarse a engaño. La clase obrera está ya alertada, identificados sus enemigos públicamente y cercados en el círculo del aislamiento político y social, y no ha de retroceder. No permitirá más el claudicante oportunismo de los agentes del imperialismo que tratan de mimetizarse. Ni la presencia de los que "desde adentro" quieren trabajar nuevamente por su derrota, como es el caso del MNR y el lechinismo.

Hoy tenemos autoridad moral y política para hablar. Nos la ha dado el hecho de haber asumido la defensa consecuente del proceso revolucionario y desenmascarado públicamente a la reacción golpista. Fue nuestro Secretario Ejecutivo, Andrés Solíz Rada, quien lo hizo a través de varios artículos periodísticos. Consecuentemente, fue el único dirigente gremial y político que, acusado por la izquierda extranjerizante y el lechinismo de "Ovandista" en el Congreso de la COB, terminó preso por el ala reaccionaria del mismo gobierno de Ovando, que él denunciara poniéndola al descubierto, y que los hechos ratificarían. Mientras, los supuestos opositores "radicales" que calificaban globalmente al gobierno de reaccionario, sin distinción de matces, favoreciendo la posición del imperialismo y la derecha, proclamando un "socialismo" abstracto y engañoso, gozaban de públicas libertades o sacaban sus inofensivas publicaciones periódicas. Ello no se explica, sino es porque fue precisamente el Grupo "OCTUBRE" a través de sus hombres, quien formuló una política concreta-



**mente revolucionaria, que hiiró de muerte al golpismo mirandista y sus aliados.**

Porque el mismo 6 de octubre, Solíz, desde los balcones del Palacio Quemado, donde fue llevado por los jóvenes militares antiimperialistas que lo pusieron en libertad, mantuvo intransigentemente hasta el fin nuestra posición de apoyo crítico al proceso revolucionario, sin renunciar al frente común de lucha contra el fascismo, ni menos a nuestros objetivos socialistas. Por eso, nuestra presencia en El Alto no fue producto de ninguna voltereta política, y sí un desenvolvimiento lógico y natural de las posiciones sustentadas en todo el decurso del proceso. ,

Ahora, ante la situación actual, decimos:

Que no hemos compartido la conducta provocadora del lechinismo y compañía, al exigir el 51 % de la representación obrera y popular en el gabinete, queriendo apropiarse falsamente de un triunfo que la conducta traidora de la propia conducción sindical impidió que fuera integralmente (100 %) de la clase obrera. Con ello, sólo se buscaba acrecentar el desequilibrio en las Fuerzas Armadas, volcando a favor de la derecha a los sectores no claramente definidos del Ejército.

Tampoco compartimos el criterio, sustentado con posterioridad, de dejar en "libertad plena y total al gobierno" al proceder a la elección de su gabinete, renunciando de esa manera, a la legítima parte del triunfo a que era acreedora la clase obrera. Falsa manera, por otra parte, de presentar como de "independencia frente al gobierno", esa actitud. La independencia viene no de ocupar cargos ministeriales o dejar de hacerlo en el contexto de una política revolucionaria y democrática, sino en la intransigente lucha de principios que se mantenga en todo momento, desde una posición ministerial o al margen de ella. Nadie se compromete más allá de lo que está dispuesto a comprometerse en su línea política. Pro hay algo más: la supuesta "independencia", hoy por hoy, no existe. El Comando Político de la Clase Obrera y el Pueblo, expulsó al PDC y a FSB por su público apoyo brindado al golpe de Miranda. Sin embargo aún permanece en él, el MNR con Siles Zuazo, sin que hasta el momento se haya pedido siquiera la expulsión del sector comprometido como aquellos, en el golpe imperialista, u obligando, por lo menos, al MNR a hacer una autocrítica pública de ese apoyo y a la expulsión de los dirigentes que asumieron tal responsabilidad ante la historia. Nada de eso se ha hecho. Todavía un sector claramente embarcado de las filas populares. Desde la cúspide, Juan Lechín guarda secreto silencio, prueba de su expresa complicidad.

También denunciamos el absurdo propósito de tener "Ministros Obreros" que dejen de responder a sus bases, favoreciendo su impunidad, complicando a toda la clase obrera indirectamente y, al mismo tiempo, soliviantando la irresponsabilidad expresa de sus dirigentes.

En las circunstancias actuales, mantenemos invariable nuestra posición de apoyo crítico al proceso revolucionario, ahora encabezado por el gobierno del Gral J. J. Torres.

Para ello, convocamos a todas las fuerzas nacionales, democráticas y anti-imperialistas —con el rechazo expreso de todos los que sumaron su fuerza al golpe, o mantuvieron ante él una actitud dual, vacilante u oportunista— a formar un gran frente nacional-revolucionario y anti-imperialista, que propugne las siguientes bases de alianza.

1) Defensa intransigente del proceso revolucionario contra la derecha y el fascismo imperialista, incluso por la vía armada, hasta su plena y total derrota.

2) Profundización del proceso y de las conquistas revolucionarias, a través de las siguientes medidas:

a) Reversión de Mina Matilde.

b) Anulación del contrato con la I.M.P.C, relativo a las colas y desmontes.

c) Nacionalización de la banca extranjera y de las compañías de seguros.

d) Monopolio estatal del comercio exterior.

e) Nacionalización de la "Grace".

f) Impuesto sobre las utilidades de la minería mediana y reversión al Estado de aquellas que están comprometidas con los intereses antinacionales.

g) Liquidación de la actual burocracia de COMIBOL y YPFB y contratación de nuevos técnicos con sensibilidad social y revolucionaria.

h) Liquidación del mini-fundio en el altiplano y valles, mediante la formación de cooperativas dadas de medios técnicos y económicos.

i) Liquidación de la oligarquía cruceña, que está buscando la disgregación física del país.

3) Lucha frontal e intransigente contra la derecha política —civil y militar— dentro o fuera del gabinete y de las Fuerzas Armadas, y contra las tendencias oportunistas del movimiento obrero.

4) Promover la organización y la movilización de las masas a través de organismos de frente único anti-imperialista, en torno a esos objetivos como única manera de hacerlos efectivos sin caer en actitudes infantiles ni provocadoras, pero golpeando en el momento preciso en que se haga necesario para derrotar a la derecha y al imperialismo.

El pueblo ya se ha movilizado y está alerta, sólo le falta organización y dirección política.

En los últimos días, la reposición salarial minera, la disminución de los sueldos a la burocracia estatal, la salida de los guerrilleros a Chie, a apropiación de IBEAS y el mejoramiento de los presupuestos universitarios del país ha constituido la mejor respuesta a la provocación pequeño-burguesa, encaramada en el Congreso de la Central Obrera Departamental de La Paz.

Por todas estas experiencias, estamos seguros que sólo una activa participación obrera y popular en el proceso, que haga necesaria su presencia protagónica en los momentos decisivos podrá garantizar la permanencia y el triunfo de la Revolución Nacional, y la marcha victoriosa hacia el Socialismo.

Pero nado de ello será posible si, en el curso mismo de la lucha, no formamos el partido obrero, marxista, revolucionario y nacional que, encarnando las aspiraciones inmediatas de las masas, retomando sus más puras tradiciones de lucha y liderizando política y organizativamente la acción anti-imperialista, lleve a la clase obrera al poder, al país al socialismo y a Bolivia hacia la unidad con el resto de los países latinoamericanos.

POR EL COMITE CENTRAL DEL GRUPO  
"OCTUBRE"

Guido Chávez de los Ríos y Juan Cano Cordero.

La Paz, 24 de noviembre de 1970.



# La guerra civil en EE.UU. y el "subdesarrollo"

por Jorge E. Spilimbergo

La relación entre revolución nacional y la transformación revolucionaria de las estructuras económico-sociales internas, puesta de manifiesto en los escritos sobre la unidad italiana (1), también merecerá un luminoso análisis de Marx y Engels en ocasión de la guerra civil en los Estados Unidos (2).

Esta relación es múltiple y a la vez necesaria. En otros términos, nos hallamos ante diversas fases, dialécticamente vinculadas, de una inescindible totalidad histórica.

En el caso de Italia, planteaban Marx y Engels, el motor de la guerra nacional era la guerra campesina. La derrota del opresor extranjero suponía la de sus instrumentos internos: el papado y la aristocracia feudal.

La transformación de la causa nacional, de asunto de pequeñas minorías intelectuales y urbanas a empresa de todo un pueblo, exigía llevar la guerra al viejo régimen en nombre de las libertades populares y la emancipación del campesinado. De otra manera, la patria se convierte en una sospechosa abstracción. El opresor extranjero es a la vez, en cierto sentido, el tirano político y el explotador nacional.

De un modo más general, la independencia y unidad nacionales resultan el continente y remate de la revolución burguesa, siendo la nación, el Estado Nacional, el producto de la generalización del mercado, el avance de la división del trabajo, el desarrollo de las fuerzas productivas y el arrasamiento de la coerción externa, los privilegios localistas y los modos serviles de dependencia personal.

Tal o cual aspecto de ese planteo general adquiere

*En este trabajo sobre los estudios de Marx y Engels acerca de la guerra civil norteamericana, se demuestra cómo los maestros del socialismo habían anticipado una teoría del "subdesarrollo" mucho antes y más ciertamente que las supuestas abstracciones del mismo tema planteadas por los contemporáneos apologistas del orden burgués.*

mayor relevancia según los casos nacionales y la fase concreta que se considere.

En el análisis de la guerra civil norteamericana efectuado por Marx y Engels, encontramos la primera aproximación científica a eso que, un siglo más tarde, un sector de la ciencia económica burguesa bautizará como problema del subdesarrollo.

La diferencia esencial entre uno y otro análisis (el de Marx-Engels y el "moderno" de la economía burguesa) reside en que aquéllos desentrañaron la médula misma de la cuestión, en tanto los economistas del "desarrollo" merodean en torno a los problemas fundamentales inhibidos de captarlos, o porque expresan la visión rapaz de la burguesía imperialista o la impotencia de las burguesías nacionales.

Esta inhibición se manifiesta en la misma terminología, presuntamente "científica". El vocablo "subdesarrollo" da a entender, primero, una situación inherente, o sea, definida por los meros datos de la estructura interna; segundo, un atraso cuantitativo, el primer eslabón de una serie en cuyo extremo hallaremos a los países "desarrollados".

La relación entre las respectivas estructuras (desarrolladas, subdesarrolladas) sería entonces exterior, mecánica y contingente.

Pero las cosas discurren de otro modo. No estamos ante una situación inherente de atraso o primitivismo, sino ante una verdadera relación de dependencia, de explotación semicolonial, sobre la cual se basa la prosperidad de las metrópolis desarrolladas y el atraso de las economías tributarias y dependientes.

El escamoteo lingüístico permite a los metropolitanos asomarse a nuestras desventuras con aires de hermano mayor.

El primer estigma del análisis "desarrollista" consiste, pues, en ocultar la fuente misma del subdesarrollo, o sea, la inserción de economías dependientes en el sistema de la economía mundial imperialista.

El segundo estigma consiste en encarar la caracterización interna del subdesarrollo y la lucha contra él en términos de insuficiencia técnica frente a la cual se requieren, meramente, más ahorro y capitales, mejores métodos e instrumentos de trabajo. Esto ha llegado a un paroxismo hoy con la charla especiosa sobre la "brecha tecnológica" y el "know how".

Así por ejemplo, frente a la crisis crónica de la ganadería argentina (4), los teóricos del desarrollismo frigerista afirman que la producción de carnes no aumentará, ni podrá resolverse el problema de su venta por debajo del precio internacional, si no se generan previamente las inversiones básicas



en siderurgia, química pesada, electricidad, infraestructura

El subdesarrollo se definiría entonces como pura incipiente técnica, como **no desarrollo**, y no como predominio de estructuras económico sociales que lo frenan e impiden.

Esta asombrosa concepción no explica cómo, disponiendo la Argentina de un potencial instalado para la producción de tractores y maquinaria agrícola en gran escala, esta rama industrial soporta parálisis crónica y trabaja al 40 por ciento o menos de su capacidad, por falta de demanda efectiva, que sí existe, en cambio para una producción técnicamente similar pero de bienes de consumo suntuarios, como los automóviles.

Un simple cambio en la composición de la demanda global permitiría, sin aumentar el volumen ni los niveles técnicos de la producción, expandir el multiplicador agrario transfiriendo factores de la rama medios de consumo a la de medios de producción.

Pero la composición de la demanda no es independiente de la estructura de clases de un país, que a su vez determina el destino productivo o improductivo del excedente nacional capitalizable. Esto es más flagrante aún respecto a importantes innovaciones técnicas que requieren modestas o nulas inversiones.

Inversamente, tampoco explica el sector frigerista del desarrollismo cómo en la década del 40 la República Popular China logró espectaculares avances en la producción y productividad sin mecanizar el agro, por la mera transformación de las relaciones sociales y de los métodos de cooperación en el trabajo.

En realidad, y habida cuenta de lo unilateral de toda fórmula esquemática, puede y debe invertirse la que propone el desarrollismo en sus diversas variantes: no es la "industrialización" lo que romperá el tope del atraso ganadero, sino la ruptura de ese tope lo que hará posible y viable el desarrollo industrial básico.

Pero ese tope no es técnico sino social; deriva del predominio de la oligarquía ganadera en alianza con el capital imperialista.

Así, el "subdesarrollo" no sólo es una relación de dependencia semicolonial, sino una determinada estructura social que pone en manos de clases dominantes parásitas (desde el punto de vista de la acumulación capitalista), o sea, **no inversoras**, los excedentes capitalizables del trabajo nacional.

La condición de subdesarrollo no es una condición de **no desarrollo** sino de incapacidad estructural para desarrollarse, esto es, para realizar el ciclo de transformación de la plusvalía en nuevo capital (o del sobretrabajo socialista en nuevos medios de producción.)

Un país atrasado que conquista esa capacidad se convierte en un país **desarrollado**, abandona el subdesarrollo, por primitivo que sea su presente instrumental técnico

Pero esta capacidad sólo se conquista expropiando a las clases que parasitan el atraso, o lo que es lo mismo, que confiscan y desvían improductivamente el excedente nacional.

Ciertos análisis de la CEPAL se aproximan a un principio de comprensión, quizás por la relativa independencia de la tecnocracia internacional respecto a los intereses creados y los tabúes ideológicos oprimidos en cada sociedad específica.

En el estudio sobre "El desarrollo social de América Latina en la postguerra" (3), se tacha de "en extremo ingenua" la idea de un crecimiento económico como un proceso naturalmente acumulativo"

En efecto, un proceso de esa naturaleza prescinde de la transformación cualitativa (revolucionaria) del sistema económico social. En tal caso, las

viejas clases dominantes sólo tolerarán y acaso impulsarán una modernización de fachada, que deja en pie el atraso de fondo y la dependencia.

Las clases "tradicionales", dice el estudio, "gracias a su permeabilidad", logran que "la introducción de numerosos ingredientes modernos" no generen "los efectos revolucionarios que algunos esperaban".

Por lo tanto, "no debe esperarse que algunas instituciones produzcan los mismos efectos que en el ambiente originario".

Pero, ¿cuál es el comportamiento flexiblemente inmovilista de esas clases "tradicionales"?

Con referencia a la cuestión agraria, habla el estudio de la CEPAL de su "poca sensibilidad a los estímulos del mercado", sólo eficaces "en la medida en que se pudo reaccionar manteniendo prácticas extensivas de cultivo; pero cuando la reacción exigía un proceso de intensificación".

Bien, esto es mucho (por venir de quienes viene); pero no es más que una descripción. Cuando se trata de explicar la "poca sensibilidad" ante estímulos de mercado cuyo aprovechamiento exige "intensificación", es decir, el empleo de los métodos de la plusvalía relativa, la CEPAL se hunde en la nebulosa del "espíritu capitalista", cuya preexistencia metafísica habrá fundado la realidad del capitalismo occidental. Peor aún, sociólogos domésticos de vasta notoriedad como J. L. Imaz, se refieren a la oligarquía terrateniente argentina como a una "burguesía senil" (4).

Esto es tanto como explicar el calor por la "virtud calórica" del fuego. La incompreensión sobre el objeto conduce a desdoblamiento y repetirlo como halo mágico (causa y fundamento de una realidad degradada a epifenómeno), actitud más bien "folk" de los sofisticados sociólogos académicos.

Se trata de descubrir el fundamento material de esta **ética de consumo** (precapitalista) que imbuye a tales "burguesías" semicoloniales, tan en las antípodas del "espíritu capitalista" de las viejas burguesías occidentales, del estoicismo mundano de la ética puritana moldeada sobre el proceso trabajo-ahorro-inversión.

Este fundamento no es otro que el modo particular de relación económica con las clases explotadas (cuyo sobretrabajo se confisca), con la propiedad de la tierra e instrumentos de producción y con el mercado.

La relación económica de servidumbre o semiservidumbre, por ejemplo, al deprimir a niveles de casi gratuidad a la mano de obra, hace "no rentable" la introducción de mejoras técnicas, y problemático su aprovechamiento, ya que una técnica avanzada requiere determinado ambiente cultural y un cierto grado de asociación del productor directo a los resultados del proceso, ambos incompatibles con la inhumana depresión de las condiciones de vida y de trabajo.

De ahí que en estas economías el "crecimiento" se produzca en forma cuantitativa (extensiva) y no cualitativa (inversión, avance técnico, mayor productividad, menores costos), cesando al encontrar sus límites naturales.

La particularidad argentina es que el lugar ocupado por la sobreexplotación servil o semiservil del agricultor indígena, corresponde a la alta fertilidad natural de la llanura pampeana bajo condiciones de latifundio ganadero y cultivo extensivo (5).

Ahora bien, el aprovechamiento servil de la mano de obra (o su equivalente) asegura el ingreso en términos automáticos, al margen del mecanismo competitivo inherente al capitalismo.

Para un competidor capitalista, la introducción de una nueva técnica que deprime los costos involucra una ganancia extra, singular ventaja pero no privilegio, pues la misma competencia obligaría



a los adversarios a generalizar la innovación deprimiendo así el precio del mercado y la sobreganancia.

De esta manera, la continuidad de las renovaciones técnicas aparece como condición misma de permanencia para cada capitalista individual. El ausentismo y la inercia son incompatibles con la sobrevivencia del capitalista, ya que la depresión de los costos se asienta en el mismo proceso de producción y no en la estática cuasi-gratuidad del "factor" trabajo o su equivalente, el monopolio sobre la fertilidad natural.

Volviendo, pues, a la noción de subdesarrollo como cualidad de una estructura social cuyas clases dominantes se revelan incapaces de asumir en forma dinámica el empleo productivo de los excedentes, digamos que esa incapacidad no es "psicológica" en su origen. Emanada de la naturaleza específica del vínculo económico-social de explotación, el cual se institucionaliza como régimen de la propiedad.

Abatir el subdesarrollo es, en esencia, destruir socialmente (expropiar) a las clases parasitarias, del único modo conocido por la historia, esto es, revolucionariamente, como lo demuestran las experiencias de Francia, Inglaterra, EEUU, y las modernas revoluciones socialistas del siglo XX.

Pero lo que separa ambos grupos de revoluciones es que en nuestra época la espina dorsal del bloque histórico que la sociología burguesa llama "clases (dominantes) tradicionales", no es otro que la más moderna, la menos "tradicional" de las clases explotadoras: la burguesía imperialista, no bien la miramos, no desde la atalaya de su respectiva metrópolis, sino desde sus tentáculos en el mundo semicolonial y dependiente.

Baste decir aquí que el comportamiento de esa burguesía exterior cuyos tentáculos penetran y se instalan en el seno de la sociedad semicolonial formando en ella el cuerpo de la alta burguesía "nacional", amalgamándose con la oligarquía nativa, asfixiando y satelizando a un vasto sector del empresariado vernáculo, penetrando las instituciones públicas, el aparato cultural, los órganos de difusión masiva, etc., es "precapitalista" desde el punto de vista de la sociedad dependiente, en la medida en que no estimula en ella el proceso de acumulación de capitales y expansión del mercado interno.

Por el contrario, la inserta en el ciclo de la acumulación metropolitana, tal como la garrapata convierte el sistema digestivo y sanguíneo de la víctima en "momentos" del ciclo de su nutrición parasitaria.

Naturalmente, en el análisis de la guerra civil norteamericana, Marx y Engels no analizan este último aspecto de la cuestión, que se refiere a un período histórico posterior.

Pero desentrañan luminosamente, a través de un caso concreto y de sus mismas peculiaridades, de qué modo los diversos aspectos de la lucha emanan de un conflicto fundamental que enfrenta a clases ligadas al desenvolvimiento de la economía moderna con una oligarquía cuya ley interna de desarrollo le impide coexistir, la obliga a intentar la conquista del aparato político a fin de aplastar los elementos de la nueva sociedad.

La sociedad burguesa norteamericana (como tempranamente lo señalara Tocqueville) no nació de las ruinas de un orden antiguo, sino de la misma colonización primigenia. Era el reinado de la burguesía el precio de la revolución.

Lo paradójico del caso es que el "pasado", del "Ancien Régimen" contra el cual no tuvieron que levantarse los actores de una guerra fundamentalmente separatista como fue la de la independencia norteamericana, sobreviene a esa independencia, es generado en el seno de la nueva situación, y a causa

de las transformaciones en la economía mundial (revolución industrial inglesa).

La esclavitud en gran escala se desarrolla en los Estados del sur de la Unión bajo el estímulo de la demanda de algodón por la industria textil inglesa: la voracidad de los telares mecánicos multiplicó la demanda de materias primas.

Por este concurso de circunstancias (sobre el cual volveremos), tenemos aquí el "antiguo régimen" naciendo en las entrañas de una sociedad burguesa en formación, a la cual contraponen su propia ley de desarrollo, incapaz de frenarse en un acuerdo, compromiso, equilibrio de fuerzas, participación, obligado a tomar la ofensiva para expandir su sistema a todos los Estados de la Unión, monopolizar el gobierno federal, aplastar a la industria del Norte, reemplazar con latifundios esclavistas a los pequeños propietarios del Oeste y convertir el país en una colonia de la industria inglesa.

Programa semejante llevó a cabo la oligarquía bonaerense acaudillada por Mitre en la misma séptima década del siglo pasado. El dispar desenlace de ambas guerras civiles explica los destinos diferentes de EEUU. y las repúblicas del Plata.

Esta singularidad del desarrollo norteamericano, el papel paradójicamente "a la ofensiva" y sobreviviente del "antiguo régimen", da a los movimientos de la burguesía del Norte un carácter vacilante, conservador e irresoluto, y oscurece las verdaderas raíces del problema, que sólo Marx y Engels descubren en sus artículos de 1861-62 para el "New York Daily Tribune" y "Die Presse" de Viena.

El Norte y el Sur se enfrentaban aparentemente por un mosaico de problemas: la esclavitud; la política económica (proteccionismo o libre comercio); las atribuciones constitucionales del gobierno federal respecto a los Estados de la Unión; el derecho de uno o más Estados a segregarse.

¿Era una amalgama circunstancial de divergencias o subyacía en ellas un elemento aglutinante, definitorio y generador? De existir esa contradicción central, ¿cuál era su dinámica? ¿Ofrecía términos de conciliación?

Esto es lo que Marx y Engels esclarecen, permitiendo, además, comprender de qué modo la unidad nacional, la soberanía económico-política, el desarrollo de las fuerzas productivas y la democracia política forman una gran causa cuyo triunfo pasa, inevitablemente, por el aplastamiento y expropiación de las clases dominantes ligadas estructuralmente al "sistema del subdesarrollo".

La lucha contra el subdesarrollo es una lucha de clases y sólo puede llevarse a cabo por medios revolucionarios.

Se justifica entonces que valoremos estos escritos por su implicancia más general (aunque sus autores se hayan abstenido de generalizaciones), porque demuestran cómo los aspectos técnicos e institucionales de la "modernización" se supeditan a la naturaleza de la estructura económico-social que llegue a prevalecer como resultado de la lucha entre las clases enfrentadas.

---

## NATURALEZA DE LA GUERRA, SEGUN MARX

---

Una conclusión ante la cual retroceden los representantes más osados de la ideología burguesa, pero que constituye la base inmovible de una teoría científica del "desarrollo".

La guerra civil que en los años 60 del siglo pasado enfrentó a los Estados norteamericanos con el grupo de Estados escindidos para constituir la Confederación



esclavista, no fue de parte de aquéllos una lucha "de principios" contra la esclavitud librada en nombre de la "igualdad" o de la "libertad" formales.

Bastan para reconocerlo así las siguientes palabras de Abraham Lincoln en carta a Horace Greeley, de agosto de 1862, cuando ya la lucha había comenzado:

"Si hay quienes no quieren salvar la Unión a menos que al mismo tiempo puedan salvar la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos. Si hay quienes no quieren salvar la Unión al menos que al mismo tiempo puedan destruir la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos. Mi objeto supremo en esta lucha es salvar la Unión y no salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin liberar ningún esclavo, lo haría; si pudiera salvarla liberando a todos los esclavos, lo haría; si pudiera salvarla liberando a unos y dejando a otros como están, también lo haría. Lo que hago por la esclavitud y la raza de color, lo hago porque creo que ayuda a salvar la Unión; y lo que dejo de hacer, es porque creo que ayuda a salvar la Unión".

Y añadía, deslindando sus opiniones personales de su conducta como jefe del Estado: "He indicado aquí mi propósito, de acuerdo a mi manera de concebir mi deber oficial; y no pienso modificar mi deseo personal, tantas veces expresado, de que todos los hombres del mundo puedan ser libres" (1).

De acuerdo a esto, el objetivo de la lucha contra la escisión o secesión del Sur era salvar la unión política de los Estados Unidos. Ningún Estado tenía derecho a separarse porque (pese a los términos "contractuales" de la Constitución, donde los poderes estatales aparecen como regla y los del gobierno federal como la excepción) la nación eran los EE.UU. No se defendía una unidad contractual, una mera forma político-jurídica, sino la unidad nacional (2).

Esto involucra, en consecuencia, no sólo el mantenimiento formal de la Unión, sino la efectividad del poder federal, o sea, su supremacía sobre los poderes estatales.

Tal supremacía había sido reiteradamente cuestionada desde los Estados sureños en base a una interpretación contractualista de la Constitución.

Por ejemplo, pretendió negársele al Estado federal el derecho a imponer un arancel proteccionista por "violatorio" de la igualdad entre los Estados de la Unión, ergo, "inconstitucional".

Por lo tanto (pretendieron algunos) la autoridad de un Estado podía desconocer leyes o actos federales que reputase violatorios de la Constitución.

En cuanto al debate de fondo señalado —proteccionismo o libre comercio— con más razón que el de la esclavitud Lincoln lo excluía de su caracterización del problema.

Es también la opinión de Marx. Acusando de hipócrita a la prensa británica, que "insulta a los Estados Libres del Norte" mientras "se defiende con ansiedad contra la sospecha de que simpatice con los esclavistas del Sur", Marx señala que uno de los pretextos para cubrirse es afirmar que la guerra "es una guerra de impuestos, una guerra entre el sistema proteccionista y el sistema del libre cambio, e Inglaterra, naturalmente, está de parte del libre cambio".

Sin embargo, "en el Congreso de la secesión, en Montgomery, se evitó toda referencia a la cuestión del impuesto, pues el cultivo de azúcar en Luisiana, uno de los Estados del Sur más influyentes, depende por completo del proteccionismo" (3).

Naturalmente, estos asuntos estaban involucrados en el antagonismo, pero de manera derivada. Los esclavistas del Sur, enfrascados en el monocultivo algodonero de exportación, aspiraban al pleno disfrute de "sus" divisas, o sea, a surtirse de manufacturas inglesas, mejores y más baratas que las

de la incipiente industria yanqui protegida. Un misterioso influjo (diría Imaz) los llevaba a obrar como "burguesa senil".

Volviendo ahora a la caracterización de Lincoln, quien no pretende abolir la esclavitud sino "salvar la Unión", los hechos iniciales de la guerra la confirmaban. La emancipación de los esclavos fue decretada tan tarde como en octubre de 1862 (4).

De ahí sacaba partido la prensa británica para restar autoridad a la causa del Norte.

La denodada campaña de la Internacional entre los que apoyan la libertad de los negros y los que sustentan su esclavitud, es tan insolente como falsa —afirma "The Economist" de Londres—. El Norte no proclama la abolición; jamás ha pretendido luchar por el antiesclavismo" (5).

Marx desenmascara este juego capcioso en que se complacen los voceros de la burguesía británica con el fin de aislar políticamente al Norte restándole la simpatía del ala progresista de la opinión pública.

"Parece que los puritanos ingleses no se sentirán contentos sino con una guerra antiabolucionista definida", ironiza. Pero, al mismo tiempo, esa prensa llama "criminal", y hasta "repulsivo y terrible", el "recurso desesperado" de proclamar la emancipación de los negros y exhortar a una rebelión de los esclavos. "Así, pues el celo inglés por la guerra abolucionista es pura hipocresía" (6).

Por lo visto, la izquierda cipaya tiene egregios precursores. ¡"The Economist" de los tiempos de Palmerston, nada menos! Se trata de oponer al barro de la historia viviente el espejo de la norma ideal. Sólo que entonces no había "marxistas" para hacer el juego.

La denadada campaña de la Internacional entre los trabajadores británicos contribuyó a impedir, precisamente, que la burguesía inglesa, cuyo espíritu "liberal" y "progresista" no iba más allá de sus intereses de clase, llegara a la intervención militar en apoyo de los confederados.

El debate no era, pues, académico. Una política muy concreta y harto conocida en nuestra época pretendía aislar al Norte de las clases populares británicas para tener las manos libres contra él. Según ello, el Norte no merecía el apoyo de la opinión progresista porque renegaba de la abolición y abrazaba algo tan oscuro como el proteccionismo.

De ahí que los esfuerzos de Marx para caracterizar correctamente la naturaleza de la guerra civil norteamericana tampoco fuesen una veleidad ideológica sino el aspecto teórico de un preciso objetivo combatiente: impedir que los trabajadores ingleses fuesen arrastrados a una provocación que contaba con los auspicios de la gran prensa y con fuertes elementos de presión ligados al empleo y las fuentes de trabajo.

"Cuando la oligarquía de 300 mil propietarios de esclavos —dice el Mensaje de la Internacional a Lincoln del 7 de marzo de 1865, que Marx, uno de los firmantes, redactara— se atrevió a inscribir por vez primera la palabra "esclavitud" en la bandera de la rebelión armada..., entonces la clase trabajadora de Europa comprendió de inmediato, aún antes de que la fanática adhesión de las clases elevadas hacia la clase elevada de la Confederación hubiera dado su funesta advertencia, que la rebelión de los propietarios de esclavos iba a sembrar el veneno de una santa cruzada de la propiedad contra el trabajo, y que para los hombres de trabajos, con sus esperanzas puestas en el futuro, hasta sus últimas conquistas estaban en peligro... Los trabajadores de Europa se sienten seguros de que, así como la guerra norteamericana de la Independencia inició una nueva era de elevación para la clase media, así también la guerra antiesclavista estadounidense lo hará para la clase trabajadora" (8).

Ya a principios de 1862, "nunca debiera olvidarse



esclavista, no fue de parte de aquéllos una lucha "de principios" contra la esclavitud librada en nombre de la "igualdad" o de la "libertad" formales.

Bastan para reconocerlo así las siguientes palabras de Abraham Lincoln en carta a Horace Greeley, de agosto de 1862, cuando ya la lucha había comenzado:

"Si hay quienes no quieren salvar la Unión a menos que al mismo tiempo puedan salvar la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos. Si hay quienes no quieren salvar la Unión al menos que al mismo tiempo puedan destruir la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos. Mi objeto supremo en esta lucha es salvar la Unión y no salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin liberar ningún esclavo, lo haría; si pudiera salvarla liberando a todos los esclavos, lo haría; si pudiera salvarla liberando a unos y dejando a otros como están, también lo haría. Lo que hago por la esclavitud y la raza de color, lo hago porque creo que ayuda a salvar la Unión; y lo que dejo de hacer, es porque creo que ayuda a salvar la Unión".

Y añadía, deslindando sus opiniones personales de su conducta como jefe del Estado: "He indicado aquí mi propósito, de acuerdo a mi manera de concebir mi deber oficial; y no pienso modificar mi deseo personal, tantas veces expresado, de que todos los hombres del mundo puedan ser libres" (1).

De acuerdo a esto, el objetivo de la lucha contra la escisión o secesión del Sur era salvar la unión política de los Estados Unidos. Ningún Estado tenía derecho a separarse porque (pese a los términos "contractuales" de la Constitución, donde los poderes estatales aparecen como regla y los del gobierno federal como la excepción) la nación eran los EE.UU. No se defendía una unidad contractual, una mera forma político-jurídica, sino la unidad nacional (2).

Esto involucra, en consecuencia, no sólo el mantenimiento formal de la Unión, sino la efectividad del poder federal, o sea, su supremacía sobre los poderes estatales.

Tal supremacía había sido reiteradamente cuestionada desde los Estados sureños en base a una interpretación contractualista de la Constitución.

Por ejemplo, pretendió negársele al Estado federal el derecho a imponer un arancel proteccionista por "violatorio" de la igualdad entre los Estados de la Unión, ergo, "inconstitucional".

Por lo tanto (pretendieron algunos) la autoridad de un Estado podía desconocer leyes o actos federales que reputase violatorios de la Constitución.

En cuanto al debate de fondo señalado —proteccionismo o libre cambio— con más razón que el de la esclavitud Lincoln lo excluía de su caracterización del problema.

Es también la opinión de Marx. Acusando de hipócrita a la prensa británica, que "insulta a los Estados Libres del Norte" mientras "se defiende con ansiedad contra la sospecha de que simpatice con los esclavistas del Sur", Marx señala que uno de los pretextos para cubrirse es afirmar que la guerra "es una guerra de impuestos, una guerra entre el sistema proteccionista y el sistema del libre cambio, e Inglaterra, naturalmente, está de parte del libre cambio".

Sin embargo, "en el Congreso de la secesión, en Montgomery, se evitó toda referencia a la cuestión del impuesto, pues el cultivo de azúcar en Luisiana, uno de los Estados del Sur más influyentes, depende por completo del proteccionismo" (3).

Naturalmente, estos asuntos estaban involucrados en el antagonismo, pero de manera derivada. Los esclavistas del Sur, enfrascados en el monocultivo algodónero de exportación, aspiraban al pleno disfrute de "sus" divisas, o sea, a surtirse de manufacturas inglesas, mejores y más baratas que las

de la incipiente industria yanqui protegida. Un misterioso influjo (diría Imaz) los llevaba a obrar como "burguesa senil".

Volviendo ahora a la caracterización de Lincoln, quien no pretende abolir la esclavitud sino "salvar la Unión", los hechos iniciales de la guerra la confirmaban. La emancipación de los esclavos fue decretada tan tarde como en octubre de 1862 (4).

De ahí sacaba partido la prensa británica para restar autoridad a la causa del Norte.

La denodada campaña de la Internacional entre los que apoyan la libertad de los negros y los que sustentan su esclavitud, es tan insolente como falsa —afirma "The Economist" de Londres—. El Norte no proclama la abolición; jamás ha pretendido luchar por el antiesclavismo" (5).

Marx desenmascara este juego capcioso en que se complacen los voceros de la burguesía británica con el fin de aislar políticamente al Norte restándole la simpatía del ala progresista de la opinión pública.

"Parece que los puritanos ingleses no se sentirán contentos sino con una guerra antiabolucionista definida", ironiza. Pero, al mismo tiempo, esa prensa llama "criminal", y hasta "repulsivo y terrible", el "recurso desesperado" de proclamar la emancipación de los negros y exhortar a una rebelión de los esclavos. "Así, pues el celo inglés por la guerra abolucionista es pura hipocresía" (6).

Por lo visto, la izquierda cipaya tiene egregios precursores. ¡"The Economist" de los tiempos de Palmerston, nada menos! Se trata de oponer al barro de la historia viviente el espejo de la norma ideal. Sólo que entonces no había "marxistas" para hacer el juego.

La denadada campaña de la Internacional entre los trabajadores británicos contribuyó a impedir, precisamente, que la burguesía inglesa, cuyo espíritu "liberal" y "progresista" no iba más allá de sus intereses de clase, llegara a la intervención militar en apoyo de los confederados.

El debate no era, pues, académico. Una política muy concreta y harto conocida en nuestra época pretendía aislar al Norte de las clases populares británicas para tener las manos libres contra él. Según ello, el Norte no merecía el apoyo de la opinión progresista porque renegaba de la abolición y abrazaba algo tan oscuro como el proteccionismo.

De ahí que los esfuerzos de Marx para caracterizar correctamente la naturaleza de la guerra civil norteamericana tampoco fuesen una veleidad ideológica sino el aspecto teórico de un preciso objetivo combatiente: impedir que los trabajadores ingleses fuesen arrastrados a una provocación que contaba con los auspicios de la gran prensa y con fuertes elementos de presión ligados al empleo y las fuentes de trabajo.

"Cuando la oligarquía de 300 mil propietarios de esclavos —dice el Mensaje de la Internacional a Lincoln del 7 de marzo de 1865, que Marx, uno de los firmantes, redactara— se atrevió a inscribir por vez primera la palabra "esclavitud" en la bandera de la rebelión armada..., entonces la clase trabajadora de Europa comprendió de inmediato, aún antes de que la fanática adhesión de las clases elevadas hacia la clase elevada de la Confederación hubiera dado su funesta advertencia, que la rebelión de los propietarios de esclavos iba a sembrar el veneno de una santa cruzada de la propiedad contra el trabajo, y que para los hombres de trabajos, con sus esperanzas puestas en el futuro, hasta sus últimas conquistas estaban en peligro... Los trabajadores de Europa se sienten seguros de que, así como la guerra norteamericana de la Independencia inició una nueva era de elevación para la clase media, así también la guerra antiesclavista estadounidense lo hará para la clase trabajadora" (8).

Ya a principios de 1862, "nunca debiera olvidarse



en EE. UU. que, por lo menos la clase obrera de Inglaterra, desde el comienzo hasta el final de las dificultades, nunca los ha abandonado", escribía Marx en el "New York Daily Tribune".

No obstante "la natural simpatía que las clases populares de todo el mundo deben sentir por el único gobierno popular del orbe", añadía, "en las actuales circunstancias, en que gran parte de la clase obrera británica sufre directa y gravemente las consecuencias del bloqueo del Sur... la simple justificación requiere rendir tributo a la actitud de la clase obrera británica, tanto más cuando se compara con la conducta hipócrita, bravucona y estúpida del John Bull oficial y acomodado" (9).

En efecto, el bloqueo de los puertos confederados por la escuadra de la Unión afectaba el suministro de algodón para las tejedurías y la colocación de manufacturas en el mercado sureño, es decir, indirectamente, vitales fuentes de trabajo. A su vez, la santa causa de romper ese bloqueo en nombre de la "libertad de los mares" y el "comercio libre" era el modo elegante de forzar una intervención militar cuya preparación política suponía movilizar a las fuerzas populares internas.

Tras aclarar que "por presión de afuera el inglés entiende grandes demostraciones populares extra-parlamentarias", Marx afirma en "Die Presse" del 2 de febrero de 1862:

"La clase obrera, pues tiene conciencia de que el gobierno sólo aguarda el grito de intervención dado desde abajo (la "presión de fuera") para poner punto final al bloqueo estadounidense y a la miseria británica. En tales circunstancias, la obstinación con que la clase obrera guarda silencio, o sólo lo romperá para evitar su voz contra la intervención y en favor de EE.UU., es admirable" (10).

Pero esta actitud de la clase obrera británica, a la que Marx rinde tributo, se explica en buena medida por la campaña de Marx, para quien la guerra civil norteamericana, a pesar de los sofismas de la prensa inglesa y las declaraciones no abolicionistas de Lincoln, era una guerra revolucionaria entre dos estructuras sociales que habían llegado a ser incompatibles.

La fórmula de Lincoln era verdadera en cuanto a caracterización lógica de su política. Lincoln no se proponía abolir la esclavitud sino mantener la Unión. Pero la oligarquía sureña aceptaba la Unión sólo en tanto le permitiera mantener la esclavitud, y había llegado al convencimiento de que sólo segregándose lograría salvar su sistema social.

"La primera gran guerra de la historia contemporánea es la guerra norteamericana —escribe Marx en el "New York Daily Tribune"—.

El pueblo de Europa sabe que el poder de los esclavistas del Sur inició la contienda con la declaración de que la continuación de la esclavitud ya no es compatible con la continuación de la Unión... La lucha por la supervivencia de la Unión es, por consiguiente, una lucha contra la supervivencia del poder esclavista. En esta contienda, la más elevada forma de autonomía realizada hasta ahora, está librando batalla con la más baja y vergonzosa forma de la esclavización del hombre registrada en los anales de la historia" (11).

Marx debe acudir, escribiendo para un diario burgués, a circunloquios y frases elípticas como "más elevada forma de autonomía" o "sistema de trabajo libre" (v. infra) para designar al régimen capitalista, especialmente en el marco de una república democrática.

Aún más tajantemente, para "Die Presse", "la actual contienda (afirma) es una lucha entre dos sistemas sociales: entre el sistema de la esclavitud y el sistema de trabajo libre. La guerra ha estallado porque los dos sistemas ya no pueden coexistir pa-

cíficamente la victoria de uno u otro sistema" (12).

---

## LA LEY "ECONOMICA" DEL SUR ESCLAVISTA

---

En varios artículos a los mencionados órganos de prensa, Marx analiza las razones históricas y económico-sociales que condujeron a un punto de absoluta incompatibilidad a ambos sistemas, a pesar de la tradición de compromisos sucesivos y equilibrios inestables sostenida durante décadas por los jefes políticos del Norte y del Sur.

Describe los avances de la oligarquía esclavista para absorber al conjunto de los Estados y territorios fronterizos, e incluso más allá de los límites de la Unión, en México, Centroamérica y el Caribe; las luchas para dominar el poder político en Washington, cerrar las áreas de colonización libre e irrumpir finalmente en los propios bastiones de la Nueva Inglaterra.

Pero esta escalada se cruza con la inexorable modificación de la relación de fuerzas por el crecimiento industrial del Norte y sobre todo, por la rápida expansión demográfica de los nuevos Estados del N. O., donde predomina una clase vigorosa y enérgica de pequeños propietarios campesinos (13).

Al cruzarse ambas líneas ascendentes de sentido contrario, el conflicto se hace inevitable. El Sur está obligado a romper con la Unión para salvar su sistema, como primer paso para conquistar militarmente el poder político y económico sobre toda la Unión.

Uno y otro proceso, por otra parte, descubren su intrínseca necesidad histórica cuando se analizan las respectivas leyes de desenvolvimiento económico-social del Norte burgués y del Sur esclavista.

Por la naturaleza misma de su sistema productivo, el Sur estaba obligado a incorporar incesantemente nuevas tierras a su dominio. Su crecimiento era un cáncer que amenazaba con sofocar a la Unión.

En un pasaje fundamental, Marx expone de este modo la ley económica que mueve al sistema esclavista:

"Para los Estados esclavistas de la Unión, la constante expansión de territorio y de la esclavitud más allá de sus viejos límites constituye un problema vital...

"El cultivo... por los esclavos tan sólo es remunerativo cuando lo realizan cuadrillas en gran escala y enormes extensiones de tierra naturalmente fértil, que sólo requiera un trabajo simple. El cultivo intensivo, que depende menos de la fertilidad del suelo que de una inversión de capitales, inteligencia y energía en el trabajo es contrario a la naturaleza de la esclavitud".

En efecto, el total sometimiento de la mano de obra esclava, reducida a mero objeto y condición de proceso productivo como la tierra o los animales de labranza, excluye todo interés propio, iniciativa y calificación en el trabajo. Sólo es compatible con una técnica ruda y elemental, y una rígida organización en cuadrillas para posibilitar la constante vigilancia.

"De ahí (continúa Marx) la rápida transformación de Estados como Maryland y Virginia, que antes empleaban esclavos en la producción de artículos de exportación, en Estados que criaban esclavos para exportarlos al lejano Sur... Hasta en Carolina del Sur, donde los esclavos constituyen las cuatro séptimas partes de la población, el cultivo de algodón ha estado, durante años, casi por completo estacionario, como consecuencia del ago-



tamiento del suelo (y en parte) ya se está transformando en un Estado criador de esclavos...

Tan pronto como se llega a este punto se torna necesaria la adquisición de nuevos territorios, con el objeto de que a una parte de los esclavistas les sea dado suministrar esclavos a nuevos y fértiles Estados...

"Sin la adquisición de Luisiana, Missouri y Arkansas por los Estados Unidos, la esclavitud en Virginia y Maryland haría tiempo que habría sido suprimida".

La indigencia técnica propia de la relación esclavista, al imponer el monocultivo extensivo, empobrecía necesariamente los suelos.

La caída en el monocultivo resultaba de varias causas relacionadas entre sí: los métodos rígidos de la técnica y la organización laboral esclavista no se adaptan a cualquier clase de agricultura sino a la del género "plantación"; la oligarquía esclavista, que logra ingresos altos y seguros gracias al uso extensivo de sus tierras con trabajo gratuito, no tiene alicientes para tecnificar las explotaciones existentes, ni para diversificar la actividad económica con nuevos cultivos o con inversiones industriales; por último, como ella se desarrolla a impulsos de la división mundial (capitalista) de trabajo, es decir, como segmento unilateral y complementario de la diversificada economía metropolitana (demanda de materia prima textil por la industria inglesa), queda condicionada a ese papel y a la importación de la manufactura metropolitana.

La naturaleza de la relación social de producción también determina el destino del excedente apropiado. Este se obtiene en un sistema económico que excluye la inversión de capitales en maquinarias y equipos. El excedente no retorna a la zona que lo produjo, a veces ni como consumo suntuario (caso de los propietarios ausentistas). Se dilapida o se lo invierte en una reproducción amplificada del ciclo monocultor-extensivo comprando más tierras y más esclavos.

La inversión en esclavos redundaba en desmedro de la inversión en máquinas y equipos, por exigir un elevado desembolso inicial semejante al del capital fijo, a diferencia de la inversión en salarios, que es capital circulante.

Por último, cada régimen social supone su propia ley de población, que Marx expone respecto al capitalismo en los pasajes del Tomo I sobre el ejército industrial de reserva. La economía esclavista, si no destruye físicamente a sus esclavos ni impide su reproducción física, termina saturando de mano de obra servil su área de implantación, dado su carácter monocultor extensivo y, a veces, el empobrecimiento del suelo que provoca. No tiene otro camino que volcar a nuevas áreas ese excedente de población. Ello, en cuanto a los esclavos.

Respecto a la población libre pobre, la oportunidad de hallar trabajo asalariado o ejercer la artesanía se le cierra, en el primer caso, por la falta de una estructura capitalista diversificada que cree ocupación; y en ambos, por la competencia ruinosa del trabajo gratuito del esclavo. El acceso a la pequeña propiedad rural independiente choca, además, con la expansión del latifundio en beneficio de las grandes plantaciones esclavistas.

Luego, también la conquista de nuevas tierras es imprescindible para "ajustar" los intereses recíprocos de la oligarquía esclavista y el resto de la población libre. La experiencia de la República Romana (también de Atenas, aunque por causas más complejas) muestra al "partido democrático" en primera línea de la política "imperialista".

"La oligarquía de los 300.000 propietarios de esclavos, ni siquiera podía conservar su influjo en su propio territorio, salvo echando constantemente a

sus plebeyos blancos el anzuelo de próximas conquistas dentro y fuera de las fronteras de EE.UU."

En los territorios así usurpados se reproducía por fuerza el proceso de acaparamiento de tierras, en beneficio de los antiguos esclavistas y de los "blancos pobres" más enérgicos que ascendían a la clase dominante. De esa manera las nuevas tierras quedaban cerradas a la colonización independiente. Se explica que la oligarquía sureña combatiese con energía todas las medidas encaminadas a fomentar la pequeña propiedad rural.

"Con el fin de obstaculizar en todo lo posible la colonización de los territorios por colonos libres, el grupo de propietarios de esclavos frustró todas las llamadas medidas de suelo libre", explica Marx.

En 1854, los Demócratas del Sur logran rechazar en el Senado el proyecto de ley de suelo libre, titulado de "abolicionista".

En 1860, el presidente Buchanan veta la "ley de heredad" que entrega tierras a pequeños agricultores al bajo precio de 0,25 dólares por acre.

Recién a mediados de 1862, en plena guerra civil, el Congreso de la Unión aprueba la ley de la tierra, "por la cual habían luchado en vano las masas populares del Norte".

---

## LAS OTRAS CUESTIONES

---

Como vemos, la cuestión de la esclavitud generaba una cuestión agraria virtualmente sobre todo el territorio de la Unión.

Pero quien dice cuestión agraria dice mercado interno, posibilidad de que crezcan y se desarrollen las fuerzas de la producción industrial, contra la cual la oligarquía sureña lanzaba un doble ataque: a retaguardia, ya que suprimir al campesino libre era privar de su principal comprador de manufacturas y abastecedor de alimentos a las ciudades industriales; y frontal, pues el librecambio exigido por el Sur habría colocado a la joven industria yanqui a merced de la desigual competencia británica, convirtiendo a EE.UU. en eslabón subordinado de la división mundial (capitalista) del trabajo.

La moderna industria fabril había nacido en el Norte a consecuencia del proteccionismo de hecho impuesto por la guerra con Gran Bretaña y el bloqueo en la segunda década del siglo. Firmada la paz, el Sur luchó con denuedo... mitrista contra los aranceles protectores que siguieron, considerándolos un privilegio impositivo contrario a la Constitución.

No es difícil explicarse la simpatía de los industriales británicos hacia sus buenos clientes y abastecedores de la Confederación esclavista. En una guerra "por los aranceles" (v. supra), la causa del librecambio era la causa de la "civilización". Hay "marxistas" la Inglaterra pre-imperialista del siglo XIX representaba el "progreso histórico", y sus agentes nativos (Rivadavia, Mitre) eran los portavoces de la "revolución democrática-burguesa". Como el capitalismo de la etapa de libre-competencia (pre-monopolista) era progresivo, piensan "teóricos" del género Leonardo Paso, e Inglaterra encabezaba la revolución industrial, **por lo tanto**, toda su irradiación también lo era, por ejemplo, el bloqueo británico contra Rosas, la "unidad a palos" de Rivadavia, la política mitrista contra la Confederación o la agresión de la Triple Alianza contra Paraguay.

Todas estas hazañas, que naturalmente los portavoces de la "carga del hombre blanco (europeo)" y sus lenguaraces como Sarmiento atribuyen a la "civilización" que lucha contra la "barbarie", el "marxista" cipayo las traduce a términos de "capi-



talismo" contra "feudalismo". Pero hace mal en detenerse a mitad de camino. Una vez emprendida la marcha debe seguir hasta el final, e incluir en la nómina, por ejemplo, la alianza de Inglaterra con la Rusia Zarista contra Napoleón I y contra la unidad nacional alemana; su apoyo a los confederados esclavistas; la intervención francesa a México, también con apoyo británico, estrechamente relacionada a los sucesos de la guerra civil norteamericana; y, ¿por qué no decirlo? la invasión de Mussolini a Etiopía, con claros propósitos "civilizadores".

Para semejantes "marxistas" lo que es, y lo que no es, no es. Si el capitalismo de libre-competencia fue progresivo, fue progresivo por donde lo miren. Entre estos "marxistas" no se encontraba desde luego Marx.

En un mitín de los grandes industriales ingleses —escribe en "Die Presse" del 8 de febrero de 1862— "se expresó amargo resentimiento por las tendencias proteccionistas que se estaban desarrollando cada vez más en las colonias, particularmente en Australia. Los caballeros olvidan que, durante un siglo y medio, las colonias protestaron en vano contra el "sistema colonial" de la madre patria. En esa época, las colonias exigían el libre cambio. Inglaterra insistía en prohibirlo. Ahora Gran Bretaña predica el librecambio y las colonias encuentran la protección contra Inglaterra más conveniente a sus intereses".

No menos comprometida habría sido la situación del proletariado fabril si el Sur triunfara. En ese caso, "el sistema esclavista se propagaría a toda la Unión... En los Estados norteros... la clase obrera blanca sería gradualmente compelida a descender al nivel de la clase ilota".

Por consiguiente, la esclavitud no sólo se abanzaba hacia nuevos territorios bajo el imperio de su ciega ley expansiva, sino que comprometía todos los aspectos de la vida social y económica, sin respetar tampoco, como ahora veremos, las instituciones políticas del país.

El régimen representativo de la Constitución quedaba falseado por el poder de veto que el Sur se reservaba mediante el control del Senado y (por su vía) de la Suprema Corte (nombramiento de los jueces con acuerdo del Senado).

"Como la población de los Estados libres aumenta con mayor rapidez que la de los Estados esclavistas, el número de representantes del Norte estaba destinado a sobrepasar muy rápidamente el de los Estados del Sur. El verdadero asiento de la fuerza política del Sur se traslada, pues, cada vez más, al Senado norteamericano... (Por eso,) el Sur necesita la formación constante de nuevos Estados esclavistas. Sin embargo, esto sólo es posible mediante la conquista de tierras extranjeras, como Texas, o transformando Territorios de los EE.UU., primero en Territorios esclavistas, luego en Estados esclavistas, como Missouri, Arkansa, etc."

El dispar ritmo de crecimiento demográfico deriva como sabemos, del efecto despoblador del latifundio esclavista, y al producir las consecuencias políticas que señala Marx añadía un nuevo motivo al expansionismo sureño.

A su vez, la presión para conquistar nuevas áreas de influencia asumía formas de rapacidad, aventurerismo y violencia que tornaban letra muerta todo principio democrático, incluso en el seno de las poblaciones blancas.

Los Estados fronterizos eran víctimas del terror y la depredación para doblegar su voluntad antiesclavista. En 1854 se aprueba la "ley de Kansas y Nebraska" que autoriza la erección de nuevos Estados esclavistas en cualquier punto del territorio norteamericano, si así lo resuelve un referendun po-

pular. Inmediatamente, "emisarios armados de los esclavistas, canalla fronteriza de Missouri y Arkansas, ... cayeron sobre Kansas y mediante las atrocidades más inauditas trataron de desalojar a los colonos... apoyados por el gobierno de Washington".

"Dentro de los propios Estados esclavistas verdaderos (Mississippi, Alabama, Georgia, South Carolina) reemplazan la existente democracia por una oligarquía de 300.000 propietarios de esclavos".

El Congreso de Montgomery sirvió a esa oligarquía no sólo para proclamar la secesión, sino "para sojuzgar por completo al sector de la población que aún mantenía alguna independencia bajo la protección del gobierno y la Constitución democrática de la Unión". La oligarquía de 300.000 propietarios de esclavos consolidaba así, centralizadamente, su dominio político "sobre los 5 millones de blancos" del Sur, y "en una parte de los blancos pobres encuentra al populacho que trabaja para ella como sustituto de los zuavos".

Marx cita testimonios reveladores de la propia prensa sureña. "The Augusta Chronicle and Sentinel", "el mayor diario de Georgia", denuncia que "todo el movimiento en favor de la secesión... fue impulsado por una mayoría ficticia". Según "The North Alabama", "la fuerza sustancial, física de la Nación, los hombres de puño endurecido y laborioso... estaba desde el comienzo en oposición a la Ordenanza de Secesión".

Como vemos, las relaciones entre el Sur y el Norte presentaban un haz de conflictos políticos, institucionales y económicas, todos los cuales, sin embargo, emanaban de una contradicción fundamental entre el sistema esclavista y el joven capitalismo yanqui.

---

## GUERRA Y LUCHA DE CLASES

---

La lucha contra la esclavitud no se libraba a partir de un choque de principios morales o de igualdad jurídica, aunque esos principios interviniesen como componente ideal de la situación.

La lucha contra la esclavitud era una lucha de clases contra la oligarquía de los 300.000 aristócratas sureños, cuya presencia se había vuelto incompatible con el futuro de la Unión.

La libertad concedida a los esclavos en octubre de 1862 no es un acto de "redención" ni el triunfo de la igualdad jurídica democrática, sino un acto económico de expropiación.

Por ese acto, la clase explotadora reaccionaria pierde en masa su propiedad fundamental, que no consiste en tierras, stocks, dinero, ni instrumentos de producción, sino en hombres.

Pero esta particularidad de recaer el dominio sobre seres humanos no priva a la emancipación de su carácter económico-social, o sea, expropiatorio. La clase que sofoca el proceso histórico es destituida de su fundamento real, la propiedad, vale decir, desaparece socialmente, y al perder este apoyo, pierde el instrumento que aseguraba su apropiación del excedente, su poder político y su influencia cultural.

La emancipación de los esclavos fue, en consecuencia, no un acto de "justicia" hacia el semejante, sino un acto revolucionario, el punto culminante de una revolución social suprimiendo la clase que comprometía el desenvolvimiento capitalista de la Unión.

Por su papel, esa medida equivale (mutatis mutandi) a la expropiación de los dominios aristocráticos y eclesiásticos, y a la supresión de los tributos personales, por la revolución francesa de 1789; y a



la expropiación de la burguesía por las revoluciones socialistas de nuestro tiempo.

En todos estos casos, un modo reaccionario de apropiación, de explotación del hombre por el hombre, es barrido por el conjunto de clases que encarnan en ese momento un progreso histórico.

Poco importa si se trata de la propiedad sobre hombres o la propiedad sobre cosas, en la medida en que estas cosas (tierras, edificios, máquinas e instalaciones fabriles, sistemas de servicios y transportes, red comercial y financiera, patentes, etc.), al ser monopolizadas por una clase privilegiada, se convierten en medio para exprimir el trabajo ajeno y sujetar así a otros hombres.

De ahí que la reivindicación de la propiedad como derecho frente a las fuerzas revolucionarias que persiguen transformar y humanizar el orden social, sea fundamentalmente hipócrita e impertinente aún desde el punto de vista "jurídico", tanto como lo era el oponer la garantía constitucional de la propiedad a la ley emancipando los esclavos. Pese a sus "escrúpulos jurídicos", Lincoln lo precisó claramente al distinguir entre la libertad del lobo y la del pastor.

En el caso de la guerra civil norteamericana, la lógica objetiva del conflicto se impuso a sus actores, independientemente de lo que ellos dijeron o imaginaron de sí mismos, y el método de Marx permitió orientarse en la caracterización y desenvolvimiento del proceso.

---

## LA ESCALADA SUREÑA

---

Como se dijo más arriba, la esclavitud no había sido un problema para los fundadores de la independencia norteamericana, quienes confiaron en su extinción gradual por el transcurso del tiempo. El tabú de la propiedad privada les impedía liberar a los esclavos, aunque condenasen moralmente la institución. Ni siquiera se atrevieron a decretar la libertad de vientres, como nuestra Asamblea Constituyente de 1813. Se contentaron con prohibir la introducción de nuevos esclavos y con excluir la esclavitud de todos los territorios al N.O. del río Ohio.

La expansión algodonera modifica profundamente el panorama, y ya en 1820 el Sud arranca una primera transacción, el Compromiso de Missouri, por el cual el límite de prohibición de la esclavitud es llevado al paralelo 36°30' y al oeste del río Missouri.

Con el fin de asegurar el dominio del Sur sobre el Senado, el compromiso también establecía que cuando se incorporase a la Unión un nuevo estado no esclavista, otro Estado esclavista debería sumarse a los ya existentes. Así, el ingreso del Estado libre de Maine fue equilibrado por el de Missouri.

Por aplicación del sistema, en 1854 se incorporan a la Unión como Estados los hasta entonces Territorios de Nebraska y Kansas. Pero la denominada "ley de Kansas-Nebraska" que entonces se sanciona, cosagra un nuevo avance del Sur, ya que borra el límite del paralelo 36°30'. En adelante, cada nuevo Estado decidiría "democráticamente" su sistema. Fue la señal para que facinerosos del Sur irrumpieran en banda con el fin de copar los Estados y territorios fronterizos, desalojando a los colonos "con el apoyo del gobierno de Washington".

Tres años más tarde, la Suprema Corte, otro baluarte del Sur, también suprime ese límite político, al garantizar la propiedad sobre un esclavo en cualquier punto de la Unión. Bastaba haberlo adquirido en territorio esclavista, para poder instalarlo legalmente en cualquier Estado libre.

En cuanto a los esclavos fugitivos, una ley de 1850

Bajo estas condiciones de ofensiva sureña, no puede sorprender la reanudación de facto de la importación de esclavos.

La expansión esclavista iba más allá de los límites de la Unión.

garantizaba bajo penas severísimas su devolución.

El presidente Buchanan debió su elección en 1856 al "Manifiesto de Ostende" donde, aprovechando las dificultades de las potencias europeas por la guerra de Crimea, prometía imponer a España la venta de Cuba —o arrebatársela— para implantar allí una nueva base de esclavos e incorporar eventualmente otro Estado esclavista a la Unión.

Con igual propósito se pretendió llevar a los Estados mexicanos de Sonora, Chihuahua y Baja California la política seguida en Tejas y California durante la década del 40, es decir, infiltrarlos primero, segregarlos después con apoyo militar norteamericano, e incorporarlos finalmente a la Unión.

Tampoco América Central, especialmente Nicaragua, se vió libre de estas "revoltosas y piráticas expediciones... dirigidas, nada menos, que desde la Casa Blanca de Washington".

De esta suerte, "bajo la presidencia de Buchanan, el predominio que el Sur había usurpado gradualmente sobre la Unión mediante su alianza con los Demócratas del Norte, llegó al cenit".

Pero empujado por los hechos a establecer un límite firme a la ulterior expansión esclavista el sur respondió ipso facto con la secesión, consciente de que limitar geográficamente la esclavitud era extinguirla.

Planteado así el conflicto, el Norte tuvo que abandonar paso a paso sus vacilaciones y convertir la guerra "constitucional" con los segregados en una guerra llevada revolucionariamente, es decir, liberando a los esclavos, armándolos y exhortándolos a rebelarse.

Las vacilaciones del Norte eran el producto de su propia situación histórica en que, como se dijo al principio, la independencia se había logrado sin cambios sociales, bajo un régimen que contenía los gérmenes de la expansión capitalista, y con un inmenso territorio por conquistar y colonizar, que durante más de medio siglo fue válvula de escape para mitigar los efectos de la presión sureña, permitiendo un desarrollo enérgico de la industria y la agricultura. Por eso, el examen de las curvas estadísticas no revela de suyo el papel de la guerra civil como punto de flexión, como verdadera revolución social a partir de la cual Estados Unidos consolidaban su unidad e independencia nacionales y pasaban del "subdesarrollo" al desarrollo capitalista.

En efecto, el desenvolvimiento anterior a la guerra era esencialmente precario, porque encontraba un límite cada vez más estrecho en la expansión del Sur, cuya victoria habría comprometido el proceso global.

Si en pleno siglo XIX, y en un país sin rémoras feudales, cuya inmensa frontera interior le había permitido generar tempranamente un vigoroso polo de expansión industrial, la suerte de ese desarrollo pasó a depender de la estructura económica que prevaleciese, ¿qué decir de nuestros países semicoloniales, hoy penetrados por el imperialismo y sin las ventajas de la burguesía norteamericana hace 100 años?

La necesidad de defender a Kansas de las bandas sureñas movilizó por fin a la población de los Estados libres del Norte. De esta "liga popular" nació el Partido Republicano, que logra una buena elección en las presidenciales de 1856.

Sin embargo, los republicanos no habrían logrado mayoría en 1860, de no ser por la ruptura entre los demócratas sureños y los del Norte.

La causa de la ruptura fue la misma que había dado origen al partido de Lincoln. Rechazadas sus



bandas en Kansas, el Sur pretendió que el Congreso federal, bajo presión del presidente Buchanan, impusiera al nuevo Estado una constitución esclavista que sus habitantes rechazaban. Los demócratas del Norte no podían aceptarlo sin perder todo su crédito electoral dado el estado de la opinión pública.

Gracias a la división de los demócratas, Lincoln llega a la presidencia. Su programa, como sabemos, no incluía la abolición. Pero el Sur, "agredido", se separa, porque la mera contención de la esclavitud en sus límites presentes la condenaba a corto plazo.

"La secesión sólo ocurrió porque dentro de la Unión la transformación de los Estados fronterizos y de los Territorios en Estados esclavistas ya no parecía posible". Pero la secesión sólo era la instancia previa para una ofensiva general sobre los Estados que permanecían en la Unión.

"La mayor parte de los Estados fronterizos y de los territorios están todavía en la Unión, a cuyo lado se colocaron... Sin embargo, la Confederación los considera aún del Sur, y trata de conquistárselos.

Por consiguiente, escribe, Marx, si aceptase la secesión pacífica el Norte habría entregado más de las tres cuartas partes del territorio de Estados Unidos: todo el Golfo de México, el Océano Pacífico; Missouri, Kansas, Nueva México, Arkansas y Texas habrían arrastrado a California. Dominando el Sur el sistema inferior y la desembocadura de las grandes vías fluviales, "los Estados agrícolas entre las Rocosas y los Alleghanys en los valles del Mississipi, el Missouri y el Ohio, se verían obligados por sus intereses a separarse del Norte e incorporarse a la Confederación del Sur.

"Así, pues, en realidad, no tendría lugar una disolución de la Unión sino una reorganización de la misma... sobre la base de la esclavitud, bajo el control reconocido de la oligarquía esclavista.

El plan de semejante reorganización ha sido proclamado abiertamente... en el Congreso de Montgomery".

Así pues, más que la unidad nacional lo que estaba en juego era la estructura social general de los EE.UU., cuya división en dos territorios hostiles resultaba una forma sui generis de dualidad de poderes, polarizados por la lucha de clases.

Esto no significa que en las miras balcanizadoras de Inglaterra no figurase la posibilidad de pulverizar al gigante norteamericano en ciernes, tal como lo hizo con América del Sur.

Con profunda hipocresía, la prensa burguesa de Londres atacaba la "intolerancia" del Norte al no admitir una segregación que pondría fin —decían— a una "infundada y fratricida contienda".

Al respecto, Marx cita con encomio esta notable refutación de "The Spectator", cuyas enseñanzas para comprender nuestra propia historia latinoamericana están a la vista:

"Se ha descubierto y sería muy ventajoso para los Estados que fuesen disueltos en grupos rivales..., y si alguna vez Inglaterra interviniera en una disputa de uno o más de ellos, el sólo recelo volcaría a los grupos antagónicos en nuestra ayuda (de Inglaterra)..."

"La única verdadera razón por la cual se considera hecho de que, mientras el actual conflicto en gran escala puede dar por resultado una renovada y más sólida unidad política, la alternativa de pequeñas disputas, multiplicadas en forma infinita, daría por resultado un continente débil y dividido, el cual Inglaterra no podría temer..."

"En dilatar las cuestiones no hay esperanzas de una profunda y duradera tranquilidad para los EE.UU. Esto significa la declinación y caída de la Nación estadounidense en tribus y clanes penderos, y, sin embargo, alzamos las manos con ho-

rror ante la actual lucha "fratricida", pues mantiene firmes las esperanzas de terminar con la cuestión".

---

## LA BURGUESIA YANQUI Y LA GUERRA

---

Como siempre que una profunda crisis polariza los dos sectores irreconciliables el cuerpo nacional, dispares fuerzas se alinean en uno y otro sector, y esta heterogeneidad imprime su sello sobre las respectivas conductas y sobre el paso de una a otra fase de la lucha.

Lo que caracterizó la guerra civil norteamericana, que fue en esencia una lucha de clases revolucionaria de la nación burguesa contra la oligarquía esclavista, fue que el campo revolucionario actuó a la defensiva, sufriendo el asalto de un "antiguo régimen" cuyo poderío no brotaba de la fuerza del pasado sino de las condiciones presentes del mercado mundial.

El triunfo del Sur habría convertido a EE.UU. en una semicolonias del capital europeo, o, peor aún, en un continente balcanizado, como Centro y Sud América.

Semejante involución económica-social, bajo la presión en última instancia de las fuerzas prevalentes del mercado mundial capitalista, sólo podría sorprender a los adeptos a un fatalismo del progreso histórico enteramente metafísico.

También el examen de una estructura social retardataria en proceso de expansión totalizadora como la economía esclavista del Sur, arroja luz sobre las filosofías fundadas en la "coexistencia pacífica" de regímenes antagónicos.

El carácter no revolucionario de la burguesía bajo condiciones históricas de revolución burguesa, si bien se acentúa en los países coloniales en la época del imperialismo, ha sido un rasgo permanente de aquella clase, atomizada como está por la anarquía del mercado y la hipnosis del balance anual.

Pero en el caso de la burguesía norteamericana, su falta de tradición revolucionaria y su posición de poder acentuaron todos estos rasgos.

Cabría decir que la burguesía obra revolucionariamente sólo en el sentido de que pone las condiciones objetivas de la transformación político-social y que (en las revoluciones de ciclo clásico) recoge naturalmente el producto de esa transformación. Pero está ausente en la coyuntura revolucionaria propiamente dicha.

El frente del Norte era un verdadero frente nacional que abarcaba a la burguesía industrial, comercial y naviera de la Nueva Inglaterra, el incipiente proletariado y la clase media, el campesino independiente del N. O., un sector en aumento de la población negra del Sur, grupos acallados de la burguesía sureña favorables a la Unión y hasta un sector de propietarios esclavistas de los Estados fronterizos.

Políticamente, ese frente se articulaba en la alianza del joven Partido Republicano con los demócratas del Norte y los mandos profesionales del Ejército federal.

Estos dos últimos sectores, estrechamente ligados a la burguesía más tradicional del N. E. y a los esclavistas de los Estados fronterizos que permanecieron "leales" a la Unión, influyeron sobre la primera fase de la conducción política y militar.

Así se explica la insistencia de Lincoln de que no estaba en juego la esclavitud, sino el mantenimiento de la Unión, y el sello no revolucionario impreso a las operaciones bélicas por el primer mando militar.



La clarividencia de Marx consistió, como hemos visto, en discernir cuál era el sentido profundo de los acontecimientos, con prescindencia de lo que pensasen o declarasen sus actores, y en evaluar correctamente si la conducción política llegaría a asumir aquel sentido bajo la presión de los hechos.

Hay en esto una dialéctica de la toma de conciencia enhebrada a la dialéctica del proceso objetivo, generalmente subestimada por el ultraizquierdismo, así como el oportunismo tiende a perder de vista la dialéctica objetiva cuando disuelve la estrategia en la mera táctica cotidiana.

Marx percibió agudamente el viraje del proceso objetivo hacia un conflicto irreconciliable. "Un estudio más detenido (o sea, una nueva evaluación, J. E. S.) de este asunto norteamericano —escribe a Engels el 1º de julio de 1861— me ha demostrado que el conflicto entre el Sur y el Norte . . . **ha llegado por fin** . . . a un punto decisivo" (subrayado nuestro).

A partir de aquí apreciará con entera objetividad crítica las debilidades de la política norteaña, pero sin dejarse llevar a esquematizaciones que le hagan perder de vista la dirección fundamental de los acontecimientos, a pesar de la impaciencia "ultraizquierdista" de Engels, cuyo pesimismo no comparte.

La doble debilidad política y militar de la conducción norteaña es puesta de relieve en este juicio sobre el primer general en jefe de los Ejércitos federales:

"Para Mc Clellan, escribe en "Die Press" del 3 de marzo de 1862, la guerra debe librarse de manera estrictamente formal, con la idea constante de la restauración de la Unión sobre sus viejas bases, y, por consiguiente, debe mantenerse, sobre todo, libre de tendencias revolucionarias que afecten cuestiones de principios.

¡Una excelente concepción de una guerra que es en su esencia una guerra de principios!"

Adviértase cómo "la idea constante de la restauración de la Unión sobre sus viejas bases" podía ser adjudicada hasta cierto punto, indistintamente, a Lincoln y a Mc Clellan; más, por una sutil diferencia que era en realidad una diferencia decisiva y no escapó a la percepción de Marx, lo que en Lincoln aparecía como punto de arranque y primera aproximación (que al sostenerse con firmeza llevaba a la entraña del conflicto fundamental) en Mc Clellan era un dogma inmovilizador nacido de su compromiso "girondino" con el campo adversario.

En efecto, la desproporción demográfica y económica era abrumadoramente desfavorable al Sur. El Sur debía jugarse a un golpe rápido y certero, aprovechando la lenta movilización del Norte por la complejidad de su frente político social y en razón de su misma estructura económica más evolucionada.

Mientras tanto el Sur, muy concentrado por la oligarquía esclavista y no su población blanca eximida de trabajo productivo, podía golpear primero, en la esperanza de romper el frente político interno del enemigo y forzar un nuevo compromiso que habría sido su victoria, al barrer la línea de resistencia fijada programáticamente por el Partido Republicano.

Si, antes de la ruptura, la unidad del Estado había encubierto la virtual existencia de dos ejércitos en el ejército norteamericano, su escisión bélica puso de manifiesto la persistencia de un solo ejército por encima de las líneas de fuego.

"Mc Clellan y muchos de los oficiales del Ejército regular, que recibieron su instrucción en West Point, están más o menos vinculados a sus viejos camaradas del campo enemigo por lazos de espíritu de cuerpo", y el general en jefe "cubría a los traidores del Ejército de la Unión con su escudo protector. Un sector de los oficiales más viejos . . . de West

Point hallaron en él un punto de apoyo para su rivalidad con los generales civiles recientemente urgidos y por sus secretas simpatías hacia los "camaradas" del campo enemigo".

El trasfondo político de estas actitudes lo revelaba —recuerda Marx— el siguiente párrafo del "Washington Star", "órgano especial de Mc Clellan": "El objetivo de todas las combinaciones militares de Mc Clellan es restaurar completamente la Unión tal como existía antes del estallido de la rebelión".

Al ricolizar la táctica "de la anaconda" (envolvente) contra los confederados, gracias a la cual éstos "siempre le huían pues en el momento decisivo nunca los atacaba", Marx y Engels ponen al desnudo la estrecha relación entre la naturaleza política de una guerra y las particularidades de su conducción táctica.

La táctica envolvente ya usada por Austria contra los ejércitos de la Francia revolucionaria, lejos de "asfixiar" al enemigo le permitía contraatacar desde el centro con todas sus fuerzas contra determinados puntos, fragmentar la "anaconda" y batir sus segmentos por separado. Era preciso marchar enérgicamente contra el centro geopolítico del Sur, Georgia, partiendo en dos el campo confederado, pues de otro modo la guerra duraría indefinidamente, por victorias parciales que se ganasen.

"Las causas militares de la crisis, escribe en agosto de 1862, están relacionadas en parte con la política. La influencia del Partido Demócrata fue la que llevó a un incompetente como Mc Clellan . . . (inbuido de) ansiosa consideración hacia . . . los Estados esclavistas fronterizos".

Ahora bien, los propietarios de esclavos de esos Estados que habían permanecido "leales" a la Unión, "cuidaron que las leyes de esclavos fugitivos fueran mantenidas, y que las simpatías de los negros hacia el Norte fuesen reprimidas a la fuerza".

De esta manera, la esclavitud en los Estados fronterizos salvaguarda la esclavitud en los Estados sureños. La esclavitud, talón de Aquiles del Sur en el caso de que la guerra se llevase revolucionariamente, se convierte en su fuerza, al permitirle movilizar a toda su población libre. Lincoln percibe ese problema, pero quiere resolverlo con "discursos benevolentes" a los "leales propietarios de esclavos", a quienes exhorta a renunciar voluntariamente a la esclavitud o afrontar la marea abolicionista.

Es que Lincoln, nacido en un Estado fronterizo, sobreestimaba la fuerza de los "leales" propietarios de esclavos, quienes estuvieron a un paso de controlar a Kentucky, y "trata de evitar cualquier escisión abierta con ellos". Por otra parte, "le llevará años aprender a combinar sus escrúpulos legales con las exigencias de de la guerra civil".

No obstante, aunque "la necesidad de conservar de buen humor a los esclavistas "leales" de los Estados fronterizos . . . ha obligado (al gobierno de la Unión) a encubrir el principio de la guerra y a perdonar el punto más vulnerable del enemigo, la raíz del mal, la esclavitud misma, . . . los propios acontecimientos llevan a la promulgación de la consigna decisiva: la emancipación de los esclavos".

"Hasta ahora —insiste Marx en "Die Presse" del 9 de agosto de 1862— sólo hemos presenciado el primer acto de la guerra civil: el librar constitucionalmente la guerra. El segundo, el de librarla en forma revolucionaria, está cerca".

La previsión, casi un pronóstico, se reveló sorprendentemente exacta. Estimulada por tribunos enérgicos, la intuición popular abrió curso a las presiones objetivas de la situación. La alianza con los esclavistas leales, lejos de fortalecer el frente lo debilitaba, pues privaba a la lucha de su sentido más profundo, desalentaba a los sectores más enér-



gicos, mantenía en la pasividad a los negros y protegía la retaguardia del enemigo.

Bajo el fuego cruzado de la marea popular y los manejos de los esclavistas fronterizos, Lincoln evita definirse y sólo exhorta a una renuncia voluntaria. Pero su actitud se ha vuelto insostenible.

En una serie de cartas de mediados de 1862, Engels expresa su pesimismo sobre la evolución de la guerra: "Nada serían los reveses, si al menos sirvieran para que el Norte la librara en forma revolucionaria; pero ahí está el problema: las derrotas no pusieron en movimiento a los yanquis y los hicieron aflojar..."

Además, ¡qué cobardía en el gobierno y en el Congreso! Temen a la conscripción, a los resultados pasos financieros, a los ataques a la esclavitud, a todo lo que es urgentemente necesario...

Si el Norte no procede de inmediato en forma revolucionaria, recibirá una tremenda paliza. Se la merece, y parece que la recibirá".

Hacia la misma fecha en que envía su artículo a "Die Presse", Marx contesta a Engels:

"No comparto en absoluto tus puntos de vista en cuanto a la guerra civil norteamericana, (pues a pesar de todo) al final el Norte hará la guerra en serio, adoptará métodos revolucionarios y sacudirá la dominación de los políticos de los Estados fronterizos. Un solo regimiento negro ejercerá un extraordinario efecto en los nervios de los sureños..."

"El Noroeste y la Nueva Inglaterra desean obligar al gobierno, y lo harán, para que abandone los métodos diplomáticos de conducir la guerra... Si Lincoln no cede (lo cual hará, empero) estallará una revolución".

Marx apreciaba, sin embargo, la firmeza de Lincoln y su aptitud para marchar con los acontecimientos:

"El presidente Lincoln nunca aventura un paso hacia adelante antes que la corriente de las circunstancias y las exigencias de la opinión pública general impidan mayor dilación. Pero una vez convencido de que se ha llegado a tal punto decisivo, entonces sorprende a amigos y enemigos con una rápida operación".

En octubre de 1862 el presidente da el paso decisivo proclamando abolida la esclavitud, en momentos en que los confederados habían lanzado una seria ofensiva sobre la cuña de Kentucky. Poco después destituye a Mc Clellan poniendo fin a las vacilaciones del mando militar.

La abolición modifica el alineamiento de fuerzas, no sólo porque incorpora activamente a la lucha al elemento negro, sino también porque ahora muchos esclavistas "leales" emigran al Sur desde los Estados fronterizos, con lo cual desaparece la principal fisura del frente interno.

"Así, pues, la propia guerra presenta una solución, revolucionando, en realidad, las formas sociales de los Estados fronterizos".

Este optimismo parece exagerado a Engels ante el triunfo del Partido Demócrata en las elecciones de noviembre. La emancipación de los negros, piensa Engels, no ha despertado entusiasmo popular. Por el contrario, "temerosos de una invasión de los negros, el Noroeste ha votado por los demócratas".

"No considero tan malas las cosas, responde Marx. La victoria demócrata se explica por la mala conducción bélica y los errores financieros del gobierno. Además, es una reacción que enfrentan todos los movimientos revolucionarios".

Tal como Marx lo preveía, Lincoln no confirmó los temores de Engels, que eran esperanzas del Partido Demócrata de concluir la paz y revocar la proclama de emancipación.

"Los diarios demócratas han afirmado —escribe Marx en "Die Presse", que la victoria (de su candi-

dato) Seymour como gobernador de Nueva York impondría la inmediata revocación de la proclama en la que Lincoln declaraba abolida la esclavitud".

Pero el presidente no se dejó intimidar: "¡La destitución de Mc Clellan! Esa es la contestación de Lincoln a la victoria de los demócratas en las elecciones".

---

## CONCLUSION

---

Ponemos aquí punto final a esta, que no pretende ser una historia de la guerra civil sino una reflexión en torno al análisis de un contemporáneo.

Ese análisis encierra virtualmente, y a través de un caso específico, una teoría del "subdesarrollo" como forma particular de dominación de clases y dependencia nacional, y de la lucha contra el "subdesarrollo" como forma particular de lucha de clases.

Esa lucha de clases se inscribe en el ciclo de las revoluciones nacionales, pues al reordenar la estructura social interna las clases revolucionarias remueven el obstáculo que traba el desenvolvimiento moderno de las fuerzas productivas, asegurando así los prerequisites materiales de la existencia nacional independiente y soberana.

No queremos abandonar el tema sin formular observaciones complementarias.

La primera de ellas vuelve sobre el revolucionarismo de la burguesía, siempre reacia a aceptar sus responsabilidades decisorias, aun en el período de las revoluciones burguesas clásicas, cuando el capitalismo y el mercado mundial eran todavía **sistemas abiertos**.

No significaba esto último que se excluyese la tendencia a monopolizar situaciones de privilegio industrial de parte de los países avanzados, especialmente Inglaterra; pero los medios disponibles para asegurar esa hegemonía eran entonces limitados, por el escaso desarrollo de la concentración y de la exportación de capitales, y por la existencia de vastas zonas abiertas a la colonización.

Empujada a la senda revolucionaria como cuestión de vida o muerte, la burguesía norteamericana se resiste hasta último momento a reconocer el dictado de la necesidad histórica. Por eso mismo, consumada la derrota del Sur, apresura una reconciliación general de las clases explotadoras que limitará a los imprescindibles los cambios sociales de la guerra civil. La cuestión nacional negra es la herencia de esas vacilaciones sobre las que Engels llamó justamente la atención.

Como hemos dicho en otro lugar, la descomposición del imperialismo suscita en las metrópolis el renacimiento de viejas contradicciones mal resueltas durante el período del ascenso burgués, contradicciones que se impregnan del nuevo contenido histórico, inherente a la crisis del capital monopolista.

La segunda observación atañe a la relación entre la guerra civil norteamericana, el apoyo inglés a los confederados, la nueva Santa Alianza europea delineada entorno a esa política, y nuestras repúblicas sudamericanas.

La intervención de Napoleón III en México, con anuencia y complicidad británicas, para imponer la monarquía de Maximiliano, aprovechaba la oportunidad de la guerra civil norteamericana, que ató las manos del Norte.

Una serie de indicios puntualizados por Marx hacían suponer que la intervención en México preparaba una acción directa en Estados Unidos, que fracasó por la resistencia nacional del pueblo mexicano.



Es muy verosímil, además, que el endurecimiento de la política británica en el Río de la Plata, particularmente la guerra de la Triple Alianza en el Paraguay, respondiera en parte a una búsqueda de mercados sustitutivos del algodón provisto hasta entonces por los plantadores esclavistas sureños. También es sintomático el interés que hacia la misma época suscita el cultivo del algodón en varias provincias argentinas, entre ellas Santiago del Estero.

La tercera consideración atañe a las concepciones de Lincoln sobre el problema social. En su conceptuosa respuesta a la nota de la Internacional (que lo vuelve automáticamente sospechoso para la CIA, la SIDE y otras "honorables sociedades"), el presidente norteamericano se delimitaba respecto al programa de socializar los medios de producción y de cambio. Pero su punto de vista no era tampoco el del gran capital.

Según Lincoln, la condición del obrero asalariado no era la condición típica del trabajador norteamericano. Se trataba, más bien, de una etapa transitoria, pues todo hombre joven, previsor y enérgico podía aspirar a establecerse por su cuenta tarde o temprano.

Esta concepción tenía cierto asidero bajo condiciones de mercado abierto y frontera interior libre, que rápidamente desaparecieron al intensificarse el proceso de concentración y monopolización. Aparece, pues, Lincoln como un representante de la pequeña burguesía democrática a través del cual se consuma la revolución burguesa norteamericana. Su rechazo de la socialización no se funda en el elogio al gran capital sino en la creencia de que es posible mantener un sistema de mercado en el cual prevalezcan los pequeños productores independientes. Tal esperanza era utópica, pero daba a entender con justicia que el dominio del gran capital podía convertirse en una forma de esclavizamiento mediante la cual ciertos hombres dispusieran de la vida y el trabajo de los otros, realizando así la "libertad del lobo".

La última consideración atañe a la polémica sobre la naturaleza social del régimen colonial iberoamericano, si "feudal" o "capitalista".

Sostienen esto último autores como Paul Sweezy y Gunther Frank, fundándose en la creencia de que Hispanoamérica fue colonizada con vistas a proveer de mercancías (incluidos los metales preciosos) al incipiente capitalismo europeo.

Sin duda, el sobretrabajo americano cumplió un papel importante en lo que Marx llama "acumulación capitalista primitiva" y, desde un comienzo, la economía hispanoamericana aparece vinculada al mercado mundial como causa impulsora.

La discusión parecerá quizás bizantina si no atendemos a sus miras políticas concretas, a saber, dar "dimensión histórica" a la estrategia "socialista" de la revolución latinoamericana.

Tampoco aquí parecemos pisar suelo real, ya que nadie discute hoy seriamente (fuera de los PC oficiales) la posibilidad de una "etapa" capitalista nacional autónoma para los países semicoloniales enfrentados al imperialismo.

Cierto que algunos de esos autores han descubierto tardíamente que la división del proceso revolucionario en "etapas" era un engendro stalinista que resucitaba la vieja alianza menchevique con la "burguesía revolucionaria", escudándose en la tergiversación de una fórmula de Lenin que éste por otra parte abandonó ya en abril de 1917.

Se entiende que estos autores quieran explicar (y, sobre todo, explicarse) la revolución cubana, cuyo carácter permanente descubren sus jefes sobre la marcha, al modo de Lincoln descubriendo que "salvar a la Unión" era llevar una lucha de clases contra la esclavitud.

La revolución semicolonial, lejos de cristalizar en etapas autónomas, sólo se consolida avanzando hasta convertirse en la primera etapa de la revolución socialista.

La revolución agraria que dio el poder a Fidel Castro se habría esfumado si no planteaba desde el poder la independencia política y económica frente a EE. UU. Pero al plantear las tareas nacional-democráticas, la respuesta yanqui y la desertión de la "burguesía" cubana sacaron a luz un antagonismo irreductible que sólo se resolvía, o por la renuncia al terreno conquistado (recolonización, expropiación campesina, pseudo-democracia de los partidos cipayos), o por la reorganización socialista de la economía cubana.

La inteligibilidad del proceso no ofrece dudas desde el punto de vista de la teoría de la revolución permanente.

Pero quienes emergen del cataclismo que sepultó las tradiciones, el nivel y los huesos de la generación leninista (culminación de un siglo de "inteligencia" revolucionaria rusa y socialismo europeo), pasando por los procesos de Moscú; la entrega del proletariado español a la República burguesa y a Franco; el "browderismo", la Unión Democrática, el linchamiento de Villarreal; el desarme del "maquis" y la reconstitución del Estado burgués en Francia, Italia y Bélgica; el bloqueo a Yugoslavia y la entrega de la guerrilla griega; el pacto Stalin-Chang Kai Shek contra el P. C. chino; la entrega de los comunistas vietnamitas por el P. C. francés, el asesinato de Trotsky; el terrorismo ideológico y la adulteración medievalista del marxismo (para citar algunos ejemplos), no pueden librarse fácilmente de sus costumbres escolásticas, y caen en la versión bujarinista de la revolución permanente, es decir, reemplazan el análisis concreto de las contradicciones y su desenvolvimiento dialéctico por una proyección retrospectiva del "resultado final".

En otros términos, aíslan el movimiento revolucionario de su curso histórico real.

Para ello, nada mejor que convertir en un bloque homogéneo el complejo panorama de la realidad contemporánea, que se unifica, es cierto, en la realidad del mercado mundial imperialista, pero por un mecanismo de integración de los contrarios.

Si la colonización de Iberoamérica ya fue capitalista, es claro que no hay diferencia sino de matriz entre la revolución socialista postulada para los países avanzados y la revolución en las semicolonias.

Se evade así la naturaleza de la contradicción fundamental en estas últimas, que es de carácter nacional y agrario.

Cuando decimos "contradicción fundamental" nos referimos a la fuente primaria de la energía impulsora revolucionaria; a la contradicción que, por no ser resuelta, genera la crisis y pone las condiciones para la movilización de las masas, permitiendo aislar al bloque de las clases opresoras y articular un vasto frente de lucha cuya eficacia requiere, sí, el acceso al liderazgo de la clase obrera con organización y banderas socialistas revolucionarias. Aislar el movimiento socialista revolucionario de las energías históricas impulsoras es condenarlo a la esterilidad o a la provocación.

Si la revolución latinoamericana brota desde un terreno "capitalista", es claro que el peronismo en su tiempo, o los actuales procesos de Perú, Bolivia y Chile, resultan sin más maniobras diversionistas del "enemigo de clase". Algunos vacilan ante las conclusiones más insensatas, pero esta medicina de sentido común nada resuelve.

Aclarado el transfondo político de la discusión teórica, pasemos a considerarla brevemente en lo que atañe al tema de este escrito.

No creemos que para fundamentar la crítica al reformismo stalinista en América Latina sea ne-



cesario incurrir en el error simétrico.

Está claro, por de pronto, que los países avanzados no muestran a nuestras semicolonias su futuro, que existe un sistema mundial imperialista cuyos componentes necesarios son los metrópolis altamente desarrolladas y el denominado "atraso" de las semicolonias.

Este último no es función, rémora o herencia del pasado, sino algo tan "presente" como los viajes espaciales o la electrónica. Mal puede hablarse genéricamente de "feudalismo" (que es el modo "marxista" de nombrar a la "barbarie" o "subdesarrollo") cuando la estructura originaria del atraso descansa sobre la relación semicolonial, independientemente de la persistencia o no de estructuras precapitalistas internas, que en el caso argentino, por lo demás no existen.

Pero este "descubrimiento" no se presta a las conclusiones simplistas de Sweezy, Frank y seguidores, como, por otra parte, lo revela la simple lectura de Paul Baran en su "Economía política del desarrollo".

Lo que importa es saber si un sistema de relaciones económico-sociales, capitalista no, opera como impulsor o compresor de la "revolución industrial" en los países dependientes. Si respondemos esto último la dinámica revolucionaria se dará a partir de un sustratum nacional-democrático en cuyo cauce —y sólo en él— la desembocadura del poder obrero y socialista llega a ofrecerse a la conciencia general como la última salida posible y necesaria.

Los teóricos de la colonización capitalista parten de una gruesa confusión que nada tiene que ver con Marx ni con el sentido común, entre capitalismo y régimen de mercado.

Llamar capitalismo a la mera producción de mercancías, aunque sea en gran escala y con destino a economías capitalistas, es caer en el economicismo histórico más vulgar.

El hecho de que el sobretrabajo de áreas precapitalistas afluya al ciclo de valorización del capital metropolitano, tampoco tiene relevancia para caracterizar socialmente esas áreas.

La exactitud de semejante caracterización no es un prurito teórico, sino condición para evaluar con acierto las tendencias objetivas a que responden las diversas clases sociales internas, el modo específico de su inserción en la sociedad global y la peculiar relación de ésta y aquéllas con el sistema capitalista mundial.

No es posible confundir mercado y capitalismo, como lo hace a menudo la economía burguesa y lo están haciendo sus singulares epígonos "marxistas". Se comprende que aquélla sí lo haga, y guste denominar al capitalismo "régimen de mercado", precisamente, porque así lo libera de su particular condicionamiento histórico, proyectándolo a una especie de eternidad donde caben los emporios fenicios y los mercaderes del Rey o del Dios en las ciudades sumerias de hace 5 o 6.000 años.

No se comprende, en cambio, que haya "marxistas" empeñados en confundir las relaciones sociales de producción, o sea, en consecuencia, el modo específico de apropiación del excedente, con el destino ulterior del valor de uso producido o del sobretrabajo en él cristalizado.

Esta burda confusión que pretende fundarse en el hecho de que el "mercado mundial" impulsó el desarrollo de la economía mundial iberoamericana, olvida examinar por de pronto de qué "mercado mundial" está hablando, como si sólo existiera el "mercado mundial capitalista", algo que sólo se le ocurre a quien equipara mercado con capitalismo. La antigüedad mediterránea, ¿no organizó su mercado mundial esclavista? ¿Puede afirmarse que la burguesía española, aplastada en Villalar, impulsó la colonización americana, o lo hizo la monarquía semi-

asiática más que absoluta, tal como la define Marx? ¿No es acaso, que la colonización, antes que determinada por un inexistente capitalismo europeo, contribuyó a su formación?

Pero saquemos a estos "marxistas" de su atolladero proponiéndoles un ejemplo indiscutible, el del desarrollo de la economía esclavista algodonera en el Sur norteamericano, donde no es el mercantilismo de las monarquías absolutas la causa impulsora, sino la revolución industrial británica.

La oligarquía sureña nace de los telares mecánicos ingleses, es una de las bases fundamentales del sistema capitalista fabril de Inglaterra. ¿Esto convierte al Sur en una estructura capitalista? ¿Debió sostenerse, por lo tanto, que la lucha entre las clases dominantes del Sur y las del Norte era una lucha interna entre facciones burguesas con las que nada tenía que ver la clase trabajadora?

"El monopolio del algodón de los Estados esclavistas norteamericanos no es un monopolio natural sino histórico. Nació y se desarrolló juntamente con el monopolio de la industria algodonera inglesa en el mercado mundial", desde el momento en que Whitney inventa en 1793 la desmotadora de algodón, escribe Marx en "Die Press".

"La moderna industria británica en general —reitera— confía en dos puntos de apoyo igualmente monstruosos. Uno era la papa como único medio de alimentación en Irlanda y de una gran parte de la clase obrera inglesa ... El segundo apoyo ... era el algodón cultivado por los esclavos de los EE.UU... En tanto los manufactureros ingleses de algodón dependieron del cultivo por los esclavos, podía afirmarse con confianza que descansaban en una esclavitud doble: la esclavitud indirecta de los blancos en Inglaterra, y la esclavitud directa de los negros del otro lado del Atlántico".

Todo el análisis de Marx, lejos de meter en la misma bolsa a los dos campos, los distingue y contrapone rigurosamente. Partiendo de la relación de producción, del modo específico de apropiación, explica la ley económica que rige el sistema esclavista sureño determinando la conducta de su clase dominante, a la cual, dicho sea de paso, se abstiene de llamarla burguesía y la denomina sistemáticamente oligarquía, término aborrecible para nuestro izquierdistas cipayos por su olor a yrigoyenismo, a peronismo, a "reformismo burgués".

Para Marx, la contradicción fundamental que explicaba la guerra civil y su carácter era la contradicción entre esa oligarquía esclavista y el Norte burgués. Ciertamente, "creando" al Sur, apoyándolo, estaba la Inglaterra fabril, otra burguesía. Podría, pues, decirse que, en último análisis, se enfrentaban la burguesía nortea y al burguesía inglesa, a condición de no deducir de allí que la clase trabajadora debía permanecer ajena a ese "conflicto interno" de la clase dominante.

Convendría que los teóricos del capitalismo colonial iberoamericano y del "capitalismo-producción para el mercado" refutasen a Marx —¿diremos, al marxismo?— en este punto tan molesto y decisivo.

Podrán provisionarse de argumentos sin límites en las colecciones de "The Times" y "The Economist" de la época.

Podrán acusar de oportunismo a Marx, por haber apoyado a "un sector" de la burguesía contra "otro sector", en vez de proclamar el derrocamiento "revolucionario" de Lincoln.

Y hasta (exprimiendo un poco más el ingenio) podrán acusarlo de representar a la "barbarie" por haber defendido a los Estados del Norte y a México contra la burguesía librecambista inglesa, que en aquella época encarnaba el "progreso histórico". Pero quizás este último sea un honor reservado el señor Leonardo Paso.



# PETER WEISS

## acusa al stalinismo

### Carta a Lew Ginsburg

¡Estimado Lew Ginsburg!

En el periódico de la Asociación de Escritores Soviéticos del 31 de marzo de 1970, se vuelve usted contra mi pieza teatral "Trotzky en el exilio". Me acusa usted de falsificación de la historia, utilización de documentos falsos y deformación de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

Cierto es que mi relato sobre la revolución y los camaradas de lucha de Lenin no coincide con la imagen que por más de cuatro décadas se ha presentado en la Unión Soviética. De hecho es la pieza un ataque contra esa descripción, porque yo parto de una realidad distinta a la que ha determinado la imagen que se considera válida en los países socialistas.

A pesar de que el contenido de mi obra puede ser considerado —desde el ángulo que usted lo mira— como provocativo, era de esperarse en usted el conocimiento sobre el origen de la parcialidad soviética respecto de la figura de Trotzky. Las pruebas aportadas por la investigación marxista de la historia son tan abundantes, los propios escritos, documentos y protocolos referentes al verdadero estado de cosas, hablan un lenguaje tan claro, que imposibilitan todo intento de refutación en una discusión seria de la cuestión.

Dejemos de lado el hecho que usted representa esa corriente de opinión que sostiene que aún no es tiempo de revelar la verdad sobre una época de significación fundamental, y que por lo tanto, ciertas simplificaciones deben ser conservadas para ser utilizadas en la agudizada lucha ideológica contra el imperialismo. Aun así podría, sin embargo

El célebre dramaturgo germano-sueco Peter Weiss, autor de la famosa pieza teatral "Marat-Sade" y de su reciente tragedia "Trotzky en el exilio" representada triunfalmente en Europa, escribe una carta abierta a Lew Ginsburg, el traductor soviético de toda su obra anterior, que al tiempo de rehusarse a vertir al ruso su último drama, lo acusó en la prensa de la burocracia del Kremlin de "falsificación" histórica. La versión castellana de esta carta de Weiss que publicamos pertenece a la revista "Punto de vista", órgano de los Sindicatos Suecos, Estocolmo, VTGJ.

presuponer que mi trabajo no puede ser abordado como una cuestión de falsificación, sino como un intento de restablecer las justas proporciones históricas.

### LA CRITICA FUNDAMENTAL DEL MOVIMIENTO OBRERO

Después podría muy bien discutirse si una pieza semejante sirve a los intereses actuales del socialismo o si podría ser aprovechada por las fuerzas antisoviéticas. Pero ya Marx —en su prólogo al 18 Brumario— y más tarde repetidas veces Lenin, señalaron que la ocultación de las debilidades y conflictos nunca puede ser de gran provecho para el socialismo, y que solamente su descubrimiento y análisis produce fortalecimiento. La crítica despiadada de todos los defectos del propio bando fue de siempre el principio fundamental del movimiento obrero.

Este es el motivo por el cual yo puse la exigencia de veracidad por encima de los miramientos partidistas temporales.

El argumento de que el mundo burgués podría utilizar a Trotzky y las ideas que él defiende como un arma contra el socialismo, es insostenible. En su obra no existe nada que hable en beneficio de la burguesía. Cuando él atacó a los partidos comunistas fue para reprocharles el no haber combatido al capitalismo y al fascismo en forma suficientemente dura y efectiva. Su crítica de los estados socialistas se orientó contra su deformación burocrática. Lo que él demandaba era el retorno a las tradiciones revolucionarias. Y hasta su muerte —a menudo oponiéndose a sus partidarios— unió a sus polémicas y proposiciones la llamada a la necesaria solidaridad con el Primer Estado Obrero.

La circunstancia de que sus trabajos y los de sus biógrafos sólo circulen en los países occidentales no se vuelve contra él, sino contra los que por la violencia han tratado de ubicarlo del lado del enemigo y lo han borrado de los anales de la revolución.

¿Qué representa Trotzky hoy, treinta años después de su muerte? ¿Qué peligros pueden ser relacionados con él y convertirse en la causa de que su nombre todavía se cubra en los países socialistas con ese tabú histórico único, y su actividad sea objeto de un proceso de obscurecimiento que es incompatible con el materialismo dialéctico?

Es de una claridad meridiana que lo que le ha



hecho merecedor de la calumnia y la marca de fuego de que se le ha hecho objeto ha sido su profunda visión sobre la revolución permanente y su toma de partido a favor de una lucha ininterrumpida de liberación de todos los continentes. A la base de esto se encuentra, persistentemente renovada, su ruptura con Stalin, ocurrida cuando Trotzky opuso su anatema internacional al principio de la construcción del socialismo en UN SOLO país.

Ni siquiera compartiendo la opinión de que el camino seguido por Stalin era inevitable a causa del cerco capitalista de entonces, podemos dejar de advertir cuán absurda es la discrepancia que existe entre la infamante imagen de Trotzky creada por Stalin y las verdaderas ideas de aquél, sus lineamientos y sus pronósticos.

---

## TROTSKY COMO CABEZA DE TURCO

---

Hoy, en 1970, cuando los países socialistas festejan el Centenario del nacimiento de Lenin, alcanza la campaña contra Trotzky un nuevo apogeo. Con grandes esfuerzos, la caricatura que de él se ha hecho será refrescada y actualizada. No es una casualidad que los homenajes a Lenin —que llegan hasta la adoración— coincidan con la compacta condenación de Trotzky. En la controversia sobre la correcta interpretación del marxismo-leninismo, Trotzky ofrece suficiente material como para poder hacer de cabeza de turco para los más heterogéneos fenómenos que se oponen a las directivas del partido soviético.

Así por ejemplo, en la obra publicada por la Academia de Ciencias Sociales del CC del PCUS "La lucha del partido bolchevique contra el trotskismo en el período posterior a la Revolución de Octubre", se acentúa especialmente la afinidad entre las ideas de Trotzky y el "Grupo de Mao Tse Tung". La militarización del partido y el estado chino, la preparación para la guerra —como el mejor medio para producir la revolución mundial— se consideran deducidas de los métodos de Trotzky. También aquí influyen los aún no aclarados acontecimientos que contribuyeron a la excomunicación de Trotzky de la Unión Soviética, cuando éste abogó por la ayuda a los revolucionarios chinos y tomó partido contra Stalin y el Comintern, los cuales prefirieron un pacto con Chiang Kai Shek y permitieron la masacre del proletariado de las ciudades.

Por ese entonces, cuando Trotzky, al igual que Lenin, ponía sus esperanzas en la revolución china; cuando él, todavía en coincidencia con las ideas de Lenin, veía la posibilidad de una victoria del socialismo sólo si la revolución prendía en todo el mundo, no estaban creadas por cierto las condiciones para tal cosa, o mejor dicho, esas condiciones permanecieron en gran medida desaprovechadas. Pero hoy asistimos a una liberación de las fuerzas por cuyo desarrollo trabajaron ambos revolucionarios.

Algo que no es tomado en consideración, pero que sin embargo tendría que interesar a los estudiosos de los países socialistas, es la investigación de las realidades históricas que ocasionaron las tesis y la acción política de Trotzky. A estas realidades pertenece, entre otras, la cuestión sobre en qué circunstancias su opinión de que el trabajo debía militarizarse en la última etapa de la lucha por el comunismo, hubo de ceder ante una nueva concepción: la necesidad de una vastísima participación de los soviets de trabajadores en la política y la economía.

Una confirmación de la influencia trotskista en las acciones guerrilleras de Bolivia, Perú o Brasil, no puede honrar a Trotzky de otro modo que en el sen-

tido de que él jamás se hubiese opuesto y desechado esas fuerzas (unas por haber luchado antes de tiempo y otras por actuar equivocadamente) y no hubiera ridiculizado su estrategia y desautorizado a sus líderes. El proceso que comenzaba así a tomar forma, del mismo modo que en China, a través del desplazamiento de los centros de gravedad revolucionarios hacia el campo, es algo que él empezó a comprender en la última parte de su existencia: ya no creía más en una revolución que se extiende desde el campo hacia las ciudades. Una y otra vez señaló que era el proletariado de las ciudades, la clase obrera instruída y organizada, la vanguardia de la revolución.

El levantamiento de Mayo de los trabajadores y estudiantes parisinos, es llamado en ese libro una revuelta de "tipo anarco-aventurera" provocada por "consignas trotskistas-maoistas". De este modo se ha desfigurado groseramente el acontecimiento más grande de los últimos años en el que se demostró que una situación revolucionaria puede ser producida en un país altamente industrializado. Y las tendencias anarquistas presentes en esos acontecimientos no pueden achacarse a Trotzky, quien siempre se opuso a la anarquía y al terror individual. Mucho más positivo hubiese sido producir un informe de las verdaderas relaciones de fuerza y finalidades del levantamiento, y una explicación de por qué fue reprimido y derrotado.

En lo que se refiere a la señalación de grupos trotskistas en el movimiento reformista checoslovaco, esto es coincidente con el esfuerzo de lograr allí una democracia obrera y una abierta política cultural. Del mismo modo se pueden encontrar lineamientos comunes a los de Trotzky en el "radicalismo de izquierda" de comunistas italianos.

---

## EL TROTSKISMO REDIVIVO

---

Pero lo que aquí nos interesa —y nunca podrá ser aclarado a través de imprecisas refutaciones— es preguntar de qué modo la alternativa Trotzky tomó nuevo cuerpo con posterioridad a la época del culto de Stalin.

Es cuestión de saber en qué medida Trotzky y Stalin siguen viviendo hoy, después del triunfo de la Revolución en Vietnam, en China, Corea y Cuba; después del prólogo a la lucha de liberación en África y América Latina. Es cuestión de saber qué es lo que de ellos ha encontrado nuevas y apremiantes formas, y en qué definidas circunstancias esto es utilizable y necesario. El trotskismo es presentado como un portavoz de la violencia ciega, como la posición contraria al principio de la coexistencia pacífica, y de ese modo se subraya el hecho de que problemas de índole totalmente diferente se esconden bajo una formulación anticientífica, problemas que no se desean discutir.

En la obra citada más arriba se describe la perniciosa influencia de Trotzky en el presente. En otro trabajo, (la gran biografía de Lenin publicada en 1970 por el Instituto de Marxismo Leninismo del CC del PCUS) se procede a su sistemática eliminación de todos los acontecimientos prerevolucionarios y revolucionarios. Ciertamente que el culto stalinista de la personalidad es tratado aquí críticamente, si bien del modo acostumbrado que a nada compromete, y sin que el origen y las consecuencias de este síntoma sean expuestas. Pero aparte de eso se conservan las despreciativas opiniones que sobre los miembros de la guardia bolchevique del buró político de Lenin difundiera Stalin, y que alcanzaron su terrible cul-



minación durante los procesos-farsas que tuvieron lugar entre 1936 y 1938. De este modo, la posición de Stalin es justificada indirectamente, al no tomar en consideración la exigencia de Lenin en el sentido de que sus colaboradores no debían cargar con la culpa de los reconocidos errores del pasado.

---

## LA CONSPIRACION DEL SILENCIO

---

Al relatarse la revolución de 1905, no se escribe ni una sola palabra sobre Trotzky, que por ese entonces era presidente del soviet de Petrogrado. En la sección dedicada a la Gran Revolución Socialista de Octubre, se hace referencia a una sola y deformada cita que lo hace aparecer como enemigo de la insurrección armada, a pesar de que él, en realidad, quien planeó y organizó la revolución. Ni siquiera se INSINUA que Trotzky fundó el Ejército Rojo y que después de tres años de lucha lo condujo a la victoria sobre las fuerzas intervencionistas de los aliados y la contra-revolución rusoblanca, ni que su actuación fue decisiva en lo referente a la Nueva Política Económica, y tampoco que participó del debate y la sanción de las bases para la Internacional Comunista, las relaciones exteriores y la vida cultural del Joven Estado Soviético.

Simplemente con fijarnos en el fracaso de su tesis de Brest "Ni guerra ni paz" y en su controversia con Lenin acerca de la cuestión sindical podemos darnos cuenta de que estas son cosas que sólo se dejan discutir tomando en consideración las complicadas circunstancias, con lo que el modo de actuar de Trotzky puede ser entendido en cada paso.

Primero, con perseverante energía, describen los historiadores soviéticos a Trotzky, durante 787 páginas, como "el peor enemigo del leninismo", para que luego lo absurdo de su tarea caiga sobre ellos mismos cuando el sorprendido lector socialista del testamento de Lenin (ese documento llamado Carta al Congreso del Partido), que no es posible guardar en secreto por más tiempo, se tropiece con el hecho de que Lenin lo señale como el más capaz del cuadro de líderes del partido.

Aquí aparece todo el dilema de la historiografía que no se atreve a enfrentarse con un decisivo complejo evolutivo, y que ante el temor que le inspiran las fuerzas que podrían liberarse, prefieren colocar al ignorante delante de un sistema indefinido e irracional: "el trotskismo".

Naturalmente, los historiadores de los países socialistas conocen las aportaciones de Trotzky, y saben en qué alto grado las valoraba Lenin. Ellos conocen también sus trascendentales trabajos de publicista sobre todas las cuestiones de una época: un trabajo que podría ayudar a las jóvenes generaciones socialistas a comprender mejor la actual situación revolucionaria. Pero mientras subsista el espantajo de Trotzky que Stalin inventara, se puede evitar el ajuste de cuentas decisivo con el estalinismo.

La historia de la revolución, ese proceso vital y lleno de color, se convierte de este modo, en manos de los historiadores soviéticos, en un relato pobre y monótono en el cual Lenin aparece, aislado y heroico, en un cuarto vacío.

---

## EL TRAUMA DEL SILENCIO

---

La eliminación de figuras y acontecimientos centrales de la conciencia de la población, el silenciamiento

de una lucha ideológica que incendió los ánimos, la edificación de toda una vida sobre una historia ficticia y las severas sanciones contra las voces críticas, todo esto ha conducido a un trauma social que a largo plazo es insoportable.

Piezas como "Trotzky en el exilio" —parecidas podrán seguramente hallarse en los cajones de los escritores socialistas— deben, por eso, ser puestas en escena en los teatros de Moscú, Praga, Budapest, Rostok o Berlín oriental para que al fin sean desnudadas las raíces, las motivaciones de los conflictos que hoy colocan al movimiento comunista mundial ante una decisiva prueba de su solidez. Para poder hacernos una imagen del modelo revolucionario básico, una imagen que corresponda a la concepción marxista de la historia, debemos estudiar a los más cercanos compañeros de lucha de Lenin e incluir en nuestra discusión las cuestiones controversiales, las contradicciones, las dificultades y los errores del período antes a la Revolución de Octubre y de la primera edificación socialista.

---

## EL EJEMPLO DIALECTICO DE LA CONDUCTA DE LENIN

---

El centenario de Lenin es el justo momento en el tiempo para asumir esta franqueza. En el estudio de la revolución encontramos que fue precisamente bajo la presión de las ideas contrapuestas, de las acaloradas disputas sobre táctica y estrategia, que se desarrollaron los lineamientos bajo los cuales el estado soviético cobró forma.

Aun cuando Lenin también entendió que en momentos críticos debía hacer prevalecer sus decisiones sobre las opiniones de muchos de sus compañeros, su grandeza se muestra, sin embargo, no en aislada soledad, sino en su receptividad para con los argumentos que le presentaron los que, junto con él, fundaron lo totalmente nuevo; en su fina capacidad para escuchar las leyes de la dialéctica, que no puede existir sin tesis y antítesis.

---

## LA ABOLICION STALINISTA DE LA DIALECTICA

---

Esta dialéctica fue abolida en 1927, cuando Eisenstein, después de haber concluido su film "Octubre", fue obligado por Stalin a barrer de éste la figura de Trotzky. Muchos representantes de la **intelligencia** soviética han dado, durante el correr de los años, expresión a su esperanza de que la obra fuese presentada en su totalidad, pero todo ha sido en vano. El corto período de autocrítica y nuevos intentos de análisis histórico, posterior a las revelaciones de Krutschev en el vigésimo congreso del partido ocurrido en 1956, fue encomendado al olvido. Sin embargo, se demuestra que todavía existe el anhelo de explicar el pasado, en una escena de la película "El 6 de julio". Esta obra, presentada en 1969 y que teniendo en cuenta las restricciones impuestas por el pensamiento oficial debe ser considerada una no despreciable realización, contiene una secuencia en la que Lenin pide comunicación telefónica con el "comisario del pueblo para la Defensa", es decir —como todo iniciado comprende— como Trotzky, quien en esa oportunidad desbarató la revuelta de los socialrevolucionarios.



## EL RESTABLECIMIENTO DE LA DIALECTICA COMO CRITICA

Como autor cuya obra persigue en su totalidad mostrar cuantos ejemplos se den de mentira, injusticia y opresión y tratar por todos los medios de compatirlas, esa supuesta necesidad a echar mano del "lenguaje de los esclavos" en un estado socialista se me antoja un escarnio contra los fundamentos del marxismo y contra todos los intentos de avance en el terreno de la educación en los países socialistas. Pues son precisamente estas cosas las que debieran haber visto fortalecida su posición actual gracias a la confrontación con materias de carácter controvertido.

La siguiente pregunta debe formularse a aquellos que buscan expresiones negativas de Lenin sobre Trotzky en los tiempos de discordia anteriores a la revolución, y en la discusión de problemas surgidos inmediatamente después de Octubre, para, a partir de allí, fortalecer la desfigurada imagen de Trotzky que ellos tienen: ¿Cómo hubiese podido todo desarrollarse de otra manera, sin violentas refriegas, en un momento en que debieron probarse todas las proposiciones, todas las relaciones, todas las formas de lucha; cuando las más divididas opiniones se encontraban y debían someter a prueba su sustentación, cuando todavía no estaba fijado ningún camino que llevase a la caída del viejo ordenamiento de la sociedad?

¿Y cuál fue el área de actividad de los revolucionarios, cuál su actuación; qué realizaron ellos además de los duelos de palabras; además de la imprescindible oposición entre ellos; y contra qué pulieron ellos sus argumentos y acrecentaron su fuerza?

¿Cómo hubiese sido posible para Lenin, sin esa objetividad, no perder de vista las buenas condiciones de Trotzky durante ese decenio de las más violentas contradicciones; ni tampoco las de Sinoviev, Kamenev, Rykov, Bujarín o Piavtakov, a pesar de estar enredado en las más exasperadas contiendas justamente con ellos? ¿Hubría Lenin permitido—cuando le hubiese sido posible en el fragor de la batalla censurarlos, escarnecerlos, insultarlos— que legaran a ser y permaneciesen miembros del buró político, si no hubiera estado convencido del carácter insobornable, de la básica postura revolucionaria de esos hombres?

No fue Lenin quien después de la Revolución de Octubre trajo a colación las superedas desavenencias de antaño. Fue Stalin quien las colocó de nuevo ante candilejas, porque él quiso fortalecer su posición de poder distanciándose primero de los compañeros de lucha de Lenin, para terminar sumiéndolos en la ruina.

En su "Carta al Congreso del Partido" Lenin previene solamente contra Stalin, no contra ningún otro. No fue a Trotsky a quien Lenin quiso alejar de la dirección del partido, sino a Stalin, a quien él quería separar del puesto de secretario general. Este hecho, que no podía ser más perfectamente claro fue convertido por los historiadores del Instituto de marxismo-leninismo en una rehabilitación de Stalin. "El Partido Comunista luchó hasta alcanzar una completa victoria sobre los grupos opositores. En una dura y larga lucha contra los enemigos del leninismo—contra trotskistas, oportunistas de derecha, nacionalistas y otros grupos odversos— forjó la concordia que constituye un rasgo característico de su forma interna... Después de haber debatido la "Carta al Congreso del Partido" de Lenin, las delegaciones se pronunciaron por la permanencia de Stalin en el puesto de secretario general del PC,

teniendo en cuenta para ello tanto su intransigente lucha contra el trotskismo como la circunstancia de que una separación de Stalin del puesto de secretario general en esos momentos hubieses favorecido a los trotskistas las delegaciones tomaron también en consideración la promesa de Stalin en el sentido de que habría de corregir las fallas personales que Lenin consiguio en su carta". (Biografía de Lenin, páginas 788—789).

Los hechos de que Stalin no corrigió esas fallas y de que Trotzky fue excluido de toda posterior participación en la construcción del estado soviético, es el punto de partida de mi obra.

Se llama "Trotzky en el exilio" porque el destierro a que se lo forzó para siempre es considerado como legítimo en ese país al que él hizo las más fundamentales aportaciones, y donde todavía podría ser considerado necesario.

En el análisis de la isostenibilidad de estos dogmas, es puesto Trotzky en la escena del teatro político. El lugar que le corresponde en la historia de la revolución adquiere sus contornos. Esta pieza es mi contribución a la celebración del Centenario de Lenin. Lo honra, al seguir sus reglas fundamentales en lo que se refiere a la necesidad de una discusión abierta, al presentar a las personas que estuvieron cerca de él, que disputaron con él, que contribuyeron a su propia evolución y junto con las cuales inició la más grande revolución social de nuestro siglo.

Suyo

Peter Weiss

(abril de 1970)



# Sionismo

y

# Marxismo

por Roberto Ferrero

Sería tedioso volver a insistir a esta altura sobre el carácter ilusorio de una "nación judía mundial"; señalar nuevamente la ausencia en el pueblo judío de aquellos elementos indispensables que integran una nación, considerada como una categoría histórica; recordar otra vez las distancias siderales —en cultura, en condiciones sociales y en el tipo físico— que existen entre las diversas comunidades judías de todo el mundo. Señalamos ya que los bolcheviques no reconocieron nunca la existencia de una nación judía mundial, concepto que es insostenible desde un punto de vista científico, es decir: histórico y social.

Claro que siempre es posible hacer malabarismo con las palabras. Hablar, por ejemplo, de una "nación" hebrea que habitó Israel hace 2.000 años, con la misma ligereza con que se puede hablar de una "nación" longobarda en la Italia del alto Medioevo o de una "nación" egipcia de la época de los faraones. O referirse, como hace Isaac Brever, a una "Religioansnation", una "nacionalidad verdadera", fundada en la religión, ante la cual 'las demás categorías del nacionalismo, como ser idioma, territorio o la posesión de un estado político, eran, sino totalmente desdeñables, decididamente secundarias' (1).

Pero si las palabras y los conceptos nos son útiles es porque tienen un significado objetivo que no depende del capricho de cada publicista, sino de acontecimientos exteriores y anteriores a él; es el desarrollo social el que ha imbuido a unos términos de un contenido y a otros de otro distinto.

Anticipamos a nuestros lectores un fragmento del importante libro "Sionismo y marxismo", próximo a aparecer en Ediciones Coyoacán, de nuestro compañero Roberto Ferrero, en el que se examinan científicamente los problemas planteados por la crisis mortal del capitalismo mundial, la aparición del sionismo y la lucha de los pueblos coloniales por la emancipación nacional y el socialismo.

El concepto *nación*, por imperio de esta determinación designa una realidad específica. Extenderlo indiscriminadamente a cualquier época y a cualquier grupo entraña hacerlo simplemente sinónimo de "agrupamiento humano". En relación a los judíos, ello dará como resultado afirmar la verdad de Perogrullo de que constituyen una comunidad, pero nos dejará a ciegas en cuanto a saber qué tipo de comunidad es.

La Nación y el Estado Nacional, como formas específicas de organización comunitaria, no han existido desde siempre. Son un producto histórico, surgido en Europa Occidental cuando las fuerzas productivas alcanzaron un determinado nivel de desarrollo, a partir del Renacimiento, fecha originaria de un ciclo que alcanzaría su culminación —en cuanto ciclo burgués— (2) con los movimientos nacionales del siglo XIX en Italia y Alemania.

El estado nacional constituye la forma normal de existencia política de la sociedad burguesa, que le preexistió históricamente en el seno de la vieja estructura medieval. La Polis, el Imperio esclavista, el feudo, son —cronológicamente— las formas políticas anteriores de la organización social en Europa. Repetidamente, en el curso de esta sucesión, cada vez que las fuerzas productivas quedaban sofocadas por un tipo de estructura estatal y de relaciones de propiedad que habían dejado de facilitar su desarrollo, las hacían saltar y las reemplazaban por otro tipo de relaciones más en correspondencia con el nuevo nivel alcanzado.

A partir del siglo XI, el vigoroso crecimiento de los burgos, el ensanchamiento del mercado, la intensificación del comercio y de la producción artesanal —y la manufacturera, luego— van configurando una nueva realidad que entra en conflicto con la dispersión feudal. El modo de producción capitalista que así se incuba empuja irresistiblemente a diversos núcleos humanos con afinidad lingüística y cultural a irse agrupando sobre una determinada base geográfica. En el crisol de este proceso, esos elementos constitutivos de la unidad nacional se van moldeando e interpenetrando en una dinámica a la vez centrípeta y centrífuga. Socialmente centrípeta en tanto que "tal monarquía, tal país —por causas económicas, geopolíticas, militares— realiza su ciclo expansivo incorporándose provincias y culturas afines, desplazando aquí, fusionando allá...", engrosando el núcleo central aglutinador. Territorialmente centrífuga en la medida en que aleja sus límites geográficos "hasta tropezar con una frontera abso-



luta: la de otra nación en desarrollo" (3). Al cabo de este tiempo generador, emergen del proceso aquellos elementos fusionados de tal modo que configuran una categoría histórica y social específica: la Nación, definida exactamente por Stalin como "una comunidad estable, históricamente constituida, de lengua, de territorio, de vida económica y de formación psíquica, que se traduce en una comunidad de cultura" (4).

Contemplado así el problema, no hay duda de que los judíos *no constituyen una nación*. En realidad, la posibilidad misma de discutir este aserto, al igual que la ilusión de una nacionalidad judía, ha surgido por la incapacidad del orden capitalista para solucionar de conjunto, a escala europea, la cuestión judía. Antes de que la declinación del feudalismo comenzara a volcar sobre los viejos países burgueses de Europa las masas de judíos askenazitas de Polonia, Rusia y Lituania, toda idea de una nación hebrea separada iba desapareciendo de Occidente a la misma velocidad con que el capitalismo en desarrollo asimilaba a las comunidades judías residuales. Los judíos que vivían en el seno de otras naciones distintas de éstas, como los judíos sefaradíes o los yemenitas, no tenían para con ellos una solidaridad de tipo nacional, sino meramente religiosa. Entre los sefaraditas de Salónica, de Bulgaria, de Rumania, de Turquía, reinaba incluso una cierta antipatía hacia los askenazitas, en tanto se conservaba hacia España un recuerdo que tenía mucho de parecido al sentimiento nacional (5), aunque por supuesto, no se trataba de eso. En los países islámicos, antes de que fueran sacudidos por la lucha árabe-sionista en Palestina, algunos núcleos de judíos habían llegado a tal grado de identificación con sus compatriotas musulmanes que aún hoy —estando en Israel— los gobernantes de esos países los consideran fraternalmente árabes de religión mosaica.

La idea de una nacionalidad judía mundial fue planteada por las grandes migraciones de los judíos de Europa Oriental. Su diseminación por todo el mundo en el período 1870-1920 y su concentración en grandes ciudades —que permitió el florecimiento literario del Idisch, la aparición de una prensa en ese idioma y la creación de una vasta red de escuelas y "yeshivots" que cultivaron la tradición judía— alimentaron la fantasía de una nación mundial; el carácter del judaísmo askenazita, que proporcionó el grueso abrumador de la inmigración, la articulaba por encima de las fronteras y le daba ciertos visos de realidad. Pero aún siendo tan importante, este fundamento, como señala Carlos Etkin, "era insuficiente para el caso de las colectividades sefaraditas y de los judíos ingleses, franceses, etc., que ignoraban y despreciaban el Idisch" (6). "Los judíos jamás han constituido una comunidad nacional en el sentido habitual del término" (7), admite Friedmann, judío él mismo.

De manera que no siendo una nación, la cuestión judía no es una "cuestión nacional", como sostiene el Sionismo. Tampoco es —señala Etkin en una penetrante observación que hace en su prólogo al libro de León— la cuestión "de un pueblo oprimido a igual título de los otros pueblos. Hay una gran diferencia entre un judío de Nueva York y un negro, al cual no se le admite en la sociedad de los blancos salvo como objeto de la explotación más inhumana. Hay una gran diferencia entre el oscuro trabajador centroamericano y Samuel Zemurray, el director "sionista" de la United Fruit Company... Los judíos son objeto de restricció-

nes como sector competidor, mas no como oprimidos".

Esto referido a los países capitalistas. En la Unión Soviética y en las llamadas democracias populares, pese a que las deformaciones burocráticas establecen un alargamiento indebido de los plazos, el desarrollo económico facilita la supresión de las viejas rivalidades de la competencia y la integración al resto del pueblo. En el primer caso, la cuestión judía ha quedado más o menos alejada por la reconstrucción y el boom capitalista de post-guerra, productores de una cierta asimilación; en el segundo, está en vías de desaparición. Pero en ambos hay un denominador común: se trata siempre de una cuestión social, que evoluciona en sentidos distintos, pero no de un problema nacional.

En cambio en Israel la cuestión judía ha tomado un carácter especial; se ha distinguido de la cuestión judía tal como ella aparece en el resto de los países; de la cuestión judía "clásica", por decir así. Y no se trata de una variación formal, como la que puede diferenciar, por ejemplo, el problema de Francia, con una judería altamente asimilada, del norteamericano, singularizado por una comunidad numerosa que conserva en ciertos sectores una personalidad distintiva. En Israel, la cuestión judía se transforma en una *cuestión israelí*, es decir, en una *cuestión nacional sui generis*. "El 'pueblo judío' desaparece y cede lugar a la nación israelita" (8).

La colonización europea en la época del imperialismo, por cualquier país que fuera realizada, significaba siempre la implantación de una capa de colonos blancos que tomaban, frente a los nativos, el status de clase dominante extranjera. Explotaba la mano de obra de origen campesino o tribal, destruía sus estructuras comunales donde las había, pero *no desalojaba del país a sus habitantes*, salvo una que otra excepción. *Se superponía a ellos*.

La colonización judía en Palestina fue diferente. Después de un comienzo similar a las otras, se desenvolvió —al hacerse cargo de ella el sionismo— en el sentido de *desplazar* a los campesinos árabes, ocupando su lugar en las áreas rurales. Lo mismo se trató de hacer en las zonas urbanas, y se consiguió en un alto grado. La campaña de "conquistar el lugar de trabajo" de los años veinte conformó una clase trabajadora judía, y la cuarta y quinta "alió" se sumaron a los restos de la primera para estructurar una burguesía y una pequeño-burguesía residentes. Como consecuencia de esta forma consciente en que el Sionismo condujo el asentamiento judío en Eretz Israel se fue integrando *no una clase dominante*, sino *una comunidad compuesta por todas las clases modernas*, que ocupaba con exclusividad ciertas regiones de Palestina, y que adquirió todos los caracteres propios de una nación en formación.

Desde entonces, sobre la base de un territorio común y una economía separada, han venido moldeando esa formación una serie de factores que hacen realmente de Israel, como lo quieren los sionistas, un "crisol de los dispersos". Allí, hombres provenientes de todos los confines de la tierra —102 países de origen se han contado— están creando en un lapso de algunas décadas, una nueva cultura y un nuevo tipo de judío; desintegrando las tradiciones de los "grupos nacionales" y las tribus de judíos orientales, mezclándolos diariamente de mil modos distintos, fundiéndolos en una síntesis original, el contorno natural, el ejército, la escuela, la hebraización y el largo enfren-



tamiento con los árabes están forjando la nación israelí: "un pueblo joven, físicamente nuevo, que no es ni el apéndice ni el centro de un "pueblo judío" (G. Friedmann, op. cit., pág. 269).

En un trabajo suyo de 1931 sobre España, escribía Trotsky que "en el país del particularismo y del separatismo, el ejército ha adquirido, por la fuerza de las cosas, una importancia enorme como fuerza de centralización..." (9). Lo mismo ha ocurrido en Israel, donde su acción ha sido todavía más eficaz por ser conscientemente dirigida en ese sentido. Además de proporcionarles a los inmigrantes de los países islámicos los rudimentos de la moderna civilización, *el ejército israelí* y las organizaciones juveniles para-militares actúan como poderosas matrices que amalgaman entre sí a los diversos sectores y les insuflan el sentido de una nueva unidad. Más que el reaccionario cultivo de la religión y de la tradición bíblicas, la convivencia conjunta por espacio de 36 largos meses hecha de una intensa vida colectiva y de faenas realizadas en común— une entre sí y al suelo israelí a las jóvenes generaciones. El servicio en el ejército —coinciden todos los observadores— y la difusión del *hebreo* son los mejores factores de la "israelización".

El idioma milenario del judaísmo, resucitado artificialmente por los colonos y la dirección sionista, es lengua oficial del Estado. Enseñado a los inmigrantes en cursos intensivos y sintéticos llamados "Ulpanim" y difundido a través de publicaciones y emisiones simplificadas, coexiste con y por encima de los demás idiomas hablados en Israel, permitiendo la progresiva integración cultural de esa Babel venida de la Diáspora; la prensa, la radio, la escuela, el teatro y aún el cancionero tradicional, cohesionaron a los israelíes alrededor de este revivido idioma. Teniendo, como dijimos, el carácter de lengua del Estado y contando con su completo apoyo, todas las demás han cedido ante él paulatinamente, incluido el *Idisch*, la otra lengua judía de gran predicamento. Y aunque artificialmente implantado, (10) el *hebreo* forma ya parte de la vida diaria de los israelíes y cuenta con una literatura que no es inferior a otras. La Academia de la Lengua se preocupa por crear o re-crear nuevos vocablos que designen los conceptos y los objetos de la ciencia, la técnica, el derecho moderno, la pedagogía y otras realidades que no tienen expresión en el *hebreo* bíblico.

No es de poca importancia, tampoco, la reducida extensión del *marco geográfico*: en este siglo de portentoso desarrollo de las comunicaciones y de los medios masivos de difusión, un pequeño país, sin mayores accidentes naturales que lo fraccionen, mantiene a sus habitantes en una contigüidad y en un conocimiento recíproco que no hacen sino acelerar la fusión de todos sus integrantes.

El *chovinismo anti-árabe*, hábilmente difundido y explotado por el gobierno sionista, actúa como elemento suplementario de cohesión nacional.

El esfuerzo del renacimiento agrícola primero, y la sociedad industrial que surge con el Estado después, dan lugar a un carácter nacional que poco tiene que ver con la psicología medrosa, los hábitos piadosos y las prácticas avariciosas del judaísmo clásico. La observancia religiosa, que siempre fue considerada como el fundamento de la vida judía, es rechazada por la inmensa mayoría de los israelíes. La nación israelí no se reconoce casi en sus antepasados judíos. "El Estado israelita —comenta George Friedmann— estructura y suscita a la vez, una colectividad nacional imperiosa, consciente de sí misma, pero que en esa con-

ciencia no incluye la pertenencia a un pueblo judío". (11)

Existen, por supuesto, como islotes que resisten la fusión, núcleos que realizan una vida "plenamente judía" (como las comunidades hasídicas del barrio de Mea Shearim, un verdadero ghetto de Jerusalem) o que siguen cultivando para sí el *idisch*, el alemán o el polaco. Pero se trata de sub-culturas declinantes, que van desapareciendo por extinción natural de sus miembros; la fuente de la inmigración que las alimentaba se está secando, y su lugar lo ocupa paulatinamente la generación "sabrá" nativa de Israel, que, como escribía Abraham León, "no se parece ni a su hermano de la Diáspora ni a su antepasado de la época de la caída de Jerusalem" (12).

No son las debilitadas "Landmannschafsten" (asociaciones regionales), sino la coexistencia, de modo global, de las dos grandes comunidades askenazitas y sefaraditas, de pareja importancia, la que a criterio de muchos observadores pone en tela de juicio la propia existencia nacional de Israel. Friedmann mismo piensa que "a falta de un conjunto de acciones cuidadosamente estudiadas y concertadas, la zanja moral y material entre las dos colectividades, no puede sino profundizarse..." (13).

Entre nosotros, Jorge Altamira, dirigente del grupo ultraizquierdista "Política Obrera", va más lejos aún, al afirmar: "...no creemos que la colonización sionista haya dado lugar a una nación hebrea en el sentido histórico del término. Sus atributos culturales mismos están cuestionados por la discriminación racial entre "askenzanis" y "sefaradim", y su vida económica separada no es un producto nacional sino imperialista" (14). El supermarxista Altamira olvida simultáneamente que Israel es una nación que —como otras en Asia y especialmente en Africa— está todavía en construcción, que su fisonomía no está aún totalmente determinada, y que las diferencias culturales, con lo grave que ellas son, no pueden pesar en la existencia de una comunidad más que sus elementos materiales: el territorio y la economía, a los que en este caso se les suma un idioma común (15).

Por otra parte, a los fines de una interrelación cada vez más estrecha entre las regiones y entre los hombres, capaz de fusionar a estos en la conciencia de ser un organismo distinto a otros (pese a sus diferencias internas), poco importa que la vida económica separada sea "no un producto nacional sino imperialista". Lo artificioso, aún lo espúreo de su origen, y más: lo dañino de sus fines implícitos, no borra el hecho de que existe y de que es una estructura más o menos "normal". Cuando Stalin, Borojov o León decían que el pueblo judío no tenía una economía *propia* querían significar que no poseía una agricultura ni una industria nacional en la base de su vida colectiva; que se desempeñaba (en su calidad de intermediario) *al servicio* de otra economía; que la producción era realizada por los miembros de otra nacionalidad, en cuyos poros vivían los judíos. Tal cosa no sucede en Israel. Todos los sectores de la producción y no solamente la intermediación están allí presentes; creados por el imperialismo pero reales, y funcionando por el esfuerzo directo de los israelíes.

En realidad, el límite de la fusión entre ambas "subnacionalidades judías" no es cultural; es un límite de clase. Cada vez más los askenazis se identifican con la burguesía y la pequeño-burguesía acomodada, mientras que los orientales, bloqueados por su propio pasado primitivo y por las discriminaciones interesadas, constituyen la



mayoría aplastante de los trabajadores no calificados y la baja clase media. (16)

El desarrollo capitalista, por más esfuerzos culturales que se hagan, no permite cerrar esta brecha, que persistirá tanto tiempo como las clases. A nuestro juicio, la tradición cultural de cada colectividad está tan arraigada que la historia no dará tiempo a que uno de ellas —la askenazita— despersonalice a la otra e imponga como absolutas sus propias pautas de vida y de pensamiento. La diferencia, sin embargo, no es tan grande que impida a todos ellos —orientales y occidentales (y menos si son nativos)— considerarse miembros de una sola nación; “la mayor parte de los marroquíes y tunecinos con quienes me he encontrado —relata Friedmann de su visita a Israel— se hebraizan a toda carrera”.

El futuro dirá en qué proporción una y otra cultura integrarán la de los “Sabras”, que está en plena maduración. (18)

En síntesis: aunque formada artificialmente bajo los auspicios del imperialismo y a costa de la población árabe local, la nación israelí existe. Es un hecho. Casi tres millones de personas llevan en Palestina una vida nacional independiente, distinta de la de sus vecinos y distinta de la del resto de los judíos del mundo.

La cuestión nacional que en relación a ella es posible discernir no significa en manera alguna que Israel sea una nación sometida al yugo de los árabes o amenazada por ellos en su existencia. Esta forma de entenderla sería plantearla “ad usum imperialismi” y es básicamente errónea. Israel no es —desde esta perspectiva— una nación oprimida, sino socia menor de una potencia opresora y opresora ella misma de su propia minoría. La cuestión nacional verdaderamente importante, decisiva, que la evolución histórica ha creado en este último medio siglo en el Medio Oriente es la *cuestión árabe*. La contradicción fundamental sigue siendo en esta parte del mundo la oposición entre la reacción feudal-imperialista y el derecho de la nación árabe a la independencia y la unidad nacional; los problemas de las minorías étnicas y nacionales —incluido Israel— le están totalmente subordinados.

Históricamente, y reducida a sus términos más sencillos, la Cuestión nacional aparece como la empresa colectiva de una nación que trata de constituir, superando la opresión extranjera, su propio Estado nacional, “que es el terreno más cómodo, corriente y ventajoso para el desenvolvimiento de las relaciones capitalistas” (19). Puede ser un movimiento que tienda a unificar en un solo Estado las partes dispersas de la nación (Alemania e Italia antes, América Latina y los países árabes actualmente), o que quiera, por el contrario, destruir una forma política multinacional que la mantiene unida a otros pueblos contra su voluntad (Austria-Hungría y el Imperio Zarista). Pero el objetivo es siempre organizar la nación como un estado nacional.

La singularidad de la cuestión israelí radica en que esa nación no tiene ante sí la tarea de constituir su Estado, sino la de *librarse de él* para poder normalizar su situación y vivir en paz y armonía con los pueblos árabes.

En su forma actual, el Estado sionista no es la expresión de la población judía de Israel, sino de la burguesía judía mundial ligada al imperialismo; no funciona como organización política de la nación israelí, sino como un polo de atracción y encuadramiento para la inmigración de los judíos de todo el mundo. Es su carácter sionista y expan-

sionista —y no la presencia a su frente de tal o cual gobierno, como creen los teóricos del M. L. N. (20) lo que lo hace intolerable para la nación árabe e inconveniente para las propias masas israelíes. Es esa entidad artificial, incrustada en el seno de la nación árabe, la fuente constante de enfrentamientos sangrientos, de desórdenes económicos y aún de grave peligro para el mismo pueblo israelí. Porque la nación árabe terminará por unificarse y desarrollar plenamente sus potencialidades productivas, y entonces Israel —si aún persiste como Estado— será derrotado. La pandilla sionista quedará destruida en Medio Oriente, pero los sufrimientos impuestos a las masas israelíes, que no son culpables de los crímenes de sus dirigentes más que los alemanes de los de Hitler, serán muy grandes.

Israel no podrá escapar a estas dolorosas peripecias si persiste en mantenerse como instrumento del imperialismo.

De ahí que sea en su propia y vital conveniencia que los sectores populares de Israel deban confluír con los pueblos árabes en una lucha común por la unidad y la liberación anti-imperialista y la destrucción de la naturaleza sionista del Estado israelí. La futura integración del pequeño país en un Estado árabe unificado como *minoría nacional* reconocida le permitirá realizar una vida nacional realmente creadora, cultivando su lengua, su cultura y sus instituciones específicas sin interferir en el desarrollo del pueblo árabe.

El resto de los judíos del mundo, con el advenimiento del socialismo, tomará uno de estos dos caminos: o se asimilarán totalmente a las naciones en cuyo seno viven, o se asimilarán en parte y en parte formarán otra u otras naciones en determinados lugares de concentración, siempre que así lo quieran hacer voluntariamente y con la condición de no avasallar los intereses de las poblaciones vecinas.

<sup>1</sup> Este concepto de Nación fue utilizado por el imperialismo británico en la India como elemento ideológico de división y debilitamiento del Movimiento nacional hindú. La “Liga Musulmana”, dirigida por los príncipes y feudales favoritos de Gran Bretaña, sostenía la peregrina idea de que la India estaba compuesta por dos naciones, una hindú y la otra musulmana. “No sé porque eran solamente dos —objetaba el Pandhit Nehru en su autobiografía—, porque si la nacionalidad se basaba en la religión, había en la India muchas naciones. Cabe que un hermano fuera hinduista y otro musulmán, en tal supuesto pertenecerían a dos naciones diferentes. Estas dos naciones existían en proporciones diversas en la mayoría de las aldeas de la India”. Cuando a pesar de todo la India obtuvo su independencia, lo hizo al precio de la terrible amputación del Pakistán, territorios que contenían mayoría musulmana.

<sup>2</sup> Decimos en cuanto ciclo burgués, porque el movimiento de formación de las nacionalidades y de los Estados nacionales se continúa durante todo el siglo XX en la periferia colonial, pero no ya como etapas finales del fenómeno mundial del ascenso capitalista, sino como las primeras de su declinación. Las modernas revoluciones nacionales, en cuanto quebrantan el sistema general del imperialismo y debilitan por tanto la estructura capitalista de las grandes metrópolis, forman parte integrante del ciclo de la revolución socialista mundial.

<sup>3</sup> Ambas citas son de J. E. Spilimbergo, “La Revolución Nacional en Marx”, pág. 24.

<sup>4</sup> J. Stalin, op. cit. pág. 23.

<sup>5</sup> “Estos núcleos de los Balcanes son los que han conservado más viva y patente su afinidad con España. Conservan la sicología, el idioma, el cariño, la ilusión



de visitarla y de ayudarla. Ellos solicitaron siempre la nacionalidad española..." (309). "Sus apellidos tienen rancia solera española: Pérez, Chávez, Fernández, Carmona, Toledano... Sus plazas y calles recuerdan el Zocodover toledano o el Azoguejo de Segovia. Y en Constantinopla, existían centros culturales donde estudian los rabinos en un castellano arcaico lleno de nostalgias y sugerencias". (311) "Los judíos hablaban con orgullo su castellano, por medio del cual se entendían con los griegos". (307). (Felipe T. B. de Quirós, op. cit. páginas citadas.)

<sup>6</sup> C. Etkin, op. cit. pág. 78, (Tesis 9).

<sup>7</sup> G. Friedmann, op. cit. pág. 269.

<sup>8</sup> Idem, pág. 306.

<sup>9</sup> La cita es de León Trotsky, "La Revolución Española y la táctica de los comunistas", en "Mis Peripicias en España" y otras, Editorial Pucará, Bs. As. 1968, pág. 90.

Este rol del ejército israelí no es, como pudiera creerse, de carácter excepcional; en mayor o menor medida lo han desempeñado todos los ejércitos modernos en las nacionalidades y estados en proceso de formación. Escribe William Gutteridge a propósito: "Un conjunto humano coherente y disciplinado, integrado por familias en una comunidad estrechamente unida, es sin duda útil en la tarea de construir una nación. Los contactos profesionales accidentales, así como la insistencia en el uso de un lenguaje común para la comunicación y la instrucción, ayudarán a limar las diferencias tribales y raciales que constituyen un ingrediente peligroso en las nuevas sociedades. En la India, por ejemplo, donde las divisiones lingüísticas han tenido por consecuencia choques violentos y donde existen muchos pueblos diferentes, el ejército es, de alguna manera, un crisol nacional donde se minimizan las presiones regionales". (W. Gutteridge, "Las Fuerzas Armadas en los nuevos estados africanos", Eudeba, Bs. As. 1965, págs. 33-34). En nuestro país, la escuela popular y el ejército, organizado a fines de siglo pasado sobre la base del servicio militar obligatorio, permitieron realizar la asimilación de las generaciones inmigratorias y salvaron la continuidad histórica del país.

<sup>10</sup> Indudablemente, medio siglo atrás debía calificarse de retrógrada la implantación de una lengua muerta hace 2.000 años, pobre —el diccionario moderno de Even Shosham no tenía más que 21.185 voces—, e incapaz de expresar otras realidades que las de la erudición religiosa y el tráfico mercantil. El Idisch, idioma más moderno, con una estructura que permitía naturalmente su progresivo enriquecimiento, y hablado por la masa del pueblo, tenía más derechos que el Hebreo a ser considerado el idioma nacional del Ischuv. Sin embargo, esta objeción pierde entidad cuando comienzan a llegar a Israel las olas de judíos sefardíes y orientales. Ellos llegan pronto a componer más de la mitad de la población, y no podían ser fusionados con los askenazitas que les habían precedido haciéndoles trocar su lengua "ladina" o árabe por otra que ya no era la mayoritaria como para ser única. El neohébreo debía ser, así, forzosamente y pese a sus limitaciones, la lengua común a todos ellos.

<sup>11</sup> G. Friedmann, op. cit. pág. 271.

<sup>12</sup> A. León, op. cit. pág. 165-166.

<sup>13</sup> G. Friedmann, op. cit. pág. 193.

<sup>14</sup> Jorge Altamira, "Aprender de la derrota sufrida por la Revolución árabe", en "POLÍTICA OBRERA" N° 17, 28 de junio de 1967, pág. 7.

<sup>15</sup> Sobre la importancia de la unidad idiomática escribía Lenin: "El idioma es el medio esencial de trato entre los hombres: la unidad del idioma y su libre desarrollo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, que responda al capitalismo actual; de una agrupación libre y amplia de la población en todas las diversas clases; es, por último, lo que condiciona la estrecha relación del mercado con todo propietario o pequeño propietario, vendedor y comprador". (V. I. Lenin, "So-

bre el Derecho de autodeterminación de las naciones", en Obras Escogidas, Editorial Problemas, Bs. As. 1946, Tomo II pág. 303.)

<sup>16</sup> "...el encuentro de razas diferentes, cada una de las cuales se ha especializado en una ocupación distinta, puede tener como resultado que cada una de esas razas ocupe una posición social diferente en el seno de la misma comunidad. Puede ocurrir que la raza se convierta en clase". (C. Kautski, "Rasse und Indertum", pág. 26, citado por A. León, op. cit. pág. 28-29). En Inglaterra, los invasores normandos formaron la *aristocracia*, y los anglosajones nativos *el bajo pueblo*.

<sup>17</sup> G. Friedmann, op. cit. pág. 274.

<sup>18</sup> Uno de los componentes más importantes de esta cultura israelí en formación es, sin duda, la joven literatura "sabrá", que se caracteriza también por su alejamiento de los contenidos habituales de la cultura juda: las especulaciones metafísico-religiosas y las angustias de la Diáspora. Secularizada, la expresión literaria, formalmente hebrea, se imbuje de temas específicamente palestino-israelíes: la experiencia de la guerra de 1948, la vida en el Kibutz, la integración de los judíos orientales, la conquista del Neguev, los problemas espirituales de las actuales generaciones de transición, etc. Igual tendencia a la "nacionalización" se advierte en los otros dominios, aunque menos marcada que en éste.

<sup>19</sup> L. Trotsky, "Historia de la Revolución Rusa", T. II, pág. 425.

<sup>20</sup> En su declaración del 12 de julio de 1967 ("El M. L. N. ante el estado actual del conflicto de Medio Oriente"), decían los fieles de Viñas: "Los gobiernos del Estado de Israel, en efecto, han adoptado en general una actitud favorable al imperialismo, y en tal sentido, debe ser denunciada y criticada tal política. Pero aun detrás de esa línea general, debe tenerse en cuenta —como argumento a favor de la paz— que la relativa tranquilidad de los últimos tiempos, anteriores a la guerra, habían favorecido, en el último año, posiciones de una relativa independencia del gobierno israelí, y que al ser desplazado el propio Ben Gurión y sus asociados, habían disminuido el pro-imperialismo del gobierno de Israel que, por ejemplo, se negó a reconocer el gobierno títere de Vietnam del Sur". ¡Una página de antología! Estos tráfugas tratan de hacerse los que no saben que la "disminución del pro-imperialismo" no se demuestra en Israel frente al Vietnam, sino frente a la Revolución árabe. Olvidan, además, púdicamente, que si no se reconoció a Saigón se apoyó y se apoyó moral y *materialmente* la intervención norteamericana, que es la que interesa en la práctica para juzgar al Sionismo; y si Ben Gurión hizo la Guerra del Sinaí, Eskho! hizo la de los Seis Días. En cuanto a sus queridos "partidos de izquierda y progresistas (como el Partido Comunista y el MAPAM)", que según el M. L. N. "sostenían la necesidad de la paz en el mundo árabe", indicamos ya que ambos intervinieron activamente en favor de todas las guerras sostenidas por Israel. Más aun: el MAPAM integró el gabinete de agresión de David Ben Gurión en 1956, organizó desfiles de masas en favor de la anexión de Gaza, y ahora en 1967 volvió a formar parte de un gobierno de "Unión Nacional" que condujo la campaña de los Seis Días y las ocupaciones posteriores. Sobre el P. C. Israelí, remitimos a la nota 188. Como se ve, los "partidos de izquierda" sostenían la consigna de la "paz" mientras no había guerra, pero la abandonaron apenas se iniciaron las hostilidades (que es, precisamente, cuando hacen falta los pacifistas).



# El estudiantado ante la caída de Levingston

## Declaración de la F.U.A.

1) El pueblo ha visto con desconfianza e indiferencia como se producía un nuevo relevo en la Casa Rosada, el segundo de la mal llamada "Revolución Argentina".

Las banderas que los héroes del 28 de junio hicieron flamear con soberbia de vencedores, han sido arriadas sin pena ni gloria.

Aquella "estabilidad" económica, que tutelada por un gobierno fuerte instauraría la "grandeza nacional", murió con Onganía. La "segunda etapa" de la "Revolución Argentina", se encargó de denunciarla como el instrumento de los monopolios contra el país. El "plan político" de la flamante "tercera etapa" reivindica a los vencidos en junio del 66, en la persona de Mor Roig.

2) ¿Cuál es el origen de estos cambios a través de los cuales, la llamada "Revolución Argentina" erige su propio mausoleo? Dos hechos capitales: las grandes luchas de mayo-junio y setiembre de 1969, la ofensiva de los trabajadores y el pueblo de Córdoba en marzo de 1971.

Las jornadas del 69 aplastaron a Krieger Vassena, representante de los monopolios e hirieron de muerte a su brazo político: Onganía. Las jornadas de marzo cortaron la cabeza a su sucesor Levingston.

Se trata de un cambio de guardia, ciertamente

La FUA tiene ahora una conducción nacional y revolucionaria, después de largos años en que el estudiantado soportó dirigentes "brañenistas". Con motivo de la crisis militar, FUA dio a conocer una declaración que la gran prensa venal, naturalmente, ignoró.

dentro del ciclo oligárquico abierto por la restauración de 1955 que derrocara al gobierno nacional y popular del General Perón. Pero la insolente pretensión alentada por los jefes militares de convertir el país en un cuartel, para aplicar hasta el fin, sin concesiones, el plan de entrega y hambre iniciado en 1955, fracasó.

3) El pueblo argentino no ha logrado todavía asumir la conducción de sus destinos, una tarea que sólo puede concebirse y realizarse en relación estrecha con el derrocamiento del poder oligárquico-imperialista y la instauración de un nuevo poder: el Poder Obrero y Popular. Pero ha podido quebrantar y herir de muerte los planes de la reacción.

Así el cambio de guardia tiene un sentido preciso de derrota y retirada, es la consagración de un fracaso material y moral, que pone fin a la más virulenta ofensiva oligárquica.

Esta se bate en retirada sin haber renunciado, ni por un instante, a sus bastardos objetivos de defender sus privilegios, y lograr ahora con la maniobra y el engaño, lo que la fuerza desnuda fracasó en conseguir.

Si les damos respiro reconstituirán en su segunda línea el sistema de entrega y pillaje, heredado de sus antecesores.

Como lo señalaba en uno de sus puntos la Declaración Política del Xº Congreso de la FUA, esta conducta no obedece a los "errores" del gobernante de turno, sino a la naturaleza e intereses de las clases parásitas, antinacionales y privilegiadas que por él se expresan.

La crisis de un país colonizado y exprimido por un puñado de explotadores nacionales y extranjeros, crea un abismo entre esa minoría y las grandes masas del pueblo argentino.

Pero también genera, por su gravedad inexorable, el impulso histórico que culminará con la victoria sobre los explotadores.

En vano intentan suplir con sutileza su hasta ayer abierta prepotencia. La memoria colectiva es insobornable, y la crisis del sistema social vigente, les quita todo punto de apoyo para romper la unidad en lucha de las clases populares, como fue su táctica en el pasado.

La FUA al proclamar la solidaridad de los estudiantes con el proletariado y el pueblo combatiente, no hace sino recoger la experiencia vivida estos años.



5) Las recientes luchas de los trabajadores y el pueblo de Córdoba han querido presentarse como estallidos de "violencia" extraños a la "índole de los argentinos". Los estudiantes de todo el país, rechazamos esta indigna tergiversación y decimos que no conocemos otro saqueo que el perpetrado por los ladrones de guante blanco —pero manchados de sangre— de la oligarquía gobernante.

La violencia contra los usurpadores sólo es "ilegal" en la medida en que viola la ley de los usurpadores, resumible en solo cuatro palabras: "Esto es un asalto".

En cuanto a la "índole de los argentinos", las gloriosas jornadas de Córdoba ratifican que no es la de ser carneros, ni ovejas temerosas entregadas a los dientes del lobo.

6) La FUA afirma que el movimiento táctico de los enemigos del pueblo, insinuando una apertura electoral, que ellos conciben como una nueva farsa proscriptiva, tramposa y fraudulenta, exige, hoy más que nunca, redoblar los esfuerzos de organización, movilización y lucha a fin de acelerar la disgregación y derrota del sistema oligárquico, ya que no se trata de reemplazar a unos agentes por otros, sino suprimirles en conjunto.

7) En tal sentido, la FUA recuerda que cada paso dado en avance en los últimos años, cada frenazo impuesto a la prepotencia y voracidad del régimen, cada ampliación de nuestros derechos, se ha logrado en la lucha, atropellando la denominada "ley" y un "orden", que sólo nos merecen desprecio, porque son la ley del bandidaje, el orden de las sanguijuelas y los vendepatrias.

Por los mismos, la conquista de la soberanía popular como instrumento para transformar el sistema económico social imperante, aboliendo la dominación de los monopolios extranjeros, el gran capital y la oligarquía parásita, sólo se logrará en la confrontación revolucionaria de las masas y no regateando con los explotadores.

8) Toda hipotética coyuntura electoral, sobre la que revolotea actualmente la postergada voracidad de postulantes al relevo, para el pueblo argentino no deja de ser, en el mejor de los casos, más que un evento táctico subordinado al objetivo revolucionario.

Los trabajadores, los estudiantes, el pueblo en su conjunto, sabemos claramente que las clases opresoras son indiferentes a las formas del poder —militar o civil, dictatorial o seudodemocrático— siempre y cuando les sirvan para mantener la sustancia de su dominación.

Por eso mismo, el pueblo recurrirá a todas las formas de lucha, en tanto ellas concurren al fin sustancial de desarmar a las clases opresoras, aplastar su resistencia y eliminarlas socialmente. Las clases opresoras y sus agentes no abandonarán la escena antes de haber agotado sus recursos de violencia y engaño, contra el pueblo trabajador, apoyándose para ello en el aparato propagandístico, económico y represivo del imperialismo mundial.

9) Frente al movimiento denominado "La hora del Pueblo", la FUA declara que no es sino un acuerdo por arriba, entre la superestructura de los partidos políticos tradicionales. Que dichos acuerdos reflejan distorsionadamente la confluencia entre las clases medias y la clase obrera en las calles de todo el país, cuyo contenido y objetivos difieren de las actitudes declaracionistas y oportunistas hacia las fuerzas armadas de aquellos que han pretendido utilizar las luchas populares como elemento de presión. Que las banderas levantadas por los movimientos populares de nuestro siglo —el yrigoyenismo y el peronismo— hoy profundizadas en las acciones masivas contra el régimen, no están expresadas por entes cívicos militares, sino en una clara perspectiva de lucha antiimperialista y antioligárquica, oponién-

dose a la violencia institucionalizada de nuestras clases dominantes y demostrando con la ocupación de fábricas y universidades y en las luchas callejeras, que en las entrañas mismas del pueblo brota el embrión de un nuevo poder: el Poder Obrero y Popular. Por otra parte, el Encuentra Nacional de los Argentinos, que llamaba a un interinato cívico-militar golpista no había conseguido adhesión popular ni planteado ningún tipo de alternativa popular.

10) En la nueva coyuntura planteada por la caída de Levingston, en la 3ª etapa de la denominada "Revolución Argentina", llamamos a redoblar la lucha por la ampliación y conquista de las libertades y reivindicaciones populares, sin otorgar la menor tregua ni el más leve crédito de confianza a los personeros del régimen usurpador.

Por consiguiente, la FEDERACION UNIVERSITARIA ARGENTINA llama a movilizarse y exige:

a) Libertad irrestricta de todos los presos políticos y gremiales, sin distinción de ninguna naturaleza, incluidos los procesados y condenados por acciones armadas.

b) Libertad del compañero Yaco Tieffemberg, preso desde hace un año por su valiente conducta mientras presidía la FUA. Libertad de todos los presos estudiantiles.

c) Inmediata reaparición de los ciudadanos Martins y Centeno, e investigación exhaustiva de un secuestro cuyos responsables están protegidos por una turbia razón de estado.

d) Disolución inmediata de los cuerpos de represión y de las denominadas policías políticas.

e) Plena vigencia de los derechos de reunión, concentración y manifestación callejeras, asociación y expresión, para la clase trabajadora, los estudiantes y el pueblo, sin restricciones reglamentarias destinadas a convertirlos en privilegio del régimen y sus personeros.

f) Levantamiento del estado de sitio, derogación de la ley denominada de Represión al Comunismo y de la infame pena de muerte, Represión eficaz a los especuladores, ladrones públicos, torturadores y demás delincuentes impunes y protegidos por el régimen.

g) Derogación de la ley universitaria y del sistema policial que aún rigen en diversas universidades del país. Devolución de los locales estudiantiles y de sus bienes, reorganización de la Universidad por los estudiantes y los docentes.

h) Por la derogación y la no implantación de ningún tipo de instrumento jurídico que restringía la actividad política de los sindicatos y organizaciones populares. Llámese ley de organizaciones populares, estatuto de los partidos políticos, etc., que la experiencia indica que sólo sirven para amordazar e impedir la organización y la manifestación del pueblo.

i) Inmediata efectivización del derecho de todo argentino de residir en su patria, especialmente de aquellos señalados por la opinión popular como representativos de sus aspiraciones.

j) Levantamiento inmediato de las intervenciones a los sindicatos y revocación de toda medida reglamentaria o administrativa encaminada a respaldar a direcciones burocráticas y fraudulentas.

k) Supresión de toda forma directa o indirecta de censura de prensa, radio, TV, de espectáculos teatrales y cinematográficos. Contra la denominada "libertad de prensa", como monopolio de las empresas privadas periodísticas. Por el derecho del pueblo a un régimen de prensa y difusión que otorgue a las fuerzas obreras y populares el acceso efectivo a los medios de comunicación de masas.



# MENSAJE DE PERON AL PSIN

Fué escuchado en nuestro  
Vo. Congreso de enero

"Amigo don Jorge Abelardo Ramos;  
señores congresales;

En el año 1970 se ha cumplido un cuarto de siglo de la revolución justicialista. Veinticinco años de lucha por la liberación nacional y por la soberanía del pueblo argentino. El movimiento Nacional Justicialista, empeñado hoy como siempre, en una Argentina Justa, Libre y Soberana, hace llegar por mi intermedio un saludo fraternal a todos los asistentes al V° Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional".

Dice más adelante el General Perón: "No se si habremos elegido el mejor camino. Pero la Historia que hemos vivido ha dejado enarboladas nuestras banderas de la Justicia Social, de la Independencia Económica y de la Soberanía Política, que ya difícilmente podrán ser arriadas en el corazón del pueblo argentino".

"Diez años de gobierno y quince de proscripción han dejado tras nosotros las muestras más elocuentes de lo que ha sido y es el Movimiento Justicialista, ideológicamente y doctrinalmente considerado. Muchos de los que están aquí han vivido estos tiempos o parte de ellos. Estaría de más que yo me extendiera en esas consideraciones, pero no ha de estarlo si intento acercar parte de la inmensa experiencia recogida".

Se extiende, a continuación, en consideraciones acerca de la situación en que se encontraba el país en 1945; "La reacción ha sostenido que la prosperidad y la felicidad de los diez años justicialista se han debido a una etapa propicia de la posguerra. Ninguna falacia es mayor que ésta. Nosotros en 1946 recibimos un país en casi las mismas condiciones

en que hoy se encuentra: dominado y explotado por el poder imperialista, con una deuda externa semejante a la de hoy, sin reservas financieras, con servicios financieros en divisas para pagar a la metrópolis de más de mil millones de dólares anuales y una balanza de pago permanentemente negativa como consecuencia de no haber el menor control de la exportación. Todo ello era lo que debía pagar el pueblo argentino para poder seguir siendo la misma factoría del imperialismo que hoy ha vuelto a ser".

Agrega más adelante el Gral. Perón: "Lanzado el 1er. Plan Quinquenal desaparecieron los 800.000 desocupados que había y los salarios subieron hasta topes superiores al costo de la vida. El poder adquisitivo de la masa popular tonificó al comercio por el aumento del consumo. Esto a la industria y a la producción. Así pasamos de una economía de miseria a una economía de abundancia, en la que el 60 % de lo producido correspondía a los trabajadores argentinos y el 40 % a las empresas que, mediante un mayor volumen de ventas, ganaban mucho más que antes. Todo eso fue posible hacer con sólo liberar el país e impedir la explotación capitalista. Si el pueblo argentino gozó de 10 años de felicidad y dignidad no fue porque la situación nos ayudaba, sino porque nosotros ayudamos a esa situación, resolviendo los problemas que mantenían al país sumergido como consecuencia del estado colonial y su desorganización, mantenida, precisamente, para ser posible el saqueo de nuestra riqueza y la explotación de nuestro trabajo".

Continúa diciendo en su mensaje: "De esto se infiere la mayor experiencia en la tara de la liberación. Un país puede liberarse dentro de su frontera, como lo hicimos nosotros durante 10 años. Pero lo que no puede hacer es consolidar esa liberación aisladamente. De ello surge la necesidad de una integración continental de todos los países que ansían liberarse, como está sucediendo en Europa, Asia, Africa, etc. Ya en 1949 dije con motivo del Tratado de complementación económica, que tenía como finalidad constituir una comunidad económica latinoamericana, con fines de integración continental, que el año 2000 nos encontrará unidos o dominados".

"Pero han pasado los años y hoy vemos auspiciosamente surgir revoluciones libertadoras en varios países hermanos del continente. Cuba, Chile, Perú, Bolivia, etc, son dignos espejos en los que han de mirarse muchos otros latinoamericanos que luchan por la liberación. Ahora es preciso que, sin pérdida de tiempo, se unan férreamente para conformar una integración que nos lleve, de una buena vez, a constituir la Patria Grande que la historia está demandando desde hace casi dos siglos y por la que debemos luchar todos los que anhelamos que nuestros



países dejen de ser factorías del imperialismo y tomen, de una vez, el camino de grandeza que nos corresponde por derecho propio".

Respecto a la actual situación argentina dijo el General Perón: "Hasta 1966 el problema argentino era la amenaza del desastre que pesaba sobre el país. Desde 1966 el problema argentino es la dictadura militar que lo azota. En consecuencia nuestra misión ha pasado a ser la lucha contra esa dictadura, por la liberación de la patria y por la soberanía del pueblo argentino" Agregó más adelante: "El mundo actual se divide en dos bandos: los que sirven al imperialismo y los que lo combaten por la liberación de sus pueblos. Nosotros siempre hemos estado entre estos últimos, desde hace un cuarto de siglo y no vamos ahora a cambiar. Nosotros pensamos desde hace mucho en una Patria Latinoamericana unida y solidaria, pensando y trabajando por una grandeza que no se nos puede escapar si sabemos forjarla

y defenderla. En nombre de ese sentimiento es que hago llegar a los hermanos latinoamericanos que asisten al Vº Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional nuestra bienvenida y nuestro saludo más afectuoso y solidario.

Concluyó su mensaje diciendo: "El avasallamiento de la independencia, de la libertad y de los derechos es asunto de todos los que están dispuestos a luchar por ellos contra los poderes foráneos del neocolonialismo y contra la reacción vernácula al servicio de la explotación del hombre y de la comunidad.

Una juventud y una clase obrera que no entiendan esto merecen la esclavitud".

Hago votos por el éxito de vuestro Vº Congreso que será parte de un acervo que es indispensable asimilar en los días de incertidumbre y de zozobra en espera de una decisión que no puede tardar en llegar".

## PINEDO SE CONFIESA

Para la actual generación la figura de Federico Pinedo sólo se encuentra en los libros de historia de la Izquierda Nacional (Galasso, Spilimbergo, Ramos) o, más púdicamente, en los Diarios de Sesiones de la Cámara de Diputados o del Senado de la Nación. Es curioso comprobar como un período histórico, aunque sea relativamente breve, arrincona en la sombra a los hombres del período anterior que han dejado de jugar un papel en la nueva época y que no vencieron al tiempo por los libros o ideas que produjeron. Tal es el caso de Pinedo, para no hablar de Alfredo L. Palacios, que desapareció del interés público inmediatamente después de morir. En el caso de Federico Pinedo, si se exceptúa su fugaz paso por un ministerio de Guido en 1962, prácticamente su antigua influencia se esfumó a partir de 1943. Era el abogado más capaz del servicio civil inglés en la Argentina. Había sido socialista, discípulo del librecambista Juan B. Justo hasta que se apartó de ese partido en 1928 y se volcó a las filas conservadores después de 1930. Declaró en el Senado, siendo ministro de Hacienda del General Justo, que los ferrocarriles británicos le habían pagado 10.000 libras esterlinas por un informe. Ahora emerge a través de dos reportajes dignos de leer, donde el hombre aparece retratado por entero con sus propias palabras nostálgicas. Germán Rozenmacher en "Siete Días" y Jorge Raventos en "Panorama" seleccionan diestramente las observaciones algo cínicas del artífice del fraude. Sobre Frondizi: "Cuando lo

## Al correr del mes

eligieron presidente le mandé una esquela que decía: "Cállase la boca, no hable tanto, Hace cosas excelentes, aunque dice cosas erróneas. Sino hablara, sería macanudo". Vale la pena este juicio de Pinedo sobre Frondizi, al que habitualmente se le reprochó que habla bien y obra mal. Recuerda el personaje su proposición a Alvear para llegar a un acuerdo político con el régimen conservador de la "Década Infame", al que el sucesor de Yrigoyen se encontraba dispuesto, ya que 'Alvear era un aristócrata, un hombre de primer orden'. "Por qué no llegamos a una solución parecida a la que llegaron los mirtistas y alsinistas? le sugerí". "Los radicales antipersonalistas como Alvear, gobernaban con plata conservadora, fraude conservador y apoyo conservador. Y encima los votantes mayoritarios eran los yrigoyenistas, que estaban proscriptos". Pertenecía a una familia de abogados de empresas extranjeras: su abuelo, su padre, él mismo y su hijo, que atiende los asuntos de empresas norteamericanas, desaparecido ya el inglés. "La mía

era una familia de abogados, como los Sáenz Peña y formaba parte de la oligarquía gobernante". La actual calle Arroyo "era la cochera de mi casa, que llegaba hasta la barranca... ¡Qué país de primer orden! Mi tía tuvo el número 1 de la central telefónica Juncal y eso sucedía cuando en las grandes capitales europeas ni siquiera se habían instalado líneas telefónicas". Pinedo concluye melancólicamente: "Porque nosotros, ¿sabe? somos los que hicimos este país. Y los que están ahora dicen que quieren conservarlo, pero no saben qué hacer con él. Mucho me temo que hasta pueda venir una revolución nacionalizante. Sería una catástrofe, si es que no viene algo peor". La idea singular de que la primera generación de abogados de ferrocarriles hicieron la Argentina es un error histórico: el país había sido "hecho" antes que el patriciado roquista, civil y militar, se transformase, unido al mitrismo portuario, en la oligarquía consumidora y estéril. Pero interpretaciones históricas a un lado, nos agradan los temores de Pinedo.

## CASEROS

La oligarquía del puerto ha ritualizado numerosas efemérides históricas que han ido perdiendo, e en el transcurso de las décadas, toda significación como farsa. Pues también lo mentira se agota y hasta desaparecería por la mera erosión del tiempo, sino la revitalizara, de cuando en cuando, la cohorte infusa de oradores ocasionales, esa fauna plural de clientes de peristilo (políti-



cos burgueses, rotarianos, masones, liberales hinchados o sacristanes de todas las confesiones) que encuentran en el perfume nauseoso de las flores muertas la inspiración de sus discursos.

A veces, sin embargo, aparece una lengua impar, un Demóstenes ignorado, que devuelve a esos sitios lúgubres el eco de una carcajada siniestra. Tal es el caso de nuestro desconocido Dr. Edmundo Chedufau, al que declaramos desde hoy nuestro numen. En nombre de la Asociación Entrerriana General Urquiza y con motivo de recordarse la batalla de Caseros, este hombre de pensamiento sencillo desencadenó sobre la concurrencia impasible la siguiente proeza que publica "La Nación": "La emotiva participación que imanta vuestra presencia en torno al pétreo y donoso hacinamiento, que presta eminencia justiciera a la talla prócer de Justo José de Urquiza, presiona acaso más que nunca mis órganos de expresión como delegado por el Núcleo Cultural de la Asociación portadora del patronímico de un genio de las libertades humanas en nuestro territorio, que lo vió nacer". De ahora en adelante, será preciso saber que no hay que apresurarse a presionar, ni siquiera delicadamente, los órganos del Dr. Chedufau, que siempre los tiene más o menos presionados, según declara, a riesgo de originar nuevos hacinamientos pétreos, que aunque verbales, no dejarán de ser donosos y hasta dañosos.

## Violencia: respuesta a fariseos

Nuestro Cardenal Caggiano se especializa en melifluas parrafadas contra la "violencia", especialmente en las celebraciones litúrgicas de la Policía Federal. De ahí infiere que no incluye en el término casos como los de torturas, palos callejeros y demás atentados contra la integridad de los ciudadanos y los derechos del pueblo. Qué se le va a hacer. ¡San gajes del oficio!

Pero no todos reneguen del mismo pie, como lo demuestra la siguiente información de ANSA, fechada en Ciudad del Vaticano: ...

Revolución. "El problema de la violencia nace de la resistencia de las viejas estructuras y del cambio necesario para dar un nuevo camino al desarrollo", dijo el padre Mulder, profesor y teólogo del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Gregoriana, en Roma, en un debate con otros dos sacerdotes sobre la paz, la violencia y el desarrollo a la luz del magisterio pontificio.

"Si por revolución se entiende un rápido cambio de las estructuras, esta no solamente es lícita sino de-

seable. La violencia, sin embargo, es un medio inadecuado e impotente para la solución del problema".

"Violencia" y "fuerza". "La mayor o menor legitimidad del empleo de la fuerza —fijó a su vez el jesuita Díez Alegría, profesor de la misma institución— no está decidida por las Sagradas Escrituras como una norma universal. En el Evangelio hay una línea de energía, de no compromiso con todos los valores terrenos, que pone al creyente en una situación de protesta permanente (no entendida como violencia). Lo hace capaz de romperla mediante esa protesta, si es necesario, para alcanzar el bien moral".

"El Evangelio, continuó, contiene la exigencia del amor al prójimo, hasta el punto de amar y orar por el enemigo rechazando cualquier venganza, más aún cualquier sentimiento colérico. El uso de la fuerza, sin embargo, no resulta prohibido absolutamente por el evangelio, como lo demuestra la aceptación de soldados en la comunidad cristiana; pero solamente al servicio de la justicia".

"Violencia institucionalizada". El padre Bartolomeo Sorge, también experto en teología y sociología de la Gregoriana, basándose en discursos de Pablo VI en Bogotá dijo:

"La instauración "revolución", es algo deseable. Pero la violencia como método para actuar la revolución no puede ser aceptada por el cristiano. Hay, pues, que distinguir entre violencia y uso de la fuerza.

"Esta última no siempre es ilegítima, y a veces hasta puede ser necesaria. La violencia implica siempre la lesión de los derechos de terceros y un comportamiento irracional, pasional. Da la victoria, no necesariamente al más justo sino al más fuerte".

"Existen situaciones de injusticia que constituyen una violencia recubierta de legalidad. Ante la violencia institucionalizada, la elección del empleo de la fuerza como método eficaz para la superación de ella, queda a la responsabilidad del cristiano laico en su opción política".

"No obstante, él debe considerar tuación en que se encuentra es no sólo legítimo, sino también eficaz para edificar una sociedad más justa".

## CHILE. Amigos que matan.

Se atribuye al eminente novelista boliviano, Augusto Céspedes, cuya obra "Metal del Diablo" trazó una imagen clásica del sometimiento semicolonial de nuestros países, este aforismo sobre la liberación de Debray por el general Torres: ...

"Me parece muy bien. Al fin de cuentas este joven sólo había come-

tido el pecado de escribir un mal libro".

Pero Debray está demostrando que si le dan tiempo pueda incurrir en más de un pecado.

Así ha de pensar el presidente Allende quien se ha visto obligado a enmendar la plana a la obra "Allende habla con Debray", última joya del discípulo de Althusser transpapelado en Latinoamérica. No haremos mérito de un título increíble que nos hace acordar de los reportajes egocéntricos de Victoria Ocampo. Las "Obras Completas" del joven francés y de nuestra anciana compatriota se llamarán: "El universo, a raíz de Mí".

"Yo nunca dije —tuvo que aclarar Allende— que la dinámica del proceso revolucionario irá creando las condiciones para algo así como el Partido de la Revolución... Tampoco definí al Partido Radical como un partido de burgueses, sino como un partido popular de la pequeña y mediana burguesía".

Las atribuciones de Debray son una tachuela envenenada colocada por el joven filósofo en lo más muelle del sillón presidencial. Benévolamente, pueden calificarse de provocación, hija sin duda de una ciega y torpe buena fe.

La aclaración de Allende figura en sendas cartas al director de la revista "Punto Final", Manuel Cambieses Donoso, que publicó el engendro de Debray.

## CHILE. Costa Gravas los llamó a silencio

A mediados de marzo un grupo de parlamentarios del P. Nacional (sic) y la Democracia Cristiana, allanó estrepitosamente las oficinas de la distribuidora de la película "La confesión" hiciera las veces de bas" de que el gobierno de Allende prohibía la exhibición en Chile. Simultáneamente, un diario derechista comenzaba a publicar en folletín el libro de London. Toda esta bambolla se explicaba por la proximidad de las elecciones. Se pretendía que "La confesión" hiciera las veces de Juanita Castro, cuyo viaje a Chile fue un ingrediente del triunfo presidencial de Frei en 1964.

Y Costa Gravas, el director del film, viajó no más, sorpresivamente, a Chile, pero con resultados desagradables para los autores de la provocación.

El 22 de marzo se presentó en un programa de televisión para ser reportado por periodistas de izquierda.

"No me interesa hablar con los de derecha —dijo—, pues la derecha es nuestro enemigo, y creo



que es mayor en Latinoamérica que en Europa. La derecha representa el imperialismo, y yo no quiero hablar con el imperialismo".

Gravas afirmó que "el período preelectoral que vive Chile no es adecuado para difundir la película, que es de crítica y, como tal, pide calma y tranquilidad".

"Si los productores llegan a exhibir el film antes de las elecciones, suspenderé inmediatamente la nueva película que tengo proyectada con ellos. El autor del libro, Arthur London —añadió—, está estudiando acciones legales contra los diarios chilenos que publicaron sin autorización **La Confesión**"

## CHILE. Alemanes y araucanos

El presidente Allende, en su visita al sur del país, recibió de los representantes de la colectividad representantes de la colectividad mación agraria y social destinado a incorporar efectivamente a la vida "civilizada" a ese grupo humano de 600 mil personas, hasta hoy marginalizadas por completo.

Los nombres de Lautaro, Caupolicán, Colo Colo y otros héroes legendarios de la lucha araucana contra el conquistador español, se han convertido en símbolo nacional de los chilenos, a través del poema épico-histórico de uno de los soldados invasores, don Alonso de Ercilla, el autor de "La Araucana".

Pero los descendientes de esa heroica e indomable, vegetaban en condiciones subhumanas, sin tierras, sin escuelas y sin trabajo. Dura, pero no insólita ironía.

La incorporación del indio a los bienes de la civilización es una de las tareas centrales de la revolución nacional latinoamericana. Y el primero de esos bienes es el manejo de los propios destinos.

El programa no fue elaborado por un grupo de tecnócratas ministeriales, sino en tres congresos sucesivos de la nacionalidad araucana.

Una crónica a toda página de Martin Gester aparecida en el influyente diario alemán-occidental Frankfurter Allgemeine Zeitung traza un vívido panorama de la colectividad germano-chilena y su actitud de pánico hacia el gobierno popular.

Esta crónica es el mejor colofón a la ideología "pobladora" de Sarmiento y el primer Alberdi, que empezaba por despoblar de nativos nuestras tierras para volcar en ellas a representantes de las razas nórdicas.

"Entre todas las comunidades —dice Gester— la más atemorizada ha sido sin duda la de los chilenos de origen alemán en el sur del país

En los 200 kms. entre Valsivi y

Puerto Montt, los alemanes poseen hoy un tercio de la tierra, aunque representan no más del 5 o 10 por ciento de la población".

Así (continúa Gester) nació el predominio de una minoría preocupada por mantener su cultura e idioma. En el campo, son alemanes casi todos los directores de escuelas agrícolas y cooperativas. En las ciudades, pese a su exigüidad numérica (3 % en Valdivia, p. ej.), del 40 al 50 % de la industria pertenece a familias de origen alemán.

La perspectiva socialista de Allende provocó un miedo pánico entre quienes llevan nombres alemanes, pues para ellos, a menudo, el comunismo equivale al rapto de las mujeres".

Lo que más atemoriza a estos "alemanes" es lo relativo a la educación. Sólo en el sur existen "once escuelas privadas, donde se enseña el alemán como primer idioma". Las escuelas reciben una ayuda de 3,5 millones de dólares anuales del gobierno de Bonn (130 millones de pesos argentinos por escuela al año) y "no podrán sobrevivir si se les obligara a rebajar sus tarifas, que son diez veces más elevadas que las otras".

## ESTADOS UNIDOS.

### Alcahuetería democrática

"Un país que oprime a otro no puede ser libre", dijo un diputado sudamericano en las Cortes de Cádiz en 1812. La "democracia" norteamericana muere de Vietnam, de monopolios, de CIA, de Pentágono.

"Más de 3000 agentes de la "inteligencia militar" estuvieron dedicados en 1969 a investigar las actividades de "personas prominentes" norteamericanas, según el "plan de información sobre disturbios civiles" hecho público en Washington por el senador demócrata Birch Bayth", informaba recientemente la agencia EFE.

Según Bayth, miembro del subcomité de Derechos Constitucionales del Senado encargado de investigar las actividades de espionaje militar en el área civil, a fines de la década del 60 el Ejército recibió orden de colaborar con otras entidades para prevenir disturbios, encargándose incluso a sus ramas en el extranjero que coleccionaran nombres y actividades de potenciales líderes contra el "establishment" (sistema establecido).

Estos esfuerzos se sincronizaban con los de otras entidades también destinadas al espionaje interno: la Agencia Central de Inteligencia (CIA); los servicios de información de la Armada y la Infantería de Marina; los servicios de Guardacostas; Junta de Control de Actividades Subversivas; el FBI; el Ser-

vicio Secreto; la Agencia de Inteligencia Defensiva; y la Comisión de Energía Atómica.

Según el plan, el Ejército se propone conocer "todo lo que sea posible sobre los manantiales de la violencia y el centro y causas nerviosas del caos".

"El senador Baych —dice el corresponsal de EFE, se manifestó alarmado por la extensión de la vigilancia a que según el plan se somete a los civiles, y le parecía increíble que grupos de derechas civiles y religiosos dedicados a fomentar el acercamiento entre las minorías de color y los blancos sean considerados como fomentadores de desórdenes potenciales".

Esta "voluntad de conocer las causas de la violencia", agregamos por nuestra parte, ha generado famosos casos de espionaje ideológico en Latinoamérica, como el "Plan Camelot" en Chile, cuya versión argentina denunciáramos en Lucha Obrera (1965), o la investigación sobre "marginados" financiada por la Fundación Ford.

Pero lo más singular es que los timas de este espionaje gigantesco. El senador Joseph Montoya (demócrata por Nueva México) declaró en Denver hace algunas semanas que varios colegas le habían comunicado sus sospechas de que el gobierno vigilaba sus conversaciones telefónicas y les abría la correspondencia.

### Los hijos de Lombardo

El Partido Socialista Popular de México tacha de "aventureros manejados por la CIA" a los jóvenes recientemente encarcelados en aquel país, quienes habrían recibido instrucción guerrillera en Nordcorea tras cursar en la Universidad Lumumba de Moscú.

El grupo —"acusa" el PSP— tiene "filiación troskista", y "con el mismo señuelo que los seguidores del guevarismo plantea las cosas más absurdas desde el punto de vista ideológico y táctico, que sólo sirven como elementos de provocación".

"Son aventureros manejados por la CIA. Estos acontecimientos obedecen a la política de los que están interesados en que México no pueda progresar con independencia del extranjero: los monopolios del imperialismo norteamericano".

Lindo lenguaje para aplicar a presos políticos. El Partido Socialista Popular fue fundado por Lombardo Toledano, agente de la policía soviética, quien pidió en 1941 la intervención militar yanqui "contra el gobierno fascista argentino".

Otro de sus miembros, el pintor David Alfaro Siqueiros, intervino personalmente en uno de los atentados contra León Trotski.



## PACTO ANDINO: UNIDAD LATINOAMERICANA O INTEGRACION IMPERIALISTA

Según el Consejo de las Américas, el Estatuto de Inversiones extranjeras suscrito por los países del "Pacto Andino" (Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador y Perú) "frena las inversiones extranjeras".

El Consejo de las Américas reúne a unas 200 corporaciones yanquis que absorben el 85 % de la inversión norteamericana en Latinoamérica. Su actual presidente: David Rockefeller.

El Consejo "apoya" el Pacto Andino, pero ataca el Estatuto de Inversiones, cuyas cláusulas clasifica en 4 categorías: A. Favorables a la inversión extranjera. B. Neutras. C. Eventualmente desfavorables. D. Absolutamente. Casi todas las cláusulas son C o D.

El correspondiente estudio fue preparado en base a informes de las industrial automotriz, química, petrolera, minera, etc., y se entregaron copias a los gobiernos andinos, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Departamento de Estado y los congresales norteamericanos.

El Estatuto impugnado unifica la legislación de los cinco países en materia de capitales extranjeros; impone a toda empresa extranjera la obligación de asociarse con un 51 % de capital nacional; limita al 14 % anual las remesas al exterior en concepto de utilidades y retiros de fondos.

Gorilas brasileiros. *Es la misma doctrina de la prensa brasileña regimentada, con la que intentó presionar moralmente al canciller peruano Mercado Jarrin durante la visita de éste a Río.*

Así, O Globo:

"El surgimiento de bloques regionales en América Latina no es, en sí, un mal. El Mercado Común Centroamericano, p. ej., merece total apoyo. Pero cuando esos agrupamientos pasan a guiarse por motivos ideológicos, crean focos adicionales de tensión y desconfianza".

Otra vez, nada de "integración política".

Respuesta peruana. El propio Mercado Jarrin, sin embargo, se había encargado de refutar estas disquisiciones con anterioridad, al inaugurar la última Conferencia de los cancilleres andinos en Lima:

"De no adoptarse oportunamente las medidas de previsión necesarias, el proceso de inte-

gración andina conduciría a la descapitalización de las empresas nacionales y a su subordinación respecto a otras de origen foráneo".

Enfatizó que los cinco gobiernos se habían esforzado por evitar la competencia "deliberada y ruinosa" entre políticas nacionales de incentivos a la inversión extranjera, "la cual habría dado preponderancia a la industria extranjera en la subregión".

Lo legislado por el Pacto Andino se funda en minuciosos estudios demostrativos de que el capital extranjero ha retirado de aquellos países cuatro veces el monto del capital invertido, en los últimos años.

Integración e "integración". Como parte de esta campaña intimidatoria también merecen citarse las declaraciones en Bogotá de George Moore, presidente de otro grupo inversionista yanqui: ADELA. No es casual la elección de Bogotá, porque el gobierno colombiano (no obstante su carácter liberal y fraudulento) se ve obligado a cierta firmeza ante la grave crisis económica del país.

Para Moore, "hay que diferenciar la integración económica de la integración política". La primera es buena y facilita la creación de empresas multinacionales privadas... En cambio, la integración obligada, por decreto, no ha tenido éxito".

Este distingo expresa ideas claras en un lenguaje deliberadamente oscuro. Lo que Moore pretende son uniones regionales que dejen las cosas tal cual están, o sea, que varias semicolonias se amalgamen en una gran dependencia semicolonial para que los monopolios extranjeros (las "empresas multinacionales") puedan dominar desde cualquier país miembro todo el gran mercado.

Lo que Moore rechaza es que los países se unan para liberarse para que las cosas cambien. A eso denomina "integración política".

Chinos versus pro-chinos. Podría decirse que las anteriores consideraciones avalan a la "burguesía nacional y sus regímenes". La política socialista revolucionaria tiene sus propias miras, que no son las de los movimientos nacionalistas burgueses; pero, mucho menos, las de hacer el juego con frases de izquierda al imperialismo. "Golpear juntos y marchar separados".

Fenómenos como el Pacto Andino, inicialmente concebido como una regionalización al servicio del imperialismo, adquieren su propia dinámica como resultado de la creciente crisis se-

micolonial que sacude América Latina.

Aunque a nuestros pro-chinos no les guste, este punto de vista de la izquierda nacional también lo sostiene el "Diario del Pueblo" de Pekín en su edición del 23 de enero último:

"Los países del Pacto Andino acaban de adoptar restricciones al flujo del capital norteamericano a fin de proteger sus economías... Panamá se encara enérgicamente con EE. U. por el asunto del Canal.

Nueve países, incluidos Chile y Perú, han convocado a una conferencia para proteger sus derechos oceánicos... Ecuador ha actuado con particular energía al respecto... La contradicción entre el imperialismo norteamericano y los obreros, campesinos y pequeños burgueses de América Latina es irreconciliable... Los países latinoamericanos fortalecen ahora su unidad... La formación y crecimiento de un frente único antinorteamericano en América Latina está llevando a un nivel sin precedentes la lucha de esos países contra la dominación extranjera."

---

## Lecturas críticas

---

LA CRUZ Y EL FEUDO.  
Rodolfo Puiggros. Carlos  
Pérez Editor. Bs. As. 1969.

Más allá de sus apologías idealistas y ucrónicas, más aquí de su destino sobrenatural, el cristianismo como sociedad de fieles ha cumplido una trayectoria histórica objetiva jugando como un factor más el gran juego del poder temporal. El trabajo de Puiggros pretende demostrar que el cristianismo se identifica con el orden feudal y su dogma es la superestructura del mismo. Detrás de la atractiva portada de Ester Kanor se ordenan 340 páginas que incluyen extensa bibliografía e índice de nombres.

El punto de partida lo constituye una valoración de la herencia de la filosofía griega: Sócrates, Platón, Aristóteles y las



escuelas decadentes, estoicos, epicúreos y escépticos. A través de este panorama se demuestra que la filosofía griega estaba destinada fundamentalmente a justificar el orden social vigente: para los primeros, la esclavitud sería el fundamento inmutable de un Estado natural como el hecho de que haya hombres libres y hombres esclavos, mientras que el sincretismo de la decadencia trataría de buscar los elementos permanentes, salvadores de un sistema en víspera de su total descomposición.

El cristianismo habría recogido dos líneas de tradición: la cultura helénica y la espiritualidad judía. De la primera había tomado sólo los elementos que el profundo desarrollo de la razón griega le brindaba para justificar su fe en el Dios único, herencia judía, y sus otros dogmas elaborados a partir de los Apóstoles y los primeros Padres de la Iglesia. De esta doble raíz surgen los dos elementos que en el seno del cristianismo entablan batalla: la razón y la fe. El cristianismo naciente manifiesta la necesidad de liberación material y social de las grandes masas oprimidas. Se va logrando como una síntesis entre "el internacionalismo (generado por la universalidad del mercado y de la administración del Imperio Romano), el humanitarismo (derivado de la mezcla de razas y religiones), las tendencias hacia la homogeneización de la fe religiosa (superando arcaicas creencias en los dioses lugareños) y, por último, el monoteísmo (presente en muchos autores paganos de la decadencia)... Síntesis que resulta de sucesivas negaciones: primero, de la negación del pueblo judío por haber crucificado a Jesús y para apropiarse de su Dios único; segundo, de la negación de la filosofía griega por lo que tenía de naturalista y para apropiarse del logos idealista y monoteísta platónico, y tercero, de la negación del Imperio Romano por corrompido y decadente y para apropiarse de su juridicidad y de su idioma" (págs. 87 y 88; subrayados de R.P.).

El concepto teológico-jurídico clave de la ideología sustentada por el cristianismo medieval es el de *siervo*. En oposición al esclavo de Aristóteles, alienado absolutamente, carente de razón, el siervo tiene un alma libre. El hombre es esclavo del pecado, pero entregando libremente su alma a Dios, supera esa esclavitud, aunque su cuerpo, esté sometido a cualquier tipo de opresión. Por haber pecado el siervo está obligado a obedecer a su se-

ñor, y éste a su obispo. Se establece así el orden que garantiza la paz en el mundo y la salvación eterna.

Con gran penetración Puiggrós analiza el desarrollo de la teología, el auge del agustinismo y su decadencia con el retorno a Aristóteles, la lucha entre dialécticos, fideístas e intelectualistas, ortodoxos y herejes. Ve en las herejías de los primeros siglos conflictos jerárquicos-administrativos por medio de los cuales, por contraste, se afianza la clerecía, y en las de los últimos siglos de la Edad Media, expresiones de las clases oprimidas contra el orden social establecido y el poder de la religión oficial; en las comunidades monásticas el más firme apoyo de la Iglesia naciente y más tarde, el factor más importante para el afianzamiento del papado; en la consolidación del poder temporal de la Iglesia, el fruto de su estrecha unión con el poder civil (especialmente durante el imperio de Carlomagno), a las órdenes mendicantes dominicos y franciscanos— como un arma esgrimida por la Iglesia para autoconservarse cuando, con la crisis del feudalismo en los siglos XII y XIII, la gran masa de fieles pone en tela de juicio a la clerecía, y en la teología tomista un esfuerzo de adaptación ideológica al capitalismo.

Con idéntica erudición y claridad Puiggrós va analizando la transformación de la estructura económica de la Europa medieval descubriendo prolijamente la curva de ascenso y decadencia del orden feudal: su sistema de producción y régimen de apropiación, el comercio, la formación de las ciudades, las corporaciones de oficio, el surgimiento de las nuevas clases sociales. Este libro, que reúne clases dictadas por el autor en la Universidad Nacional Autónoma de México, logra superar el perjuicio común a los eufóricos humanistas, iluministas, liberales y dogmáticos del marxismo vulgar que elaboraron acerca de la Edad Media la simplista leyenda negra, descubriendo en sus múltiples facetas los ricos gérmenes que habrán de dar a luz la nueva sociedad capitalista.

Entre el enorme caudal informativo no se deja de descubrir algunos errores de variada importancia como, por ejemplo, el repetidas veces mentado monoteísmo platónico que, sin embargo, no restan valor al trabajo, más aún considerando que el autor no es un especialista. Sin duda este polémico libro será pa-

ra los concientes cristianos de hoy una ayuda y un desafío a buscar en la historia —y no fuera de ella los signos de su destino trascendente.

Lucía Solís de Caro

## EL TESTAMENTO DE EUGENIO VARGA

Durante varias décadas, el nombre del economista de origen húngaro Eugenio Varga estuvo ligado al poder stalinista internacional, como el de Luckacs. Ambos se distinguieron, en sus respectivas esferas, por su incomparable servilismo ante la burocracia soviética. Varga perteneció a los cuadros de técnicos de la Internacional Comunista que sabía "componer" las estadísticas de la economía mundial al gusto de los múltiples virajes de Stalin. Cuando éste se enemistaba con Hitler, Varga producía estudios económicos tan serios como los de Prebisch, Krieger y semejantes, probatorios de que se abría un período de desarrollo armónico de las economías de las democracias capitalistas aliadas a Stalin. Cuando el caso era inverso, Varga demostraba con números irrefutables la quiebra del mundo y sus podridas metrópolis. . .

Pero desaparecido Stalin, conmovido el poder de la burocracia Varga escribió algunas notas poco antes de morir (de muerte natural) que se ha llamado su Testamento. Editado en Francia y España sorprende que este hombre infortunado no sólo haya podido sobrevivir al infierno stalinista, sino que conservara en el fondo de su espíritu restos de socialismo.

He aquí un párrafo del "Testamento": «El poder de Estado (en la URSS) sigue perteneciendo a la aristocracia burocrática del Partido. La política queda disimulada a las masas laboriosas. Ni los sindicatos, ni las demás organizaciones, toman parte en la gestión de la producción. Los trabajadores siguen votando por diputados escogidos por anticipado. El contraste entre los privilegios de la aristocracia dirigente y los salarios extremadamente bajos de los obreros, empleados y koljosianos subsiste. . . El comunismo es ante todo el triunfo total del espíritu democrático socialista y de la iniciativa libre de las masas, fundada en la autogestión de los trabajadores en todos los dominios de la vida. Mientras no se comience a combatir progresiva y conscientemente las terribles perversiones de la democracia soviética, que son la particularidad esencial del régimen actual, el comunismo resultará imposible en la URSS, dentro de 20 años o dentro de 100 años. En estas condiciones, el único régimen posible será una parodia de comunismo».



**"ROBERTO DE LAFERRERE"  
DE CARLOS IBARGUREN (H)  
EDITORIAL UNIVERSITARIA  
DE BUENOS AIRES, 1970.**

Una ligera semblanza del polígrafo nacionalista Roberto de Laferrere (1900-1963) sirve para reeditar un estilo que en nuestra literatura política había caído en desuso. Quien acomete la tarea es Carlos Ibarguren, hijo de un precursor del revisionismo histórico rosista. Sin rodeos el autor consagra su faena a rescatar como válidas y ciertas el pensamiento y acción del nacionalismo de derecho en el país. Resulta una paradoja de ribetes trágicos que esta Editorial Universitaria haya lanzado el trabajo de Ibarguren. Ya que éste se vuelve furiosamente contra esa universidad argentina que en su momento asimiló los cambios saludables de la Reforma de 1918. Precisanamente Ibarguren reniega del espíritu de la Reforma a la que califica peyorativamente como la "algarada universitaria de Córdoba", para volver en seguida su aterrada mirada hacia la vieja universidad pre-reformista vulnerada ahora por "ambiciosos y resentidos, que desplazaron los valores tradicionales de nuestra Universidad". Esta no es la mayor sorpresa que depara el libro, ya que a cada paso nos conduce azorados a un mundo donde los protagonistas emergen de los círculos oligárquicos, se hacen luego nacionalistas sin abjurar de los mismos, pero quizás para renegar mejor del siglo que traía al país la ley Sáenz Peña que abrió las puertas a "los aludes democráticos", a una multitud de "ineptos", o los "demagogos solicitantes del voto popular". Mientras tan categórico juicio le merece la irrupción de los sectores populares a la vida política del país, la condenación a la oligarquía tiene la fineza de un reproche ético para quienes se apartaron de las sabias normas de la Argentina "patricia". En tanto carga las tintas contra el aluvión de las masas, pasa su mirada condescendiente al mundo social de los padres de Laferrere. Allí el Círculo de Armas es "la prolongación de mi hogar" la política parte de la sociabilidad y el ser escritor parte de un juego que divierte y que ayuda al trato compuesto de valores supuestos y de tuteos familiares. El siglo sobre el que desplegarán su actividad e ideas los cenáculos nacionalistas se abre con densos nubarrones: la primera guerra mundial y la revolución socialista de octubre en el plano mundial; mientras que en el país aparece el "caudillo egolátrico y sensiblero" que se llama Hipólito Yrigoyen. En ese mundo Laferrere inicia la práctica de su oficio de escritor político al, incorporarse en 1919 a "La Fronda" que fundara por esos años Pancho Urriburu, y que sería tribuna de los estilistas que

con sus prejuicios blancos atacaban la "chusma" yrigoyenista y hacían de las inventivas reaccionarias un juego de su floreo político. El ambiente que revive Ibarguren se carga de connotaciones oligárquicas bien marcadas. Su despecho de clase parece una herida abierta por donde respira un sector social. En ese sentido el autor habla con desprecio "de las jerarquías por el capricho de una multitud", o como "el gobierno de los hombres más mediocres e incapaces". Desfilan luego los hitos que demarcan la historia de este nacionalismo más influenciado por Maurras (el monárquico y conservador europeo) que por la realidad del país; fundado por la marquesa de Wagner y el conde italiano Boldini; inspirado por hombres como Juan Carulla que pasó "sin violencia mentales" de la protesta anarquista, al culto del orden nacionalista, para terminar en la defensa del santuario conservador. Los lances caballerescos aderezan el clima de la época, que se completa con la fugaz militancia política del grupo en torno a la oposición a Yrigoyen. El nacionalismo, efectivamente, fue punta de lanza en la conspiración y es así que con candidez confiesa Ibarguren "Teníamos inquietudes patrióticas, deseos de actuar, de oponernos a un gobierno que considerábamos nefasto".

Las fuerzas nacionalistas estaban congregadas en torno a "La Fronda" y a José Félix Urriburu. De allí salió la Liga Republicana que comandaba Laferrere y Rodolfo Irazusta, los que concretaron en el Jockey Club el plan golpista con Urriburu. La mano de Ibarguren traza sin mayor densidad la va conocida conspiración y el clima creado por los nacionalistas para desencadenar el movimiento del 6 de septiembre. Cuando éste triunfó el elenco ingresó a los despachos oficiales entre ellos Laferrere que va a Córdoba con la intervención de Ibarguren. Con la misma sorpresa de siempre el autor se confiesa sorprendido por el desplazamiento interno en el bloque golpista, que dará las ventajas finales para el frupo de Agustín P. Justo y los tan aborrecidos "liberales", hacedores luego de la década infame. Parece que de poco sirvió a los nacionalistas la experiencia. Ella no pudo ilustrarlos luego en 1943, en 1952, en 1955 y más contemporáneamente. A pesar de ello, Ibarguren suscribe toda esa historia, la que recoge con orgullo en esas páginas apoloéticas del nacionalismo y de uno de sus hombres: Roberto de Laferrere. Lástima que su intento no vaya más lejos que la reiteración de una historia conocida, aunque aporte sí elementos inestimables para una crítica del nacionalismo de derecha en el país. Para Ibarguren, ética y política son correlativas. De allí que su libro esté plagado de condenaciones a los

movimientos de masas más importantes de este siglo, a los cuales explica con una sola palabra-llave que parece abrirle la comprensión de los mismos. Digamos también que la figura de Laferrere se esfuma muchas veces y se desdibuja por la acción de las opiniones personales del autor, pese a ser las mismas que la de su biografiado. Con una extraña fruición se llega a comprobar que el libro carece de desperdicios. En suma; se trata de una obra inspirada en una causa que hizo su experiencia en el país y que resurge nuevamente aquí con tono plañidero buscando el retorno a una Argentina patricia que se rija por "el orden de la espada", amurallada en la ideología antidemocrática de un nacionalismo sin pueblo.

Gregorio A. Caro Figueroa.

### MARIANETTI: LAS LUCHAS SOCIALES EN MENDOZA

Nuevamente la izquierda momia y cipaya ha entregado uno de sus habituales aportes a la cultura amarilla del Stalinismo en nuestro país. Don Benito Marianetti acaba de presentar en sociedad su reciente obra sobre las luchas sociales en Mendoza. Este librito participa de las mismas características de un vino con etiqueta de esa provincia pero envasado en Buenos Aires: pesado, aguado y falso al mismo tiempo. Su autor, (no en vano ha sostenido que la escuela liberal con Mitre a la cabeza, ha realizado la investigación histórica más completa), lleva a la historia local todas las deformaciones expresadas en su libro sobre la Argentina. (Lucha Obrera N° 10). Sostiene por ejemplo que Rosas fue la negación de las economías provinciales, pero a pesar de la inocente Buenos Aires. Vale decir que la verdadera aliada de los intereses provinciales y nacionales, para este falso marxista, era la unitaria ciudad puerto representada por su burguesía comercial a quien solo le interesaba el comercio con el imperio británico. Por supuesto, para Marianetti, la revolución Radical de 1905, carece de significación, ya que "solo tenía motivos políticos", y entonces solo le dedica diez renglones, pese a que en Mendoza, comandada por el caudillo popular Lencinas fue uno de los pocos lugares donde tuvo éxito y se mantuvo por algunos días en el poder.

En todo momento el autor muestra un gran reconocimiento por los extranjeros que colaboraron en la formación del partido comunista, quienes a pesar de su reconocido sectarismo no merecían las agresiones del caudillismo y la barbarie política que Marianetti imputa a los criollos mendocinos.

Pero el libro se aproxima al delirio a medida que se acerca su



final. Al período peronista le dedica escasas 6 páginas, en las cuales se expresan las mismas deformaciones que en el plano nacional el partido comunista sostiene sobre nuestra historia. Que Perón era un demagogo, fascista, hombre de la Oligarquía, etc. . . .

Un párrafo textual sirve como muestra de la valiosa joya intelectual que comentamos. Luego de sostener que la posición de su partido ante Perón fue correcta, afirma que: "Los hechos han demostrado que los comunistas adquirieron mayor prestigio; que muchos obreros pero-

nistas hicieron su experiencia y que luego, como comunistas, cumplieron una eficiente labor sindical y política y que se produjo un giro a la izquierda en el peronismo que ni Perón mismo puede atajar».

La continua posición antinacional del stalinismo ha enceguecido de tal manera a sus hombres, que ni siquiera viendo los frutos podridos de sus concepciones piensan ni remotamente modificarlos. Es el partido comunista el responsable de una presentación adulterada del marxismo a la clase obrera. Ha sido la posición Cipaya de los Codovilla, los Ghiold y los Marianetti,

quienes degradando el pensamiento marxista leninista sirvieron a los intereses de la oligarquía y del imperialismo en la unión democrática y en la libertadora. Si la clase obrera argentina se acerca cada día más al socialismo revolucionario, jamás abandonará su posición nacional, ni olvidará el papel antipatria y reaccionario que la burocracia comunista imponía a su partido. En vano trata don Benito de adulterar la historia; las masas detectan la mentira, y como en las jornadas de 45 pueden reconocer de que lado están los amigos del pueblo y donde sus enemigos. . . . .

**EL PROXIMO NUMERO DE "IZQUIERDA NACIONAL"**

**APARECERA EL 1º DE JUNIO - RESERVE SU EJEMPLAR**

**ACLARACION**

Del artículo de J. E. Spilimbergo sobre "La guerra civil en EE. UU. y el subdesarrollo", por razones de espacio, el apéndice y las notas se publicarán en el próximo número.



# LOS LIBROS POLITICOS PARA LA NUEVA GENERACION

## Obras de León Trotsky

### La lucha contra la burocracia

Indispensable para comprender el ascenso de Stalin y el carácter retardatario de la burocracia soviética: \$ 8,70.

### La revolución permanente

El célebre libro de Trotsky, con un apéndice que incluye todos sus escritos sobre la revolución en América Latina: \$ 9,60.

### Mis peripecias en España

Páginas autobiográficas y sus trabajos sobre la revolución española: \$ 6,00.

### Lenín como tipo nacional

Los principales estudios de Trotsky sobre el fundador del partido bolchevique: \$ 5,00.  
Carlos Marx:

### La Cuestión Judía

Texto completo de la polémica Marx-Bauer, única versión castellana, con páginas de Deutscher, León, y Trotsky: \$ 8,00.

Jorge E. Spilimbergo

### La cuestión nacional en Marx

En esta obra se estudia el concepto de Marx acerca de

las naciones opresoras y las naciones oprimidas, punto de arranque de la política contemporánea de los partidos revolucionarios en los países atrasados: \$ 3,50.

Jorge E. Spilimbergo

### El socialismo en la Argentina

De la izquierda cipaya a la izquierda nacional. Un examen revelador del pensamiento de Juan B. Justo y de las variantes ultraizquierdistas que lo sucedieron: \$ 15,00.

Norberto Galasso

### Vida de Scalabrini Ortiz

Una evocación notable del hombre, la época y la obra, indispensable para conocer y comprender la política argentina: \$ 19,80.

Gregorio Caro Figueroa

### Historia de la Gente Decente

Desde los tiempos de Güemes la "gente decente" del Norte argentino, como la oligarquía bonaerense se opuso a la soberanía popular y al progreso del país. Es la historia de esos godos de ayer y de hoy la que narra Caro Figueroa: \$ 9,80.

Jorge Abelardo Ramos

### Historia del stalinismo en la Argentina

Una historia crítica, fundada en una extensa documentación, presenta el desarrollo desde 1910 de las corrientes que formarán el Partido Comunista; es al mismo tiempo una historia de la política argentina y de la falsificación del marxismo: \$ 11,00.

Jorge Abelardo Ramos

### Ejército y Semi-colonia

Este libro presenta los estudios que el autor ha consagrado a la naturaleza social y al papel político que los Ejércitos pueden jugar en los países semi-coloniales y en particular en América Latina. Asimismo, la obra incluye el ensayo crítico sobre la concepción del foco guerrillero expuesto por el Comandante Ernesto Guevara: \$ 6,00.

Pedidos a  
EDICIONES  
DEL MAR DULCE,  
Casilla de Correo 5027,  
Correo Central,  
Buenos Aires,  
ARGENTINA



**YA ESTAN EN VENTA LOS PRIMEROS 3 VOLUMENES**

**REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN LA ARGENTINA**

de **JORGE ABELARDO RAMOS**

Desde su aparición en 1957 se han vendido ya 20.000 ejemplares de esta historia argentina escrita desde un punto de vista marxista y latinoamericano.

Para su mejor difusión, en esta 4ª edición popular la obra total se ha dividido en 5 volúmenes, que pueden leerse y adquirirse por separado.

**I. LAS MASAS Y LAS LANZAS (1810-1862) . . . \$ 800.—**

Abarca este volumen la Revolución de Mayo, el estallido de las guerras civiles, el período de Rosas, la época de la Confederación Argentina y la dictadura de Mitre.

**II. DEL PATRICIADO A LA OLIGARQUIA (1862-1904) . . . . . \$ 1.200.—**

El mitrismo arrasa al interior, los ferrocarriles extranjeros, la inmigración, el roquismo, la contrarrevolución del 90, la revolución del 80, el anarquismo y el socialismo, los comienzos de la factoría.

**III. LA BELLA EPOCA (1904-1922) . . . . . \$ 1.200.—**

Comienza la edad del disfrute oligárquico, las revoluciones radicales, la irrupción del Demos y la primera guerra mundial, las corrientes literarias y el fin de la Argentina criolla.

Aparecen en junio:

**IV. EL SEXTO DOMINIO (1922-1943)**

**V. LA ERA DEL BONAPARTISMO (1943-1970)**

---

En todas las librerías y en Ediciones del Mar Dulce,  
Casilla de Correo 5027, Correo Central, Buenos Aires.

---